MAYLIS DE KERANGAL

# *Día de mareas*

Traducción de Álex Gibert



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
La ciudad por tierra
Los cantos de las sirenas
La golondrina
Notas
Créditos

Mas
solo un hombre – como una ciudad.

William Carlos Williams,
*Paterson*

Recibí la llamada a eso de las dos de la tarde, acababa de llegar a casa, llevaba aún el abrigo a la espalda y el bolso a la cadera, pesado como una piedra, hurgué en él en busca del móvil pero no lo encontré y acabé volcando su contenido sobre la mesilla del recibidor, que usamos a modo de vertedero, ni rastro, me quedé quieta, el piso estaba desierto, las vibraciones del móvil eran perfectamente audibles pero su origen parecía distante, inubicable, me palpé los bolsillos, que eran bajos y profundos y estaban llenos de papelitos arrugados, de migajas y virutas, a través del tejido sentí la carcasa vibrar bajo mis dedos y cuando por fin logré asirlo vi en la pantalla un número con prefijo 02, de la región Noroeste, descolgué y preguntó por mí un hombre que se presentó como «agente de la policía judicial», soy yo, le dije mientras me dirigía como una autómata a la silla más próxima, porque el suelo comenzaba ya a bascular bajo mis pies, y ahí, sentada, escuché al policía que, con el habla neutra y factual de quien se atiene a los procedimientos, me instaba a presentarme en la comisaría de Le Havre: nos gustaría hablar con usted de un asunto que le concierne.

¿Cómo?, balbuceé, ¿qué asunto? Me dijo que hacía dos días habían encontrado el cuerpo de un hombre en la vía pública, en Le Havre, un individuo no identificado, y se suponía que yo podía aportar más información, por eso requerían mi presencia. El pasillo se curvaba ante mí como una pista de bobsleigh. Me invadió tal sensación de velocidad que busqué un punto fijo al que sujetar la mirada: el logo de Nike de una zapatilla rellena de papel de periódico puesta a secar bajo el radiador, un picaporte de baquelita, un rombo

de la alfombra. El policía me pedía que me personara en la comisaría de Le Havre al día siguiente a las nueve de la mañana, quería entrevistarse conmigo, le dije que muy bien, colgamos los dos y el tiempo se resquebrajó de golpe contra mi oído, crac, se partió en dos, mañana y tarde inconciliables ya, tan divergentes, inconexas y ajenas que era impensable que pudieran componer un mismo día, el día que pese a todo estaba viviendo.

Tras lo cual el silencio se solidificó en la habitación como el yeso al aire libre y me quedé inmóvil, sin fuerzas, incapaz de contener la retahíla de preguntas que se iban agolpando en mi interior, preguntas que le habría formulado al policía si su desabrida autoridad no me hubiera mantenido a distancia, desconcertada, tratando de ordenar los elementos de la frase: *cuerpo de un hombre*, *vía pública*, *Le Havre*. Fue al oír ese topónimo, Le Havre, fue al aislar en mi oído esa partícula de información, cuando la conversación dio un vuelco, cuando sentí el golpe sordo, porque yo –¿estaría al corriente el policía?– viví en esa ciudad, porque allí crecí como una mala hierba hasta alcanzar mi estatura adulta, con dientes, pies, corazón y pulmones a juego. El hombre que habían encontrado tenía al menos un punto en común conmigo, que era Le Havre.

La cocina ofrecía una estampa fría, pompeyana, todo en ella había sido abandonado, como si hubiera saltado una alarma en el edificio y la gente hubiera salido de allí por patas: el café había formado un sedimento negro en los fondos de las tazas, los cereales se habían secado en sus boles y las migas crujían bajo las suelas de mis zapatos. Ni Blaise ni Maia se habían molestado en recoger el desayuno, tendría que haberme enfadado pero apenas reparé en el desorden y la suciedad, aturdida como estaba, *un asunto que le*

*concierne*, me eché un poco de agua fría por la cara y luego, con los brazos apoyados en el borde del fregadero y la cabeza encogida entre los hombros, pensé que ningún hombre de mi círculo se había ausentado, ninguno había desaparecido últimamente, de otro modo me habría enterado, sí, habría recibido algún mensaje, me habrían llamado, de eso podía estar segura, por más que la difusión de una mala noticia pasaba siempre, como bien sabía, por la activación de una red de contactos y el trazado de las paradas de posta, de los relevos, de esas afinidades a veces insospechadas en el seno de un grupo, un esquema jerárquico en el que yo no estaba muy bien situada: herida en mi orgullo al enterarme de una defunción al cabo de varios días o de un nacimiento con semanas de retraso, tenía la sensación de que mi número era el último de la lista oficial de transmisiones.

Me tumbé en el sofá del salón con los pies en alto y el abrigo puesto. Seguía sin aliento, sofocada, como si un niño de cinco años se me hubiese sentado en el pecho. *El cuerpo de un hombre*. La luz de noviembre –transparente, nacarada, una veladura– entraba en la habitación en rayos oblicuos, revelando la materia invisible de la atmósfera, todo ese polvo en suspensión. Revisé en el móvil los mensajes de texto de la última semana, los wasaps, consulté los correos, el spam, entornando los ojos ante la pantalla táctil, fría como un espejo, en busca de alguna pista. *Un asunto que le concierne*. Bien podía haber muerto alguien cercano a mí sin que nadie se enterase o notificase su ausencia, pensé, recorriendo con la mirada los gruesos libros de tipografía que forraban las paredes, era posible: a diferencia de las de los niños, las desapariciones de los adultos no son por fuerza alarmantes, aunque es normal que se den a la fuga, sedientos de soledad como lo estoy yo a veces, que se larguen en su coche o se suban a un autobús o a un tren y pasen fuera de circulación un tiempo que a menudo excede los tres días, olvidando deliberadamente sus papeles para olvidar quiénes son. *El cuerpo de un hombre*. Me acordé de Louis Kahn, fulminado por un infarto en los subterráneos de Penn Station una noche de marzo de 1974, cuando volvía de Bangladés: tres días, ese fue el tiempo que tardaron en identificar en la morgue de Nueva York al arquitecto de

fama mundial que había diseñado universidades, bibliotecas, parlamentos y museos, cuya dirección en el pasaporte había sido raspada hasta resultar ilegible, igual que la marca de un secreto; como era de esperar, el recuerdo de aquel hombrecillo que trabajaba con el cemento en bruto y la luz, con la monumentalidad y el misterio, me devolvió a Le Havre.

No sé cuánto tiempo permanecí así, yacente, con los ojos clavados al techo y los pensamientos atrapados en una espiral donde la llamada del poli daba vueltas y más vueltas, bosquejando escenarios posibles, tan endebles que se venían abajo en cuestión de segundos. En el bolsillo del abrigo tenía aún el libro que Herminée Kartzavodiou me había dado después de comer, en la puerta de la pizzería, alegando con su marcado acento griego que necesitaba a alguien para grabar aquel texto tan notable, tan actual. Hablaba con la cara muy pegada a la mía, y con su piel amarillenta, su pelo teñido de negro cuervo y su iris izquierdo velado por el glaucoma, tenía el aire de una vieja pitonisa. Le eché un vistazo a la portada: *Otoño alemán* [*Stig Dagerman*], me sonaba vagamente, léetelo en cuanto puedas, dijo antes de darme un beso en una nube de Shalimar que no acababa de camuflar la de Marlboro Light, y la vi alejarse hacia la estación de metro Bonne Nouvelle, una pequeña silueta en forma de pera con el paso decidido.

Las ventanas de la habitación vibraron con el estruendo de un martillo neumático que horadaba el cemento allá abajo, en el bulevar, para abrir un nuevo carril bici. *En la vía pública*. El cielo estaba gris, en el edificio de enfrente se veían ya unas cuantas ventanas con las luces encendidas, acabábamos de cambiar al horario de invierno, debían de ser las cuatro de la tarde, no estaba segura. La idea de sacar la agenda y llamar a todos los hombres que conocía, uno por uno, a riesgo de pasarme el resto del día hablando con hombres amados, donjuanes solitarios, primos lejanos, ampliando progresivamente el círculo de los sentimientos para incluir

a compañeros, colegas, conocidos, y guiándolo en dirección a Le Havre, que todos ellos podrían haber conocido de mil maneras, la posibilidad de darles un telefonazo exprés solo para asegurarme de que seguían con vida se me ocurrió en el mismo momento en que oí el ruido de una llave en la cerradura y reconocí los pasos de Blaise, ese andar un poco arrítmico –tiene una pierna más corta que la otra– y tan ligero que el parqué apenas rechistó.

Al instante lo tenía ante mí, con el impermeable arrugado, la corbata aflojada y un mechón gris cruzándole la cara, no muy fresca. Se acercó precedido por un olor a noche en vela y a grafito, con la voz enronquecida por los puritos, y me puso una mano en la frente, sorprendido de encontrarme tumbada en el salón a media tarde. ¿Qué hay?, ¿no trabajabas hoy?, ¿estás enferma? Vigorizada por su sola presencia, me puse en pie y, mientras me desataba el cinturón del abrigo, le recordé lacónicamente que la grabación había terminado la semana anterior y él se dio una palmada en la frente: ¡es verdad! Acababa de volver de los Vosgos, adonde había viajado la víspera para reunirse con unos fabricantes de papel de alta calidad: había ido en el «coche de empresa», como lo llama en broma, un Volvo familiar de 1993 con trescientos mil kilómetros a cuestas, que tiene la ventaja de poder configurarse como furgoneta para transportar cajas y pequeños equipos de imprenta, pero ha perdido la suspensión y es un martirio para su espalda.

La fábrica de los Vosgos es un taller histórico con una producción muy cotizada. Blaise había intentado renegociar los precios, que eran desorbitados, y reservarse ante todo los diversos papeles adecuados a su actividad, papeles que, en estos tiempos de escasez y para un pequeño impresor como él, un artesano que no imprime libros sino tarjetas de visita, participaciones, menús y otras tarjetas de invitación, trabajillos en suma de poca monta, estaba lejos de tener asegurados. Bueno, y ¿cómo fue? ¿conseguiste tu papel? Le puse una mano en la mejilla, él me besó la palma y luego se alisó el pelo hacia atrás, revelando dos entradas que avanzaban un buen trecho bajo las greñas: ah, sí, el papel, todo resuelto. Trataba de restar importancia a su satisfacción, era evidente, se quitó la corbata color berenjena sin desanudarla y acabó por confesarme que había

vuelto dando un rodeo para ir a ver una imprenta de segunda mano, una máquina de antigua fabricación que acumulaba polvo en un cobertizo cerca de Charleroi, una OFMI Heidelberg, si la hubieras visto. Al final la había comprado, estaba feliz con su adquisición y tan molido por el viaje que dudé en mencionar la llamada de la policía. Se iba ya hacia nuestro dormitorio cuando lo retuve: Blaise, espera, tengo que contarte algo, algo un poco raro. Al oír mis palabras dio media vuelta muy despacio, como un carguero que cambia de rumbo. Traté de ir al grano, evitando toda digresión y disimulando mi malestar, pero en cuanto dije «Le Havre» vi que caía en la cuenta y sus grandes ojos grises se clavaron en los míos. *El cuerpo de un hombre*, *en la vía pública*.

Se fue sin mediar palabra, con las manos en las lumbares, sacando estómago y arqueando el cuello como para hacer crujir unas cervicales doloridas, y yo no fui tras él, sino que me dejé llevar por dios sabe qué pulsión arcaica y perdí el control, en aquel piso donde vivíamos desde hacía casi veinte años, olvidando que me había prometido no volver a hacerlo, no volver a ordenar, limpiar y recoger, olvidando las solemnísimas declaraciones que había hecho al respecto y los pósits en la puerta de la nevera, anuncios dirigidos a los que aquí vivían pero se imaginaban que esto era un hotel, o sea a Blaise, que se beneficiaba de un régimen de excepción histórico al que cada día me proponía poner fin sin llegar nunca a hacerlo, y a Maia, nuestra maravillosa hija, completamente ajena a la vida doméstica, y así, descartando en fin todas estas resoluciones me lancé sobre el fregadero, los armarios, el fondo de los cubos de basura y la lavadora, pasé el aspirador golpeándolo contra los zócalos, *el cuerpo de un hombre*, y monté tal jaleo que no oí detrás de mí a Blaise, que había cambiado de opinión y se acercaba rascándose la nuca con el codo en alto, muy inspector Colombo por un instante, con la misma pinta desaliñada y el mismo juego de velocidades –lento por fuera, rápido por dentro–. ¿Y se puede saber

en qué te concierne a ti toda esta historia? Mandé callar al aspirador de un golpe de tacón y, apoyándome en el tubo, lo miré a los ojos y repetí palabra por palabra lo que me había dicho el policía, articulando cada sílaba, extremando la precisión y añadiendo que salía para Le Havre al día siguiente, en el primer tren, que me esperaban en la comisaría para una entrevista, que ya veríamos. Me escuchó con tanta atención que pensé que iba a contarme algo, alguna idea singular que se le había ocurrido, algún detalle que le había venido a la memoria, alguna de esas corazonadas de efecto retardado que solía tener y que eran la marca de su genio y de esa forma particular que tiene de andar siempre a contratiempo, pero en lugar de eso cruzó los brazos sobre el pecho, con las manos bajo las axilas y la mirada fija, hasta que se despegó del marco de la puerta. Voy a tumbarme un rato, murmuró, necesito echar una cabezadita, y como el día estaba roto y se me había hecho insufrible, lo seguí hasta nuestro dormitorio, donde las cortinas ya estaban corridas. Blaise se acostó en posición fetal y yo me acurruqué detrás de él, con la boca en su nuca y las rodillas en sus corvas, con los maléolos de nuestros tobillos rozándose, mi brazo alrededor de su cadera y la palma de mi mano sobre su estómago caído sobre el colchón, apretada contra su espalda como si quisiera conciliar por ósmosis el sueño que se apoderaba de él pero a mí me rehuía. *Un asunto que le concierne*.

# La ciudad por tierra

Amanecía en Le Havre. Una lluvia menuda plumeaba la ciudad al bies. La pantalla del móvil se iluminó con un mensaje de Maia en cuanto crucé la puerta del Terminus, el bar de enfrente de la estación: ¿dónde estás? Me volví hacia el mobiliario rojo y negro, el suelo gris, los grandes espejos que reflejaban a un puñado de clientes con los ojos prendidos a sus quinielas o sus vasos de aguardiente, y a mí en mitad de todos ellos, con la ropa arrugada y el bolso al hombro.

Al otro lado de la barra, la camarera manejaba la máquina de café con esa energía desmesurada que nace de la angustia y de la rabia, tenía el pelo entrecano y la piel llena de arrugas, pero la reconocí, encajada en su mostrador con los hombros puntiagudos, el busto apretado bajo la camisa raída del uniforme, el brazo enjuto con el bíceps tatuado y las uñas rotas, estaba ahí desde siempre, siempre había estado ahí, busqué su mirada cuando me puso la taza en la barra, pensé que quizá me reconocería, había venido bastante aquí, al Terminus, pero no, ella siguió a lo suyo sin decir palabra, de espaldas a la parroquia, sin mirar siquiera a los chavales que ocupaban el banco trasero, que se juntaban allí desde que existen los bancos y la adolescencia, y ya podían andar ahora pegados a sus móviles y pasarse el día dándole al scroll, al follow, al follow back y al like, que la escena era la misma de siempre, exactamente la misma –podía verme entre ellos como una más, con la trenca roja que llevaba a los quince años–, y también lo eran los cuerpos, apiñados en enjambres y estilizados como mariposas, pese a las zapatillas de plataforma, las gorras Gucci de imitación y los piercings en los arcos ciliares. Uno de ellos había puesto el móvil en modo altavoz, una moda reciente de lo más molesta, y una voz sonorizada se agregaba a las suyas, ¡*astagfurallah*! he pillado el cóvid,

pregonaba, tan alto y tan claro que el viejo punk que leía el *Paris-Normandie* en la mesa de al lado se levantó enseguida para ir a sentarse junto a la barra.

Fuera, el viento arreciaba y la llovizna azotaba las ventanas de forma intermitente, pero nadie prestaba atención a las ruidosas variaciones meteorológicas, nadie echaba ni una mirada de refilón a los tanques ultrarrápidos que cruzaban los campos parduzcos, a los seres humanos hacinados en sótanos y los edificios derruidos que ocupaban por turnos la gigantesca pantalla plana colgada de la pared, imágenes mudas que subrayaba, indiferente, una barra de titulares deslizantes obsesionada con Harry y Meghan. Compré un paquete de tabaco. Pensaba en qué responderle a Maia, que insistía, machacona: ¿dónde estás?, ¿qué haces? «Reunión de trabajo/vuelvo esta noche», tecleé y guardé el móvil en el bolsillo. No sé por qué le miento.

No habían dado las seis y Maia y Blaise aún dormían cuando salí de casa, donde reinaba una quietud de calefacción y alientos humanos, cerré la puerta sin hacer ruido, pensando que no tardarían en levantarse y poner rumbo a Bobigny, Étampes o Villacoublay: es siempre Blaise quien la acompaña a las competiciones de esgrima, quien prepara los bocadillos de huevo duro con atún y mayonesa y rellena las botellas de agua mientras Maia examina su equipo como un diamantista sus piedras, pasando revista a las zapatillas, las medias, los pantalones, el peto interior, la chaqueta, la chaquetilla eléctrica, los guantes, el cable y la careta, colocando cada prenda bien ordenada en su bolsa de deporte y, sobre ellas, el florete. Los dos son metódicos, silenciosos, apenas se oye el roce de los tejidos, el zumbido de las cremalleras al cerrarse, el borboteo de la cafetera y ya es hora de salir, Maia escribe los primeros mensajes de texto, pasan a recoger a dos o tres floretistas más por la Gare du Nord o Châtelet y se ponen en marcha. Pensaba que no había despertado a nadie, pero al pisar el primer peldaño de la escalera alcé la cabeza y

vi a Blaise en el rellano, desgreñado, con el pijama desabotonado y la barriga al aire, mucho más voluminosa de lo que creía, vista en contrapicado, no te preocupes, y llámame luego, farfulló, con su enorme cabeza inclinada sobre la baranda y los párpados hinchados como cáscaras de nuez. Le dije que le diría algo después de ver al policía y bajé las escaleras volando, impaciente por salir, por respirar el aire frío de la mañana, duro, cortante, y redimirme así de una noche echada a perder por mis continuos desvelos, por las palabras del policía que me asaltaban una y otra vez, ondulantes, repetitivas como una línea de bajo, *el cuerpo de un hombre*, *en la vía pública*, *Le Havre*. No estaba preocupada: era más bien el asombro lo que me quitaba el sueño, la certeza de que mi vida había cambiado de rumbo horas antes, hacia las dos de la tarde, una levísima sacudida, una desviación de la que solo yo era consciente, como un ínfimo error de cálculo que se ha colado en los parámetros orbitales de una nave espacial y que tarde o temprano será perceptible.

Caminé a buen paso hacia la estación de metro, los noctámbulos en retirada devoraban platos de patatas fritas en los garitos árabes de la rue du Faubourg-du-Temple y ya comenzaba el trajín en la plaza, en torno a la estatua de la República. Más tarde, cuando me vi reflejada en la ventana del metro, con la cara bañada en la luz de neón, pálida en mi gran abrigo negro, con la bandolera del bolso cruzándome el pecho, tuve la sensación indistinta de ser la agente secreta de mi propia vida: nadie podía imaginar lo que iba a hacer en Le Havre, ni siquiera yo tenía una idea clara de lo que allí me aguardaba –¿tendría que reconocer un cadáver tendido en una camilla que sacarían del fondo de un casillero refrigerado tirando del asa, con la cabeza asomando de la sábana blanca, como en *Los Ángeles: Distrito Criminal*?–, me sentía un ser impenetrable, el metro zumbaba por sus negras tripas y me dediqué a observar una por una a las personas que me rodeaban, algunas iban de pie, zarandeadas por el vaivén del vagón, otras sentadas, con los ojos cerrados, indiferentes a las estridencias de los ejes que debían de perforarles los tímpanos, las había que llevaban aún las mascarillas azules y blancas de la pandemia y circulaban sin bajar la guardia, todas ellas con su vida incognoscible, cada cual en su pequeña misión

clandestina, quizá era eso lo que llamaban el anonimato de las grandes ciudades, y pensé entonces que el hombre muerto de Le Havre aún no tenía nombre cuando recibí la llamada. *Un individuo no identificado*. Al llegar a la estación de Saint-Lazare, me dirigí de forma refleja a las vías de la derecha, bajo el techo de cristal, del lado de la rue d'Amsterdam, el tren ya estaba allí, en el andén 20, era una línea que pasaba siempre por las mismas estaciones, Ruan, Yvetot, Bréauté-Beuzeville y Le Havre, la última, donde se apea todo el mundo, una estación término que no acaba de serlo, porque nada termina allí, podría uno pensar que algo se ha acabado, que ha llegado al final del continente, pero en cuanto baja del tren se encuentra en el mar y descubre que su trayecto continúa. A menos que uno se muera en la vía pública, pensé, echando un vistazo al exterior, esperando que escampara un poco.

Bajé por el boulevard de Strasbourg pegada a las fachadas para resguardarme de la lluvia. Todo cambia aquí, todo está en constante metamorfosis, así es como viven las ciudades, pensé, transformada a mi vez, cambiada irremediablemente después de tantos años. Un campus universitario se extendía ahora tras la estación, hoteles de lujo se alzaban junto a la dársena de Vauban, los muelles se habían reconvertido en galerías comerciales, habían construido un puerto deportivo, el tranvía estaba de vuelta y había árboles por todas partes: Le Havre daba aún estirones de adolescente. Pero la ciudad en la que yo me había criado seguía siendo muy distinta. Ignoraba estas manipulaciones, le importaban una mierda todos aquellos tejemanejes, subsistía bajo la superficie visible de las grandes explanadas ajardinadas, en el reverso de los centros tecnológicos y las reconfiguraciones urbanísticas, detrás de las franquicias de fast fashion y las panaderías industriales, bajo las rehabilitaciones patrimoniales y sus flamantes equipamientos. Era una ciudad que se resistía a su propio urbanismo. Vivía en otra parte, bajo las nubes, en el viento. A mí me interesaban únicamente los datos

almacenados en mi disco duro, las líneas soterradas, los viejos panoramas, las referencias ancestrales: el cielo algo más claro por poniente, los senderos del viento, la silueta del humo de las chimeneas. Y lo que traspasó mi corazón de mortal con su filo fugaz, mientras trataba de mantener el equilibrio en la acera vitrificada de hojas muertas, no tenía que ver con el sentimiento de pérdida, con esa pringue melancólica y esa tristeza que provoca lo que se desvanece o se altera o se vuelve irreconocible, sino con otra emoción, muy distinta pero igualmente desgarradora: la que se siente ante lo que persevera a lo largo del tiempo. Me conmovía lo que había conservado su apariencia, lo que había sobrevivido, lo que era capaz de reconocer. Hacía mucho que no venía a Le Havre.

El azul y el rojo de la bandera nacional destacaban a lo lejos contra el fondo gris del cielo: la última vez que había pisado una comisaría, tres años atrás, lo había hecho para denunciar el robo de mi pasaporte, que un carterista me había birlado del bolsillo de la chaqueta mientras hacía cola en un cine al final del boulevard Richard-Lenoir. Las visitas a la comisaría no son plato de gusto de nadie, pero se diría que yo tenía prisa por llegar.

Un policía uniformado se afanaba en la centralita de recepción, radiografiando con la mirada a todo el que franqueaba el control de seguridad. El bullicio allí dentro era considerable. Me acerqué al mostrador y le di el nombre de quien me había citado a las nueve al agente de guardia, que extendió un brazo hacia el fondo del vestíbulo: allí lo tiene, acaba de llegar. Me giré y vi al pie de la escalera a un tipo con el móvil pegado a la oreja, una mano en el bolsillo del chaquetón y un gorro calado hasta las cejas. Volvió la cabeza y nuestras miradas se encontraron, oí que despachaba su llamada mientras se dirigía hacia mí y reconocí perfectamente su voz cuando se presentó: teniente Zambra. Al cabo de un momento me adentraba tras él en las profundidades del edificio, donde su nombre resonaba en los umbrales de los despachos, por las escaleras y los pasillos, eh, Zambra, ¿qué tal, muchacho? Zambra, chaval, ¿cómo va eso? Dimos vueltas y más vueltas por las distintas plantas, a veces tenía la sensación de volver a pasar por un mismo rellano; el teniente caminaba deprisa, marcando el paso, con una mochila impermeable al hombro en la que se adivinaba un ordenador portátil, y yo empezaba a preguntarme si hacerme deambular así por aquel laberinto no sería una primera prueba, si la entrevista no habría comenzado ya.

Una habitación alargada, dos escritorios –dos rimeros de papeles– separados lo justo para permitir a las visitas sentarse enfrente, dos armarios con persianas metálicas, un gran panel de corcho repleto de circulares con el membrete del Ministerio del Interior y, en la pared pintada de azul celeste, un reloj y un enorme plano de Le

Havre. Zambra se quitó el gorro y la luz reflejó de inmediato el rojo de su pelo, que llevaba corto y era tan espeso, tan tupido, que recordaba al pelaje de un zorro. Desenfundó el portátil y se puso a cuatro patas bajo el escritorio para conectarlo a la red mediante un cable negro, revelando una tira de piel blanquísima entre el jersey y la cinta elástica de sus calzoncillos. Luego se puso en pie de un brinco: muy alto no era, pero parecía flexible, rondaría los treinta años y bajo su jersey azul marino se intuía un torso musculoso y robustas articulaciones. Encendió el ordenador y me mostró la silla, siéntese, dejó el teléfono al alcance de la mano y sacó un cuaderno y algo con lo que escribir. A partir de entonces, sus ojos no se apartaron de mí.

«Se extiende la presente para hacer constar que comparece, previamente citado/a, el Sr./la Sra. X, que acredita su identidad y manifiesta…» Desde las primeras palabras comprendí que me había presentado allí como una turista, que había subestimado el contenido de aquella cita, su marco formal, que había entendido el término *entrevista* como una reunión de contornos imprecisos, cuando se trataba más bien de una *audiencia* o una *toma de declaración*: no había venido a escuchar, como yo creía, sino a hablar. Como mandaban los cánones, empezamos por introducir mis datos del registro civil en la plantilla informática del atestado, que curiosamente estaba redactado en primera persona: «me llamo…», «nací el… en…», «soy de nacionalidad…», «y de profesión…». Zambra leía en voz alta, dejando la frase a medias para que yo fuera rellenando los espacios en blanco, como si reuniera naturalmente en mi persona todas las categorías de la Administración, como si pudiera apropiarme de ellas y cayeran por su propio peso, estableciendo progresivamente la combinación única de mi identidad. Pero a medida que avanzaba el cuestionario, me iba percatando de que salvo por la fecha y el lugar de mi nacimiento ninguno de aquellos datos era inmutable, que todos eran

susceptibles de modificación, que mis palabras flotaban, distantes, cada vez más abstractas, producto de un sistema arbitrario que no guardaba la menor relación conmigo. Por la ventana podía ver la dársena de Vauban, donde se agitaban unas aguas del color del té con leche.

El policía cruzó las manos sobre el ordenador. Emanaba de él una formidable tensión física, un no sé qué seco y reconcentrado, una carga disuasoria que mantenía el mundo a distancia: no era la clase de tipo al que se le cuela la gente en la cola del McDonald's o de quien alguien se mofa para echarse unas risas. Ahí estaba, un hombre de una pieza. Me preguntaba si habría cotejado mis datos con los que por fuerza había obtenido de mi operador de telefonía móvil. *Un asunto que le concierne*.

Zambra echó un vistazo al reloj y, como si viera en él que había llegado la hora, me preguntó sin preámbulos si venía a menudo a Le Havre. Me enderecé: no. Él prosiguió, subrayando cada sílaba y esquivando toda sinalefa, con las dentales enérgicas y las vocales cerradas, sombrías: ¿y cuándo fue la última vez? La puerta del despacho había quedado entreabierta y se oían ruidos procedentes del pasillo, pasos, voces, timbres. No sé, hará más de veinte años. ¿No ha vuelto desde entonces? No, repetí, no tenía ningún motivo particular para volver. Se levantó para acercarse a la ventana moteada de lluvia y se apoyó en el alféizar, pero incluso de espaldas notaba el peso de su mirada y sabía que ocupaba por completo su pensamiento. Se dio la vuelta. ¿Qué hizo el 15 de noviembre? ¿El 15 de noviembre? Sentí que mi ritmo cardíaco se aceleraba y mi saliva se tornaba agria. Sí, el martes pasado. ¿Dónde estuvo, qué hizo? Hablaba con un acento marcado en el que cohabitaban Le Havre y el Estado, su acento local se disolvía en el fraseo policial estandarizado, sometido, domesticado, y asomaba de un modo casi clandestino en su mandíbula, que se desencajaba y paleteaba como si mascara chicle. Una ola de calor me inundó la cabeza. No me acuerdo. Las angustias se arremolinaban en torno a un minúsculo espacio vacío en mi cerebro. ¿No se acuerda?, preguntó Zambra. Pues no ha pasado tanto tiempo, fue hace tres días, venga, haga un esfuerzo. Cogí el móvil, segura de encontrar algún mensaje de texto o alguna

foto del 15 de noviembre, pero mientras introducía la contraseña caí en la cuenta y el eco de mi voz resonó entre las paredes satinadas de azul: el 15 estuve en Londres, fui para una postsincronización, ya le he dicho que soy dobladora de cine, pasé ahí todo el día y volví entrada la noche.

Despejó un poco el escritorio –los montones de papeluchos ganaron altura por las esquinas– y abrió una carpeta de cartón de la que sacó unas fotos de idéntico formato que alineó ante mí, una a una, haciéndolas restallar contra el tablero de melamina, como si se dispusiera a jugar un solitario con aquellas manos largas, delgadas y blancas, de uñas pulcras, unas manos que no casaban con su cuerpo fornido, que parecían prendidas a las muñecas con un imperdible. Desplegó así su mano y dio luego un paso atrás para permanecer de pie, apoyado contra la pared, en la pose de quien aguarda. Era extraordinariamente pelirrojo y tenía los ojos negros, lisos, con los párpados rasgados e hinchados, como dos granos de café. Seguramente estamos hablando de un homicidio.

Un homicidio. La realidad se resquebrajó bajo el efecto de una fuerte presión. Algo me empujaba hacia las fotografías –un deseo turbio de ver–, pero mis ojos titubeaban, se me escapaban por los rabillos. Me sentía perfectamente capaz de soportar lo que representaban, no me daba ningún miedo el shock, la huella visual que amenazaban con dejarme –mis iris se han acostumbrado hace tiempo al espectáculo de la violencia que la red mundial de las imágenes vierte sin cesar en mis pantallas, en mi bolso, bajo mi almohada, y ajusto mi visión como cualquier autofoco: mi cristalino se deforma y se abomba, los rayos de luz que emanan de las fotos convergen en mi retina, es algo que puedo hacer sin pestañear–, pero en el último instante me eché atrás.

Mire estas fotos. La voz de Zambra era ahora más próxima. Aparté la mirada: temía que el cadáver me sonara de algo, que fuera para mí un muerto particular y no uno de esos cuerpos anónimos que una

tragedia podría fundir con otros miles. Mis mandíbulas se tensaron, sentí un nudo en la garganta y me entraron ganas de vomitar.

Una mujer apareció en la puerta del despacho, con una mano en el picaporte. Se dirigió a Zambra sin prestarme atención: dos toneladas, ¿te has enterado? Él dio un respingo y ella continuó, satisfecha del efecto de sus palabras: en aduanas, dos toneladas, requisadas esta noche en un contenedor de plátanos, en la terminal de Francia; el jefe de narcóticos, Beauvau, todo el mundo ha ido para allá, esto parece el festival de Cannes. Zambra bajó la mirada hacia las fotos extendidas sobre el escritorio y dijo, sin perder la calma: ¿han detenido a los traficantes? La mujer sacó del bolsillo un paquete de Haribo que abrió con los dientes y nos tendió, yo decliné la oferta y Zambra también, pero ella insistió, va, pilla uno rojo, los rojos son los mejores, Zambra negó con la cabeza, no, gracias, de verdad, tras lo cual ella retomó el hilo, con la boca llena, qué va, no han trincado a nadie, han pescado la droga pero a ellos no, lo que levantó las sospechas fue de hecho el contenedor, plátanos de Colombia, lo aislaron en el control y al sondear las cajas, bingo, los ladrillos de cocaína estaban tan comprimidos, tan duros, que no podían atravesarlos ni con las varillas, el precinto del contenedor había sido manipulado, era una buena chapuza, eso me han dicho.

Como arrastrada por una fuerte marejada, me giré hacia la mujer que seguía en el umbral, una cuarentona llena de energía, con pantalones de tubo negros, una chaqueta de plumón abierta y un jersey con un bordado de lentejuelas, el cuerpo macizo, el pelo castaño con largas raíces negras, aplastado hacia atrás y recogido en una coleta, y el rostro cuadrado. Zambra callaba, esperando a que se marchara y nos dejara seguir con la entrevista, que se había interrumpido en el instante mismo en que había pronunciado la palabra *homicidio*, una palabra que debía provocar su efecto, pero la mujer se demoraba, muy ufana. Señaló con un movimiento de cabeza el escritorio en desorden que había detrás de mí y retomó la

conversación: ¿hay noticias de Vinz? Zambra empezaba a irritarse: sale a mediodía. Ella hizo una mueca y engulló otro cocodrilo: qué potra ha tenido. El joven policía decidió entonces poner fin a la cháchara: Nadia, te veo luego. Reparando de pronto en mi presencia, la mujer me miró de pies a cabeza y él se vio obligado a comentar, de mala gana: es por lo del tío de la playa. Ah, vale. Enrolló el paquete vacío de golosinas, lo tiró a la papelera y seguramente le hizo una seña a Zambra, una seña que no vi, porque él se levantó para hablar con ella y entornó la puerta tras de sí, sin cerrarla del todo, de modo que pude oír lo que se decían en el pasillo, sobre todo cuando hablaba ella: ese rollo tuyo está ligado a la droga, está clarísimo, seguro que tu hombre curraba para ellos y se lo cargaron muy lejos de casa, mala suerte, déjalo correr, ya se encargará la brigada de estupefacientes, piensa que te has quedado sin Vinz, que saldrá de esta pero tardará en volver, y esto es algo gordo, muy gordo, no es ninguna broma.

Contuve la respiración y dejé vagar mi mirada por el escritorio, entre las fotos. Era como si acabaran de conectarme a las corrientes ocultas que gobiernan el mundo real y pasan siempre por las comisarías, entre otros sitios. Agucé el oído: detrás de la puerta, Zambra no daba su brazo a torcer y le decía, tajante ahora, que el fiscal le había ordenado continuar con la investigación y que, hasta nueva orden, el caso era suyo.

¿Y bien? Zambra había vuelto ya a su sitio, recobrada la concentración. Ante mí, en formato vertical, mates y sin márgenes, tomadas con luz natural, cinco fotos en blanco y negro mostraban al mismo hombre tendido sobre unos guijarros. *El cuerpo de un hombre*.

En todas ellas podía apreciarse en una esquina una gran piedra manchada de fuel. ¿Dónde es?, pregunté. Zambra se inclinó sobre las fotos y su cadenilla de oro osciló en el vacío: en el dique norte, del lado de la playa, ahí lo encontramos. Al oír ese nombre, el dique

norte, visualicé de inmediato la larga muralla negra que marca la entrada del puerto, el faro, el rompeolas, y mis pies se echaron a temblar bajo la silla de hierro, como si quisieran decirme que no volvería a París hasta haber visto el lugar exacto donde habían fotografiado el cadáver.

Sobre el plano de la ciudad, el dique delimita una vasta zona, un dominio cambiante y en expansión en el que conviven los remolcadores y los veleros, el fueloil y los aceites perfumados, que abarca la bocana del puerto y el canal, la explanada donde estaciona la legendaria camioneta de helados Ortiz, el skate park y el mítico parque infantil, con sus grandes elipses de arena sembradas de toboganes y carruseles donde los padres vienen a congelarse los domingos mientras sus hijos lo pasan en grande; en un destello, el tacto metálico de las barras del columpio me abrasa las manos, entro en el patio en forma de flor que huele a salitre y a orín y veo de nuevo a mi madre, frágil y aterida, con las manos en los bolsillos de la gabardina y el pañuelo de seda anudado al estilo de Audrey Hepburn, de pie bajo un pórtico, con los ojos de un negro profundo puestos en el trapecio donde mi hermano, en anorak, se ha colgado de las piernas. Pese a la austeridad visual del paseo, siempre hay gente en el dique norte, todo el año, haga el tiempo que haga: perros y críos, tortolitos, deportistas, pescadores, familias que vienen a despedir a un barco que zarpa o un crucero que regresa, fotógrafos que intentan captar la dispersión de la espuma pulverizada contra la escollera o jóvenes holgazanes que desafían a las olas a riesgo de ser arrastrados por el oleaje cuando arrecia, cuando se pone bravo. Más tarde, al anochecer, están los que salen a «hacerse el dique», casi siempre a solas, a veces en pareja, y esos caminan con el cuerpo inclinado y la cabeza gacha, bordeando el rompeolas hasta el semáforo del antepuerto con paso lento y melancólico, y no sé qué andarán rumiando, supongo que meditarán sobre su vida, el dique norte está hecho para eso, y cuantas más vueltas le daba, más me persuadía de que no era el lugar ideal para matar a nadie o deshacerse de un cadáver.

En la primera foto, el muerto aparecía de cuerpo entero, boca arriba, con la cabeza un poco ladeada y los ojos cerrados. Parecía desencajado, un barullo de extremidades en completo desorden. Tenía una de las piernas doblada en ángulo recto a la altura de la rodilla y la otra torcida hacia dentro, los brazos extendidos, el izquierdo dislocado a la altura del codo y las manos abiertas, con las palmas visibles. Se diría que lo habían arrojado allí, como un fardo. *En la vía pública*. Las otras cuatro fotos lo mostraban por partes: la mitad superior del cuerpo, el tronco, la cabeza y las manos. Instintivamente me fijé en el primer plano de la cabeza y observé la frente ancha y plana, inclinada hacia atrás, los arcos superciliares protuberantes, las cejas espesas y oscuras, la nariz grande, las mejillas hundidas, la mandíbula prognata, la boca rodeada de una barba de tres días, la media melena entrecana, rizada, de gruesos mechones. Me pareció ver moratones en la cara y el cuello y distinguí un velo rígido en las sienes y los párpados, una membrana transparente que confería al conjunto el aspecto de una máscara. Como si me hubiera leído el pensamiento, Zambra me dijo que el cuerpo había sido descubierto a las nueve y cuarenta de la mañana y había sido fotografiado una hora después por un técnico de la policía científica, para entonces la sangre había comenzado a acumularse en las partes inferiores del cuerpo, la palidez era visible y se percibía ya la rigidez cadavérica. Mientras le escuchaba seguí mirando la foto, me tomé mi tiempo y luego la devolví a su sitio, junto a las demás: no había nadie allí a quien pudiera reconocer, no era una cara sino una careta, que no es lo mismo.

No, no lo conocía de nada. Aun así, algo me impedía pronunciarme de un modo tan categórico: recordaba haber leído en la prensa que, entre los allegados de las víctimas del 13 de noviembre que habían pasado por el Instituto de Medicina Forense de París, en el quai de la Rapée, algunos se habían equivocado, confundiendo a sus seres queridos con desconocidos o, a la inversa, habían sido incapaces de reconocer a su hijo, a su mujer, a su amigo o a su hermana, atrapados como estaban en una espiral de terror y esperanza que los cegaba, presas de un sufrimiento tan inmenso y un dolor tan insoportable que la forma de la frente, el perfil de la

nariz, el dibujo de los labios, la curva de las mejillas, todo aquello sobre lo que se posa la ternura al pasar, furtiva, ligera, al urdirse en un gesto, en un mechón reubicado tras el lóbulo de la oreja, en un beso en los párpados, todo eso se les había hecho irreconocible. Como si el primer cometido de la muerte, al purgar a su víctima de toda expresión animada, fuera destruir el rostro humano, reducirlo a un amasijo de músculos, nervios y huesos, a un relieve de bultos y concavidades, suprimiendo así toda posibilidad de identificación, o eso fue lo que me dije, impaciente por concluir el trámite.

Alcé la cabeza y miré a Zambra, que seguía inmóvil: no, no me suena de nada. Se desprendió de la pared. ¿No? ¿Y las otras? Eché un vistazo rápido a las fotos del busto, a las de las manos: nada. Era un hombre de complexión media, aunque el decúbito supino cambia el aspecto del abdomen, tal vez tuviera algo de barriga, y las uñas negras de las manos parecían pringadas de aceite de motor. Vestía unos vaqueros Levi's, una camiseta I ♥ NY bajo una chaqueta de chándal Nike y una parka negra, prendas manufacturadas por millones en fábricas grandes como megalópolis que se desaguaban en contenedores enviados a todos los puertos del mundo, ropa que se reciclaba para envolver múltiples pieles antes de acabar amontonada en las colinas de desechos textiles que invaden Ghana o se alzan en pleno desierto de Atacama. Era uno entre millones aquel hombre, podía ser cualquiera.

Al otro lado de la ventana, las aguas espumeaban en la dársena de Vauban, cada vez más encrespadas, cada vez más blancas, y yo estaba harta, harta, quería salir de allí, largarme de una vez. Lo siento, pero no lo conozco, no sé quién es. Zambra se echó hacia atrás en su silla y paseó la mirada por el techo mientras decía con voz pausada: no llevaba nada encima, ni cartera ni móvil, y la

inspección del lugar donde se levantó el cadáver no dio mucho fruto; tampoco encaja con ningún aviso de búsqueda, con ninguna desaparición, nada. Se volvió hacia mí, recogió las fotos que había extendido sobre el escritorio y las metió en el sobre. Estaba solo en el mundo, más solo que la una. Puede que lleve su tiempo, pero al final lo identificaremos, eso se lo aseguro.

No bien dijo esto, un rayo de sol atravesó el cielo encapotado y envolvió el despacho en una luz de invernadero. Las paredes adquirieron un extraño tono verdoso y el pelo del policía se tornó de un naranja aún más vivo. Lo único que tenemos –su voz ganó firmeza mientras sacaba de un sobre de papel kraft un envoltorio de plástico transparente, parecido a una de esas bolsas para congelar–, lo único, por el momento, es esto. Aplastó la bolsa contra el papelito que contenía, lo alisó con el canto de la mano y me pidió que leyera lo que ponía. Eran diez dígitos escritos en tinta azul. Una carcajada fugaz recorrió la superficie de mi conciencia. Se trataba de mi número de teléfono.

¿Sabría decirme cómo acabó su número anotado ahí, en una entrada de cine? Se puso en pie y dio unos pasos hacia la ventana. Buena pregunta, murmuré. Como si no me hubiera oído, insistió: ¿lo escribió usted? No, no es mi letra. Sostuvo la bolsa en alto, a la luz: es una entrada del Channel, una sala del centro, en el pasaje Victor-Segalen. Se sacó para la sesión de las 21.35 del martes 15 de noviembre. Hemos consultado la cartelera, esa noche ponían *Quemar después de leer*. La entrada se encontró en el bolsillo de los pantalones del sujeto.

La onda expansiva de sus últimas palabras distorsionó la escena por completo. Delante de mí, el plano de Le Havre cobró vida, como el perfil de un ser humano, los diques del antepuerto dibujaron una boca abierta, desencajada, una boca que quería decir algo pero se ahogaba, buscando aire contra el azul del mar. Mi mirada vagó por la red de líneas, callejeó en torno a la plaza del ayuntamiento y siguió deambulando por las avenidas, los cruces, los bulevares, subió por la calle Victor Hugo, pasó junto a los escaparates empañados del Bosco y los de la tienda Pimkie, donde solía ir con mis amigas a invadir los probadores los sábados por la tarde, apilando tras las cortinas

montones de prendas a diez francos que nunca comprábamos, y llegó por fin al Channel, donde fui al cine por primera vez en mi vida.

Balbucí que no había pisado el Channel en muchos años y tampoco había visto esa película. Zambra volvió sobre sus pasos, pues debería, debería, divertidísima, descacharrante, de verdad, es una especie de comedia de espías. Sonrió, como si recordara alguna escena, algún diálogo –asomaron unos incisivos puntiagudos amarillo oscuro–, y continuó: es de los hermanos Coen, ya sabe, los de *Fargo* y *El gran Lebowski*. Sin esperar respuesta y dándome así a entender que habíamos terminado, me tendió mi declaración para que la firmara. ¿De veras había declarado algo? La autopsia se hizo ayer, pronto sabremos más. Sacó una tarjeta del cajón, una tarjeta de visita con el logo de la policía nacional, su cargo de agente de la policía judicial, su nombre y sus datos de contacto, incluido su teléfono móvil. Llámeme si se acuerda de algo más.

Me anudé de nuevo la bufanda. Estaba lista para salir. Hay una cosa que no le he dicho. Zambra se volvió hacia mí mientras enrollaba el cable negro del ordenador en torno a su mano, muy despacio, como un marinero que aduja una jarcia, el despacho se sumió de pronto en las tinieblas, como si en alguna parte del cielo una mano bromista jugara con el regulador de la luz, y miles de gotitas vibraron contra la ventana. Hay una cosa que no le he dicho. Su pelo había adquirido un tono ambarino y tenía los labios morados. Es algo en lo que he estado pensando desde su llamada de ayer. Su móvil se puso a vibrar de improviso, rugiendo y agitándose sobre la mesa, parecía un cohete a punto de despegar, pero Zambra no se movió, sus ojos negros y penetrantes se clavaron en los míos, y no sé aún de qué especie era la emoción que me electrizó de pies a cabeza cuando alcancé a decirle por fin, sin aliento, que había vivido mucho tiempo en esta ciudad, hacía mucho.

El tipo que murió llevaba encima mi número de móvil, Blaise, ¿estás ahí? Había ido a cobijarme en la parada de tranvía frente a la comisaría, angustiada y aturdida, presa de náuseas: Blaise, ¿dónde estás?, ¿me oyes, Blaise? No parecía que hubiera nadie al otro lado de la línea, pero de pronto volvió su voz. Livry-Gargan, *my love*, gimnasio Danton, campeonato de Île de France, florete femenino, las chicas combaten en liguillas de seis, cada una se enfrentará a las demás en dos turnos, así que tenemos para todo el día, ¿qué te parece? La llamada se cortaba, llena de interferencias, Blaise parecía estar de broma, pero le corté en seco: ¡escucha, joder, al tipo aquel, el muerto, lo encontraron en la playa y en el bolsillo del pantalón llevaba mi número de teléfono! Blaise sonaba ahora molesto, reticente: no grites, ya tengo aquí suficiente jaleo, repítemelo sin gritar, que no entiendo nada. Me entraron ganas de encenderme un cigarro, operación que en Le Havre pasaba por volverse contra el viento, con el pelo en la cara, y ahuecar la mano para proteger la llama, con el móvil sujeto entre la barbilla y el hombro, pero mi encendedor chascaba en vano, fumas demasiado, Blaise no parecía percatarse de lo que me estaba pasando y la aparición bajo el alero de una viejecita con un gran gorro en forma de col de lana roja tirando de un carrito a cuadros escoceses me obligó a bajar la voz, fragmentar la frase y susurrar como una actriz de sainete, con los ojos desorbitados y las cejas levantadas: Blaise, mi número de móvil lo llevaba encima el tío que palmó, anotado al dorso de una entrada de cine, ¡dice la policía que podría ser un narcotraficante! La señora se volvió bruscamente hacia mí, con sus rizos blancos asomando del gorro, y el viento se arremolinó en la parada, ¿hola?, ¿hola? Cuando la comunicación se restableció oí murmurar a Blaise, pensativo, insoportablemente distante: qué historia tan curiosa.

Me lo imaginé en el gimnasio estriado de veloces estocadas y destellos metálicos, absolutamente en su salsa en medio de aquellos cuerpos hipermóviles que no cesaban de saltar, gritar y tensarse, vestidos todos de blanco de pies a cabeza y con el rostro enmascarado, cuando él lucía sin duda los colores que tanto le gustan, la camisa lila y el pantalón tabaco, imaginé sus ojos atentos a cada detalle bajo los párpados pesados, engañosamente soñolientos, esa mirada a la que nada se le escapa: Blaise observaba siempre la competición de cabo a rabo; aunque no esgrimiera Maia, ahí estaba en cada combate, sentado en su silla plegable, relacionando nombres y siluetas con una facilidad pasmosa, y tan ducho ya en juzgar prioridades, ataques, batimientos y paradas que a veces lo designaban para arbitrar competiciones. Sabía que era ahora el favorito de las chicas del equipo, el viejo con el que accedían a comentar la jugada, al que le hacían escuchar sus canciones con los cascos, pero cuyos silencios sabían respetar también los días de competición, cuando quería que lo dejaran en paz; yo era, en cambio, persona *non grata* y mi mera presencia en la sala parecía desconcentrar a Maia, cuya esgrima brillante y precisa se volvía febril cuando me tenía cerca, me has puesto de los nervios durante todo el asalto, llegó a decirme un día en que perdió, furiosa, recriminándome mis gritos de aliento inapropiados, la forma desaforadamente maternal que tenía de menear la cabeza mientras ella reculaba en la pista frente a una joven cubana explosiva, me has avergonzado. Pero lo que percibía también en la voz de Blaise, en sus titubeos y sus respuestas a contratiempo, era la resistencia que me oponía, recurriendo a la flema como un modo de neutralizar mi relato.

Blaise conoce mi afición por las historias. Por las que me cuento a mí misma y las que les cuento a los demás, por aquellas en las que me multiplico, en las que puedo disimularme, convertirme en una extraña, prescindir de mí. Las historias son tu debilidad, tu

gravitación interna, me susurra al oído poniéndome la mano en la nuca, la palma de la mano, como un imán caliente, como si quisiera convocar por haptonomía los relatos que circulan por ese saquito abollado que llamamos *occipucio*. Blaise sabe de mi querencia por los mitos elaborados en todas las lenguas, por esos viejos poemas activos, por todas esas historietas mal paridas, salvajes, peristálticas, atropelladas, fragmentarias y llenas de agujeros. Está muy al corriente de mi atracción por los cuentos, por los que descubrí a los seis años y le leía a mi hermano, por esos cuentos que tanto quise y bajo cuyo influjo nos adentrábamos en la noche, aturdidos, arropándonos en ellos. No ignora la facilidad con la que trabo conversación en los lavabos de los aeropuertos, en los ascensores de los hoteles, en los andenes de las estaciones de provincia por los que arrastro mi maleta con ruedas al amanecer. Y hace tiempo que se percató de que al hacerme dobladora, al convertirme en una *voz* para documentales y audiolibros, me las estaba arreglando para hacer de esa predilección un medio de vida.

Y me parece perfecto, cómo no, que oponga a mis historias el humo silencioso de los puritos Café Crème del estuche metálico que le deforma el bolsillo del chaleco; entiendo que se canse de lo que le cuento –aunque él es también un genial manantial de historias–, pero me siento traicionada si me refrena y me corta el ritmo, si se retrae cuando le refiero un suceso tanto más enigmático cuanto que es insustancial, banal, lacónico, si le hablo de una muerte que me *concierne*, de una muerte que me ha *sucedido* a mí, cuando se supone que esta clase de noticias pueden afectar a cualquiera pero solo le suceden al prójimo.

Pero ¿estás segura de que no conocías al tipo ese?, insistió con voz ausente. Estaba a punto de colgarle el teléfono con violencia, como se colgaba antes en las viejas horquillas de metal, cuando –con esa calistenia mental tan suya que encuentro conmovedora pero que en aquel momento me dio ganas de golpearlo como si fuera un

saco de boxeo, una cosa grande, dura y blanda a la vez, colgando del extremo de una cuerdaBlaise dio un paso atrás: la entrada de cine esa, ¿de qué peli era? *Quemar después de leer*, dije a regañadientes, y al momento Blaise volvió a sonar cercano y su voz recobró la calidez, ah, qué peli más divertida, buenísima, de los Coen, los de *Fargo*, *Barton Fink*, *El gran Lebowski*, ñe ñe ñe, exasperada, orienté el teléfono hacia el viento para poner fin a la llamada, y entonces, tal vez por haber escuchado los títulos de aquellas películas, giré a la izquierda y puse rumbo al barrio de Perret, ese islote de viento y hormigón donde viví mis doce primeros años de vida, de modo que, en lugar de volver a la estación y coger el siguiente tren a París, me quedé en Le Havre y me dirigí sin pensar hacia el Channel, mientras la voz de Blaise, allá atrás, se arremolinaba hacia los cumulonimbos, recordándome hasta qué punto es una proeza mantener una conversación.

Durante cuatro años pasé junto al cine Channel cada mañana, de camino al instituto, con la mirada puesta invariablemente en el cartel de la película de la semana: el grafismo, el título, los nombres de los actores –que para mí eran siempre nombres de leyenda–, todas esas sustancias iban calando en mí durante el trayecto y a menudo me metía en la piel de la actriz principal, tomándole prestado el rostro, identificándome con ella como si fuera otra versión de mí, una versión más libre, más osada, más transgresora: ahora que lo pienso, es ese mismo juego de desdoblamiento el que se produce en las sesiones de postsincronización, cuando me encuentro de pie frente a la pantalla en la sala de proyección, equipada con un micrófono ultrasensible, y mi voz sale de los labios de Susan Sarandon o Liv Lisa Fries o cualquier otra actriz extranjera. Caminaba entonces por las arterias del barrio de Perret como por un túnel de viento, con la cabeza gacha y mi mochila US al hombro, avanzando por el tablero urbano, de casilla en casilla, de manzana en manzana, sin ser consciente de que esa geometría modular, esos cañones perpendiculares y esos cruces recurrentes, esas vueltas y esas intersecciones, que multiplicaban los riesgos de colisión, los ángulos muertos y las líneas de fuga, creaban un espacio propicio a los azares, los sucesos fortuitos y las coincidencias, un espacio que acabaría por convertirse en la matriz de mis ensoñaciones.

El Channel es un cine de barrio, orgulloso y discreto, situado en uno de los pasajes que conectan las calles comerciales del centro con los patios de los grandes bloques de vivienda social de la posguerra. Estos pequeños túneles que atraviesan los bajos de los

edificios, apuntalados sobre columnas de cemento abujardado, son sombríos y sonoros y apestan a orines y colillas, pero ofrecen atajos muy cómodos y cobijos donde protegerse de la lluvia y las miradas indiscretas y besarse a escondidas, dando cabida a todo un sistema de circulación al margen de las entradas oficiales, una especie de contramapa del territorio conocido tan solo por los vecinos, los bomberos y algunos perros.

Como una interfaz entre dos sistemas de organización humana, entre el aparato de la ciudad y el de mi patio, el pasaje del Channel acabó por establecer al pie de mi edificio un punto de contacto entre la superficie del mundo real –mi vida ordinaria de colegiala– y su base ficticia. De hecho, cuando me sentaba en la butaca del cine, con los pies tocando apenas el suelo, me costaba mantener abierto el asiento y pensaba que el batiente podía cerrarse en cualquier momento sobre mí, clac, y hacerme desaparecer en sus entrañas, aspirada por las cañerías mágicas de las que brotaban todas aquellas historias.

Me gustaban sobre todo las salidas de cada sesión, cuando tenía que atravesar la masa compacta de gente que se estancaba en el pasaje, abriéndome paso entre los cuerpos aglutinados, con la cabeza a la altura de los pechos que apestaban a sudor y a tabaco, impulsada por sus empujones y aturdida por su alboroto, por su vehemencia, por esa suerte de jaleo a media voz concebido para expresar la emoción, la decepción, el deslumbramiento o la cólera. Lo cierto es que en la sala yo entraba poco: las películas me dejaban en tal estado, salía de allí tan trastornada, tan sudorosa, tan poseída por imágenes que solo palidecían para cobrar nueva intensidad al caer la noche, que mis padres me las racionaban. En realidad, no tenía necesidad de entrar para vivir la experiencia, el letrero de neón rosa con tipografía vintage que proyectaba sobre los muros del pasaje un halo color carne y champán bastaba para ejercer en mí una atracción poderosa, casi radiactiva: era la luz del cine. De adolescente, no perdía ocasión para «cortar por el Channel».

Cerrado, reabierto, en peligro, rescatado, el cine ha sobrevivido a la llegada de los multicines del muelle de Vauban, al coronavirus y a la irrupción de las plataformas, y ahora, intocable y etiquetado de

«cine de arte y ensayo» en un barrio declarado patrimonio de la UNESCO, ostenta aún su rango y propone esta semana un ciclo titulado «El cine y los espías: una historia de amor», con un buen puñado de películas que incluyen *Operación Cicerón*, de Mankiewicz, *Cortina rasgada*, de Hitchcock y *El puente de los espías*, de Spielberg. El último pase de *Quemar después de leer* fue el martes por la noche, hoy ponen *Gorky Park*, de Michael Apted, un thriller glacial que vi hace tiempo en la tele, pero que aún recuerdo: en Moscú, en plena Guerra Fría, tres cadáveres aparecen en el parque Gorki con la piel del rostro arrancada y las manos cortadas, William Hurt está a cargo de la investigación y lleva un chapka gigantesco.

El vestíbulo no es más grande que una caja de zapatos y al entrar goteo lluvia sobre la moqueta. Tras el cristal de la taquilla, una joven cuelga en la pared un impermeable negro con capucha y vuelve hacia mí una cara pálida de esas que no ven con frecuencia la luz del día: va a tener que esperar, que lo sepa, el pase es en veinte minutos. Niego con la cabeza: no he venido a ver *Gorky Park*. Ella pivota en su silla, enciende equipos y hace ajustes, como un piloto en su cabina. Me ignora. Picada, vuelvo a la carga: busco a alguien, a un hombre, puede que viniera a ver *Quemar después de leer* hace tres días, el martes 15, a la sesión de las 21.35. Las manos de la chica revolotean al otro lado del cristal. No entiendo, dice, ¿vino o no vino? No lo sé, respondo, es posible. La chica clica de mala gana en el ratón del ordenador y, altiva, con los ojos en la pantalla, dice: no vino mucha gente el 15 de noviembre, se vendieron siete entradas. Luego se interrumpe: ¿tiene una foto? Trato de camelármela: no llevo ninguna, pero he visto una hace poco. La chica entorna los ojos, duros y translúcidos, y suelta una risita: entonces ¿qué? Noto también que le pica la curiosidad y, alentada, me acerco al cristal sobre el que mi pregunta dibuja un círculo de vaho: ¿se lo describo?

Con los ojos cerrados, fijo la visión y empiezo a trazar en voz alta el contorno de la cabeza humana de la foto. La imagen es aún nítida

y me apuro, porque enseguida se desdibuja y se deforma, como si el afán por recordarla arruinara el recuerdo, como si el empeño en reconstruirla dificultara su retorno: es la misma sensación que tengo cuando intento acordarme del rostro de mi madre cuando yo era niña y ella entreabría la puerta de mi habitación para pedirme que apagara la luz, o cuando trato de visualizar la cara de Blaise el día que lo vi por primera vez en el foyer del Théâtre de l'Atelier antes de una representación de *La gaviota*, acodado en la barra con un deslumbrante traje verde pino, abrazado a los folletos y hojas informativas que había impreso y cojeando un poco cuando se alejó del bar y nuestras miradas se encontraron: los rostros se desvanecen, sus expresiones se borran, sus voces se apagan, y muy pronto no percibo sino destellos, siempre los mismos, flashes que los congelan en una determinada pose, en una actitud, una fecha, una situación, y de pronto reparo en que han desaparecido y han sido remplazados por una foto. Aun así, sigo describiendo al hombre de la playa, me esfuerzo, renunciando enseguida a la exactitud pero no a la fidelidad, restableciendo la frente amplia, la mandíbula saliente y angulosa, el mentón pesado, esos rasgos neandertales, ese aire de hombre primitivo, le restituyo la densa melena, los rizos, los arcos superciliares prominentes, los párpados abombados como cucharas de marfil, voy despacio, a tientas, y describo también sus patas de gallo, los labios sinuosos y la nariz larga, sé que no existe retrato sin mirada, pero continúo, precisando cada detalle, la descripción es larga pero no importa, traslado como puedo a las palabras el cuerpo yacente y el desbarajuste de sus miembros, la ropa corriente, y cuanto más avanzo en mi descripción más detalles me asaltan, detalles insignificantes a los que no había dado la menor importancia pero que ahora, como agarres en la pared demasiado lisa de la memoria, adquieren relieve y, punto por punto, acaban por formar un rostro, un cuerpo: la barba reciente pero cerrada, los moratones en el cuello, el abultamiento de la barriga por encima de los vaqueros.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, veo a la muchacha de la taquilla inclinada sobre una hoja arrancada de un cuaderno de espiral, con un lápiz en una mano y una goma en la otra. Dibuja rápido y con tal

precisión que se diría que repasa unas líneas invisibles trazadas de antemano en el papel, que revela únicamente lo que ya existía, ese rostro. El lápiz roza el papel, la quietud es total. Es maravilloso ver lo que va tomando forma, el dibujo al hacerse, lo que va apareciendo poco a poco mientras se estremecen al unísono las gargantas de los actores en los carteles que nos rodean. Está dibujando el retrato robot del hombre del dique norte. Pero entonces le suena el móvil y se rompe el hechizo, la chica se levanta precipitadamente y se da la vuelta hacia el fondo de la cabina. Al mismo tiempo siento una corriente de aire fresco a mi espalda: alguien ha entrado al cine.

Un viejo. Lleva una larga gabardina gris de doble botonadura y un sombrero de fieltro oscuro. Se va derecho al cartel donde están clavadas con chinchetas las críticas de *Gorky Park* y sus murmuraciones no tardan en trepar por las paredes del pequeño vestíbulo, habla para sí mismo y puede que un poco para mí, porque estamos los dos solos. Le oigo farfullar los nombres de Lee Marvin, William Hurt y Joanna Pacula: una polaca, precisa, tamborileando con un dedo en la cara de la actriz, huyó a occidente en 1981. El acento inglés que recubre sus palabras es el mismo que se oye en las retransmisiones de la BBC y supongo que en las sastrerías de Savile Row o en los jardines y comedores de los colleges de Oxford, reconozco esa prosodia particular, esa cresta afilada de picos agudos, esas pausas respiratorias. Lentamente, se quita las gafas para pegar la nariz a una de las fotos y dice a media voz: la Lubianka, la sede del KGB. Se vuelve hacia mí y veo que lleva un audífono, un aparatito gris alojado en el pabellón auricular derecho, le oigo hablar de la Makárov imitando el cañón de la pistola con los dedos enguantados de negro, juntando el corazón y el índice, apuntando al suelo y simulando el pop de un disparo con silenciador.

La chica de la taquilla no para de hablar, le palpita la espalda, mechones de cabellos mustios se balancean contra su nuca, sus clavículas se menean bajo la blusa marinera. Yo sigo dando vueltas

junto al mostrador cuando el viejo se acerca unos pasos, se quita el sombrero y pronuncia con voz alta y clara mi apellido y mi nombre, en ese orden administrativo y escolar, el mismo que respetaba cuando pasaba lista al comienzo de las clases de inglés hace treinta años, con el borde de la corbata a rayas oscilando sobre el registro de ausencias. Estoy tan sorprendida de encontrármelo cara a cara que casi respondo «presente», como si fuera aún su alumna, el recuerdo se abre paso y lo reconozco, tiene ahora la piel apergaminada y amarillenta, pero sus rasgos me lo devuelven y le tiendo una mano torpe, una mano preñada de malestar, pues me retrotrae de inmediato a aquel día de diciembre en que hice trampas en un control, un ejercicio sobre un fragmento de *Opus nigrum*, de Marguerite Yourcenar: le pedí a mi vecina por escrito, en un papelito, la traducción de *portón* y *puente levadizo* –palabras cabronas donde las haya– y ella, como buena amiga que era, pasó las páginas del diccionario prohibido, abierto clandestinamente sobre sus muslos desnudos, con una destreza asombrosa y en un movimiento vagamente sexual del que extraía cierta vanagloria, era obvio, pues los papelitos volaban hacia ella desde todos los rincones de la clase, y ella consultaba el tomo pavoneándose, con los ojos entrecerrados tras el flequillo, la boca abierta, la mano bajo el pupitre y la espalda arqueada. Me respondió devolviéndome el proyectil y la bolita de papel fue a aterrizar justo sobre mi examen, pero no llegué a leer las respuestas porque aquel joven profesor, rígido y austero, alertado por algún detalle que desconozco, avanzó por el pasillo con su paso marcial y se detuvo al llegar a mi altura, con los brazos cruzados sobre su traje Príncipe de Gales, de una elegancia incongruente con el miserable entorno, y se quedó allí mirándome fijamente, en silencio, aún me parece ver su pinta de sicario con sus calcetines Burlington, su nariz aquilina, su mentón cuadrado y su pelo rubio de estopa con la raya en medio, mientras yo, presa del pánico pero consciente de que debía destruir la prueba del delito, me metía la bolita de papel en la boca dejando que mi mirada vagara en torno de la suya, como si no lo viera, como si estuviera absorta en mis propios pensamientos, concentrada en aquellos portones y aquellos puentes levadizos, empeñada en hacer

justicia al texto de Marguerite Yourcenar con un comentario de texto de matices sutilísimos, los lóbulos de las orejas me ardían y no se oía ni una mosca en el aula, donde todos se habían percatado de que algo pasaba y me lanzaban miradas furtivas, excitadas, la chica del diccionario se concentraba en su examen como si tal cosa, y Mister Smith –el mote que le habíamos puesto– me miraba fijamente, subiéndome los colores hasta la frente, y yo mascaba la bolita como si fuera un chicle, la masqué hasta que se rasgó y se desintegró en mi paladar, dejando en mi boca el regusto acre del papel y la vergüenza –la de haberme dejado pillar in fraganti, certificando a un tiempo mis mediocres aptitudes académicas y mi incapacidad para el engaño–, y la situación se prolongó hasta el final de la clase, sus buenos veinte minutos, durante los que seguramente me *grabó* en su memoria.

¿También le gustan las películas de espías? El viejo me retiene, su mano enguantada estruja la mía como una garra de cuero, no me atrevo a sacudírmela, a zafarme, algo me lo impide, el hecho de haber sido desenmascarada aquel día como una tramposa, una mentirosa: es como si la escena del comentario de *Opus nigrum* no hubiera terminado nunca, como si durase aún, balbuceo sin venir a cuento que tengo que ir a la estación, pero él insiste, apretando mis dedos mientras sus labios incoloros dibujan una sonrisa de lobo, y con voz dulzona me pregunta si he visto *Comer después de leer*, adulterando el título para cabrearme, estoy segura, y luego le oigo decir las mismas gilipolleces sobre Ethan y Joel Coen, sobre *Fargo* y *Barton Fink*, y de tanto reír le da un ataque de tos, uno de esos ataques terribles que amenazan con conducir a sus víctimas a la asfixia o incluso a la muerte, quiero que me suelte, recuperar mi mano y largarme de aquí, me vuelvo hacia la taquilla con un gesto torpe y algo brusco, tal vez, porque mi bolso barre con los prospectos y programas apilados sobre una mesa y todo sale volando, los dosieres de prensa, las críticas cinematográficas ciclostiladas a la antigua, los flyers, todo revolotea y flota en el pequeño vestíbulo del Channel, me arrodillo para recoger lo que puedo, con la nariz pegada a los zapatos de Mister Smith, una especie de derbis de cordones que tal vez tengan suelas de doble

fondo con una cámara en su interior, oigo a la chica de la taquilla venderle una entrada para *Gorky Park* y, cuando me levanto, cargada de papeles, veo que el viejo desfila ya por la escalera tapizada de moqueta negra que desciende hasta la sala de proyección y desaparece en un ángulo muerto, el vestíbulo del cine vuelve a estar desierto, silencioso, los actores recobran su inmovilidad en las paredes, apenas quedan cuatro pisadas húmedas en la moqueta, es como si lo hubiera soñado todo.

La chica de la taquilla está molesta, me dice que deje los papeles, que ya se ocupará ella, no ha visto lo que ha pasado, estaba ausente, en otra parte, enfrascada en una conversación telefónica archisentimental, a juzgar por sus mejillas escarlata y sus labios hinchados, un plano secuencia en el que se habrá atenido a los diálogos amorosos que tan bien conozco por haberlos repetido en la versión francesa durante los doblajes. Ha extendido el retrato robot, lo ha alisado con el canto de la mano y ahora lo está mirando, se toma su tiempo, yo paso los dedos por la ranura del cristal y los agito como si tratara de atraer a un animalillo para hacerle saber que me gustaría llevarme el dibujo, ella hace un mohín, se frota la barbilla, suspira y se echa el pelo hacia atrás mientras empuja hacia mí la hoja del retrato: sí, puede que viniera.

Es todo recto hasta el mar. La línea del tranvía une la estación y la playa siguiendo el eje histórico que el lápiz del arquitecto exhumó de las ruinas de la guerra. Es una perspectiva concebida para recrear el sueño de un horizonte marino visible al apearse del tren, para suscitar ese reclamo de aire y luz nada más pisar el andén, aunque la aparición del mar es en realidad un acontecimiento con su buena dosis de seducción y arte escenográfica: el mar es la diva que se espera, que se presiente, anunciada por las gaviotas, alocadas y chillonas, pero que no se muestra hasta pasar las dos torres de trece pisos de la Porte Océane, ese linde simbólico entre la ciudad y el mar: ver el mar, ver el mar, eso era lo que nos pedían siempre, con un pie aún en el estribo del vagón, quienes venían de visita cuando aquí vivíamos, nos lo pedían imperiosamente, impacientes por llegar al paseo marítimo, donde se ponían a inspirar el aire como posesos, con los labios cerrados, las narinas abiertas de par en par y la caja torácica abombada en extática dilatación, cargando las tintas y dándoselas de románticos desmelenados, embebidos en la gran experiencia de cuerpo y alma que nuestra ciudad, por feúcha que fuera, podía ofrecerles, y que era el principal señuelo que los había atraído hasta allí, pontificando sobre los encantos del litoral y la magia de los barcos; ver el mar, la iniciación primordial para quienes aún no lo habían visto y se lo imaginaban azul, cuando el nuestro era otra cosa, un mar rudo, complejo, a un tiempo petrolífero e impresionista, prosaico y soñador, surcado de líneas y rutas marítimas, de un color que ningún nombre de color podía abarcar, un color que bien merecía la invención de un nombre nuevo para designarlo, para designar su textura, su reflejo y su movimiento; ver el mar, sí, eso nos pedían nuestros huéspedes nada más llegar y pasaban el resto de su estancia extasiados, convencidos de que no

sabíamos apreciar nuestra villa portuaria en su justa medida, cuando a ninguno de ellos, ni que decir tiene, se le habría ocurrido quedarse aquí más tiempo del necesario, el hormigón les resultaba antipático, el puerto sombrío y demasiado industrial, veían con desmayo las calles del centro desiertas a las seis de la tarde y desde la primera noche no paraban de sonarse, quejumbrosos, convencidos de haber pillado un catarro.

Ahora que lo pienso, si hubo un día en que el mar fue visible desde la estación, un día en que pudo avistarse desde el andén como un estrato más oscuro en la base del cielo, ese día fue el 7 de septiembre de 1944, después de que la ciudad fuera asolada por los Aliados, que no se andaban con chiquitas, expresión que me trae a la memoria la voz estriada, gutural y sibilante de Jacqueline y aquel domingo de marzo en que grabamos su testimonio en un pequeño piso del quai de Southampton. Era mi último año de bachillerato y hacía pareja con Vanessa, que tenía el pelo rosa, un hoyuelo en la barbilla y una chaqueta corta de cuero vintage que me daba mucha envidia. Aquella entrevista era de hecho la base de nuestro proyecto de fin del ciclo secundario. Recuerdo que al principio éramos un poco reacias a abordar un tema tan serio, tan pesado, que presagiaba pocas risas y nula ligereza, cuando otras parejas se dedicaban a documentar la epopeya de los trasatlánticos de la French Line o la arquitectura de Oscar Niemeyer, pero la oportunidad de registrar el testimonio de una testigo viva y llevar a cabo una especie de investigación acabaron por seducirnos.

Jacqueline nos recibió en su cocina de formica amarilla clara, era una mujer de setenta y tres años, pequeña y flaca, y llevaba un pantalón de karting color frambuesa chafada y una chaqueta de chándal a juego, al estilo de Jane Fonda en su época de diva del aeróbic. Con el pelo cano bien alisado, las uñas arregladas y su gato en el regazo, nos miró en silencio mientras conectábamos el micro, después de haber dejado en el centro de la mesa el magnetófono

Philips que nos había prestado el instituto, un vaso de agua y un cenicero: nos dábamos aires, muy pendientes de los aspectos técnicos de la entrevista, tanto más meticulosas y tiquismiquis cuanto que éramos dos novatas de diecisiete o dieciocho años. Nos sentamos luego a ambos lados de Jacqueline sin sospechar ni por un momento la que se nos venía encima, hacía un día bastante bueno, lo que viene a decir que no llovía, Vanessa puso en marcha la grabadora para dar el pistoletazo, yo carraspeé y, modulando la voz en un remedo de la periodista profesional que soñaba con ser algún día, empecé: hola, Jacqueline, usted nació en Le Havre en 1922 y tenía veintiún años cuando la ciudad fue bombardeada en septiembre de 1944, vivía entonces en la rue Victor-Hugo, ¿podría describirnos aquellas terribles jornadas? Jacqueline nos miró a las dos, tomándonos la medida, encendió un cigarro, dio una larga calada y comenzó a hablar, previniéndonos de inicio de que no iba a andarse con rodeos, pues lo que quería transmitirnos, si es que eso era posible, era su experiencia de la destrucción, y al oír aquellas palabras nos quedamos heladas Vanessa y yo, sorprendidas por la firmeza de su voz, que auguraba recuerdos igual de firmes, pues no había olvidado nada de aquel 5 de septiembre, todo empezó un martes a media tarde, Le Havre era entonces un enclave, un foco estratégico debido al puerto, imaginaos una especie de campamento atrincherado y habitado por unos sesenta mil civiles y una guarnición de once mil alemanes que no estaban dispuestos a rendirse, se rumoreaba que los Aliados habían llegado ya a los arrabales, pero todo seguía igual, no había agua, casi todas las tiendas estaban cerradas, la orden de evacuación no se había cumplido correctamente, no sé por qué, pero allí no entraba ni salía nadie, decían que el ejército invasor nos había tomado de rehenes y no hacíamos otra cosa que esperar, sabíamos que estaba al caer, todo estaba en calma, tras el desembarco de junio no sonaban las sirenas pero la alerta era permanente y estábamos preparados, parece que fue la campana del fuerte de Sainte-Adresse, ocupado por los alemanes, la que dio la alarma aquel día a las cinco y media de la tarde, yo no la oí, pero al cabo de media hora decenas de luces rojas iluminaron el cielo, eran bengalas para balizar la zona y

comprendimos de inmediato, sabíamos lo que eso significaba, el zumbido se hizo más fuerte y cuando alzamos la mirada vimos cientos de crucecitas negras –verifiqué el magnetófono para asegurarme de que la cinta estaba girando y le guiñé un ojo a Vanessa para decirle que todo iba bien, la vi un poco pálida–; bajamos al refugio a todo correr, éramos una docena de personas allí dentro, vecinos, gente que había visto marchar a su familia pero se había quedado para vigilar su vivienda, por miedo al pillaje, algunos bajaron con maletas llenas de papeles y pequeños objetos, con algo de comida también, y vino, lo justo para resistir algún tiempo, era un refugio seguro, recuerdo a una mujer que cantaba mientras amamantaba a su bebé –Jacqueline canturreó acelerando el compás: *y a une pie, dans le Poirier, j'entends la pie qui chante, y a une pie dans le Poirier j'entends la pie chanter*–,[1] me estaba volviendo loca con su tonadilla, las explosiones estremecían ya las paredes del subterráneo, empezábamos a ahogarnos allí dentro y yo me preguntaba adónde habrían ido los pájaros, las gaviotas de la rada y los herrerillos de la plaza de Saint-Roch, obligados ahora a compartir el cielo con los aviones y las bombas de fósforo.

Mientras fumaba el delgado cigarrillo que sostenía con la muñeca torcida a la altura de la oreja, Jacqueline se esmeraba en describirnos las explosiones y las ondas de choque que las prolongaban, los silencios que solo servían para subrayar la inminencia de la bomba siguiente, que nunca tardaba mucho en caer, haciendo hincapié en el tiempo que pasó en aquel refugio, en aquella duración compuesta de estallidos e intervalos, puntuada de cualquier manera, en aquellas horas consagradas a esperar la siguiente deflagración, un tiempo arrítmico, ajeno a los relojes humanos, la joven madre tarareando su canción una y otra vez mientras el subterráneo se llenaba de cascotes; me costaba respirar, tenía miedo de acabar allí sepultada, enterrada viva –su gato se enderezó de un brinco sobre su regazo y ella lo acarició maquinalmente con una mano mientras aplastaba con la otra el cigarro en el cenicero–, yo estaba sola en Le Havre, mi familia se había marchado una semana antes a casa de un tío que tenía una

granja cerca de Bolbec, me había quedado allí por mi novio, que servía en la defensa pasiva, estaba enamorada, sabía que él andaba ahí afuera, ahí arriba, corriendo de aquí para allá, y que sabría dónde encontrarme si me quedaba atrapada en el subterráneo; luego se hizo el silencio, como si hubiera expulsado por fin todos aquellos proyectiles, y es increíble, pero no salimos enseguida, aguardamos un poco más, interrogándonos con la mirada, preguntándonos si habrían pasado ya todos los aviones, si no quedaría un bombardero rezagado en la cola de la formación, tardón pero diligente, planeando sobre la ciudad dispuesto a terminar la faena, listo para soltar su lastre mortífero una última vez, poco a poco nuestros corazones y pulmones volvieron a funcionar normalmente, el bebé se durmió, nos escuchamos respirar de nuevo, todo se había calmado, entonces alguien dijo ya está, vamos, podemos salir, llevamos tres horas aquí metidos, y hubo que salir del agujero, ponerse en movimiento y subir en fila india, muy despacio, uno detrás de otro, tratando de no pensar en lo que nos esperaba allí arriba, en la superficie, estábamos cubiertos de escombros, teníamos el pelo, la piel y la ropa llenos de ceniza y de polvo, éramos auténticos aparecidos, y hasta el último escalón de la escalera no fuimos conscientes de que esa escalera era también el último elemento arquitectónico que quedaba en pie en la zona, y entonces olimos el cielo que no podíamos ver, el aire del mar era más fresco aún que el del subterráneo, estábamos fuera, y fuimos vagando entre los escombros, rodeando los orificios, los cráteres de las bombas en los que se infiltraba ya el agua, saltando postes derribados, alcantarillas reventadas y vigas calcinadas, teníamos que prestar mucha atención a dónde poníamos los pies porque el mismo suelo había desaparecido, yo no veía nada, era todo una gran humareda y tenía los ojos llenos de porquería, las pestañas pegadas. De todas formas, no había nada que ver. Es una sensación rarísima: bajas a un refugio desde una ciudad y al subir, tres horas más tarde, de esa ciudad ya no queda nada.

Justo ahí pausamos la grabación y nos trasladamos a la sala de estar, Jacqueline se hundió en un extravagante sofá blanco de polipiel, había allí un taburete africano y grandes fotos de pájaros de

una belleza surrealista enmarcadas en las paredes –un martín pescador, un búho nival, un secretario, un tucán, un faisán dorado, pero ninguna urraca–, con un gesto de la cabeza nos invitó a servirnos de las cervezas y las galletas que había sacado, parecía cansada, se encendió otro cigarro, estiró las piernas y cruzó los tobillos, cerró los ojos, la habitación estaba desordenada, nosotras guardábamos la compostura en silencio y fumábamos también, sentadas a sus pies sobre una gran alfombra de lana cruda, demasiado sofocadas para picar nada, sabíamos que la historia no había terminado, pero ni Vanessa ni yo nos atrevíamos a pedirle que nos contara qué pasó a continuación, si encontró o no a su novio, pese a los bombardeos que aún estaban por caer, los del día siguiente en particular, pero al cabo de unos segundos prosiguió la historia, con los ojos perdidos en el humo de su cigarrillo y su posesivo gato ronroneando en su regazo, nos dijo que lo buscó por todas partes en la ciudad en ruinas, pero alguna explosión se lo había llevado, su familia no conocía mi existencia y no llegué a saber dónde lo enterraron, acabábamos de conocernos.

Cuando salimos de casa de Jacqueline era ya de noche, el quai de Southampton estaba desierto, caminamos en silencio bajo los soportales de la rue de Paris, las luces de las farolas proyectaban sombras sobre las fachadas de los edificios, aureolando el hormigón de tonos rosáceos, marrones y azulados y embotando el filo de los ángulos, y estoy segura de que las dos vimos entonces la ciudad como no la habíamos visto nunca: la arquitectura nos hablaba de algo que no era la Reconstrucción, ni el Renacimiento, ni la Restauración, todas esas palabras que comienzan por «re» para resucitar los sueños perdidos, no, era ahora la huella material de lo que había desaparecido y nos recordaba que la ciudad que habitábamos estaba llena de fantasmas: que había habido otra ciudad, eso era lo que nos decía.

La entrevista a Jacqueline nos dejó a las dos muy tocadas y

durante los meses siguientes nos zambullimos en el tema, empollando de firme para la prueba oral, estudiando en detalle cosas que no se olvidan: Vanessa y yo queríamos describir lo que había sucedido durante aquella elipsis de tres horas que Jacqueline había pasado sentada en su refugio con el corazón desbocado, esos trescientos cuarenta y ocho aviones de la Royal Air Force, entre bombarderos Lancaster y cazas Mosquito, que dejaron caer sobre el suroeste de la ciudad dos mil toneladas de bombas explosivas y treinta mil bombas incendiarias. Los aviones debían preparar el terreno para la operación Astonia, que daría comienzo cinco días después, volaban alto, rociándolo todo de explosivos, aniquilando hasta la idea misma de refugio, se presentaron en formación, cargados con veinte bombas cada uno, el que las soltaba viraba a la derecha, hacia el mar, y el siguiente continuaba bajo su ala izquierda para soltar las suyas, el bombardero que iba en cabeza dejó caer un diluvio de proyectiles de fósforo. Era difícil saber si tenían un objetivo preciso, fue un bombardeo en alfombra, un *carpet bombing* –una estrategia bélica también llamada, como averigüé más tarde, *bombardeo de saturación*–; y el miércoles 6 los Aliados retomaron la faena, el sol brillaba sobre lo poco que quedaba de Le Havre y a la misma hora que la víspera aparecieron de nuevo en el cielo las crucecitas negras con sus bombas explosivas y sus perniciosas bombas incendiarias, que inflamaban el aire y aterrorizaban a los habitantes, los barrios de la parte baja de la ciudad ardieron como una tea y el viento –fuerte el día 5, amainando un poco el 6– propagó el fuego por zonas vastísimas a temperaturas capaces de fundir el acero. La violencia de los bombardeos no respetaba nada ni a nadie, la muerte era aérea, indistinta y demoníaca, reinaba ubicua en todas partes a la vez. El cielo era naranja y estaba tachonado de pavesas, de carbonilla, las brasas flotaron en el aire toda la noche, el fósforo quemó el asfalto, fundió los raíles del tranvía y las traviesas de hierro, la humareda penetró hasta el fondo de los subterráneos; presos del pánico, centenares de habitantes de Le Havre corrieron al túnel de Jenner, donde la gente llevaba varios días refugiada, pero no había más sitio y acabaron resguardándose en una galería en obras que acabaría obstruida por una bomba, murieron allí asfixiadas

trescientas diecinueve personas; el puerto y los barrios vecinos fueron asolados, pero las fuerzas de ocupación no se rindieron: sobre la inutilidad de aquellos bombardeos aéreos nadie ha querido saber nada.

Los ataques aéreos, que se prolongaron hasta el 11 de septiembre, transformaron Le Havre en algo desprovisto de toda forma, en una superficie cuyo único hilo conductor era su propia destrucción, una mera extensión de cascotes ante la que era imposible discernir si se trataba de los vestigios de una ciudad o de una materia nueva, una sustancia desconocida creada por la guerra, una masa más o menos compacta de tejados, puertas y escaleras, de muros con las ventanas vacías, una fusión de fachadas y vigas, colchones y caballos, fotografías y máquinas de coser, un magma de vajillas, cochecitos, bicicletas y pijamas, una lava de transistores y perros, un puré de autobuses, gorras y banderines, una papilla de cosas humanas con tropezones humanos, un batiburrillo de pasados que, una vez compactado, elevaría el nivel de la ciudad casi un metro. Dicen que un mes después de los bombardeos, las ruinas de Le Havre seguían calientes. Así pues, la mañana del 7 de septiembre, el rumor que corría era inimaginable: se veía el mar desde la estación. A quienes difundían la noticia los tomaban por locos, los miraban con recelo, la gente creía que deliraban, que estaban traumatizados, y, sin embargo, es cierto que aquel día el mar se veía de lejos.

Los grandes folios de papel Canson en los que plasmamos nuestra exposición acabaron enrollados y atados con gomas elásticas una vez aprobado el trabajo de final de bachillerato. Era un rollo imponente. ¿Quién se lo llevaba? No íbamos a volver a vernos, se acercaba el verano y Vanessa pensaba embarcarse en el ferri para ir a ver a su novio a la isla de Skye y no estaba muy segura de lo que haría a su regreso. Por extraño que pudiera parecer, después de haber estado tan unidas, pegadas a todas horas durante nuestro proyecto conjunto, nos sentíamos incómodas y distantes a la hora de despedirnos aquel día de julio, guárdalos tú, será un recuerdo, bromeó Vanessa dándome un golpe con el rollo en el hombro, como si con aquel gesto me nombrara depositaria de aquella historia, y fui

yo quien insistió en conservar la cinta del testimonio que, si mal no recuerdo, está guardada en una caja en algún lugar del sótano, bien protegida de la luz en su estuche de plexiglás. No me he deshecho de ella, no habría podido: la escuchamos juntas infinidad de veces, asombradas en cada pasaje por la riqueza alucinante de los detalles acústicos, desde el filtro del cigarro que se consume hasta nuestras respiraciones entremezcladas, pasando por los ronroneos del gato, la calidad sonora nos daba acceso a las profundidades de la grabación, restituyendo de inmediato en nuestra memoria el espacio de la cocina, con esa resonancia particular de los cuartos pequeños alicatados, mientras sonaba a lo lejos la larga sirena de un barco que entraba en el puerto: allí volvíamos a estar las dos con Jacqueline, en contacto con su voz, muy cerca de la vida.

Tan pronto me acomodo al sentido de la marcha desdoblo el retrato robot dibujado por la chica del Channel para estudiarlo a la luz del día y compararlo mentalmente con la foto de la ficha policial que llevo grabada en la memoria, pero en el proceso se sobreimprimen en ella los diez dígitos en tinta azul de mi número de móvil. Joder. Pienso en los pasaportes que los terroristas «se olvidan» en el suelo del coche para firmar sus masacres y reivindicar su martirio, en los asesinos en serie que llegan al extremo de escribir a la policía para azuzar su propia caza, cuando no optan por llamarlos directamente, y me digo que si yo hubiera tenido algo que ver con toda esta historia no habría podido ponérselo más fácil a la policía: bueno, chicos, llamadme cuando queráis, aquí os dejo mi número, ¡no hay de qué!

Pero el joven teniente Zambra no parece creer que yo esté implicada, después de su comentario sobre *Quemar después de leer* me ha tendido su tarjeta como si acabáramos de entablar una relación profesional. Por otro lado, es innegable que está convencido de que conozco al hombre muerto del dique, de que hay entre nosotros algún vínculo, algún nexo, alguien que tenemos en común o incluso varias personas, situadas entre nosotros como antenas repetidoras, como cuerpos conductores, de modo que ambos nos tocamos a través de esa contigüidad de contactos. El año pasado grabé para los muy exclusivos estudios Klang un libro curioso, *Viaje alrededor de mi cráneo*, de Frigyes Karinthy, un periodista y poeta húngaro con aires de aventurero que es también, ahora que lo pienso, el inventor de la «teoría de los seis grados de separación», es decir, la hipótesis de que dos moradores cualesquiera de este mundo, que no se conocen entre sí, están por fuerza en contacto a través de una cadena de relaciones que no excede jamás los cinco

eslabones intermedios, una idea que a menudo nos lleva a Blaise, a Maia y a mí, en una especie de juego matemático que es también una utopía política, a evaluar los grados que nos separan de Barack Obama o de un sicario del cártel de Medellín, de un conductor de tuctuc de Madrás, un minero de Kiruna o una joven enfermera de Mayenne: Blaise ha llegado a afirmar que no lo separan más de cuatro grados de Jane Goodall y tres del rey de Inglaterra, y Maia asegura que son cinco los que la separan de Beyoncé, mientras que a la fabulosa Ysaora Thibus la puede tocar con la punta del florete. Si la teoría se verificara, formaríamos parte de una red de conexiones que se extiende a todos los rincones del planeta, más allá de la arbitrariedad de la cuna y la clase social, las castas y los guetos, seríamos los puntos de contacto de un entramado vertiginoso en el que cada uno de nosotros está ligado a todos sus semejantes, es decir, a cada vagabundo de pies callosos, a cada soldado rapado de camino al frente oriental, a cada preso recluido en una celda de aislamiento, a cada refugiado agazapado en la cubierta del *Ocean Viking*, a cada difunto enterrado bajo una X en el cementerio de Thiais en una suave y verde mañana de primavera.

Algo *me liga* al hombre de la playa. Estoy *ligada* a él, aunque su foto no haya suscitado vibración alguna en mi sistema nervioso central, en los recovecos de mis circunvoluciones fusiformes, allí donde se procesa, se almacena, se codifica y se graba luego en la memoria la información facial que he ido archivando desde que nací, como la buena primate que soy; aunque esa foto no activara ningún impulso eléctrico bajo mi cráneo, en esa región del cerebro en la que bastan unos milisegundos para reconocer una cara que no se ha visto en años, por vieja o cambiada que esté. Bastarían milésimas de segundo para ir a buscarla lejos, muy lejos, entre todas las otras caras que viven ocultas en mi interior, como células durmientes, y reaparecen a veces por sorpresa en el vestíbulo de un cine, al doblar una esquina, reflejadas en la ventanilla de un tren o, con mayor frecuencia aún, se pasean de incógnito por mis sueños. Y, sin embargo, estoy *ligada* a él: a través de una serie de manos, mi número de móvil llegó a las suyas.

¿Podía ser que la caminata interminable por el laberinto de la comisaría, las paredes frías y satinadas del pequeño despacho azul, la presión ejercida por el policía, su voz sepulcral y sus manos largas y mansas, mi ansiedad o la combinación de todo eso me hubiera nublado los ojos a la hora de identificar al hombre? ¿O fue el hecho de que él tuviera los suyos cerrados lo que me impidió reconocerlo? Faltaba la mirada y, más concretamente, el destello del iris, el titilar del disco negro de la pupila sobre el disco blanco y siempre un poco viscoso de la esclerótica. Volví a pensar en sus párpados blancos y arrugados, semejantes a la película de nata de la leche hervida. En mi fuero interno visualicé una vez más las fotos que lo mostraban de cuerpo entero, tendido boca arriba, desde una perspectiva no muy elevada, la de una mosquita hematófaga o un papelucho mugriento arrastrado por el viento, recompuse su forma y su contorno, aunque una imagen de pie y en movimiento me habría permitido captar mejor su silueta, su aspecto, algún gesto particular suyo, una forma de echarse el pelo hacia atrás, de andar o de reír, de sostener el tenedor, la intimidad física de un ser humano se desvela en esos gestos, en esas signaturas corporales, que siguen siendo a mis ojos las más fiables: Blaise rascándose la nuca con el codo alzado cuando surge algún problema o Maia arrugando la nariz antes de proferir una queja o posando su oreja entre mis omoplatos y abrazándome la barriga antes de confiarme algo que la atormenta.

Tampoco habría sabido decir cuál era la profesión de aquel hombre, si es que tenía alguna, las fotos que me había enseñado Zambra ponían en jaque la idea de que todo cuerpo humano lleva la marca de su trabajo en los músculos y partes del cuerpo que más usa en su jornada laboral. Con todo, recordaba que tenía las uñas negras, como un mecánico al final del día, o un horticultor, o un impresor como Blaise, y que conservaba todos los dedos, a diferencia de los yakuzas de la mafia nipona, que se cercenan el meñique para expiar sus faltas, o los obreros de las grandes fábricas

de muebles de los alrededores de Pordenone, que se cortan los dedos tan a menudo que han creado para ellos un servicio especial en el hospital de la ciudad; no tenía tampoco los trapecios muy desarrollados ni grandes bíceps, que habrían indicado que cargaba grandes pesos, practicaba el rugby o frecuentaba el gimnasio; un poco de barriga sí tenía, pero sus carnes estaban razonablemente bien distribuidas. Y no vestía uniforme ni portaba insignia o distintivo de ninguna clase. Las hipótesis se me iban acumulando.

Las fotos en blanco y negro complicaban aún más la tarea en lo que se refería al color de su piel, que me había parecido clara sin ser del todo blanca, tal vez de un moreno trigueño, pero era imposible juzgar el grado exacto de melanina o de pigmentación que habría permitido asignarle un origen; por otro lado, no tenía el bronceado de quienes trabajan al aire libre, de eso estaba segura, ni los pómulos oscuros y los labios agrietados de un pescador de altura, sino más bien la palidez de quienes trabajan de noche, de los taxistas, los camareros, los carretilleros y los preparadores de pedidos; y también de su media melena habría podido sacar algo en claro, no sabía qué exactamente, salvo que no podía ser militar ni nadador olímpico.

Miré mi reflejo en la ventanilla del tranvía. También yo habría tenido otra cara si hubiera ejercido una profesión distinta a la de «voz» o más bien la de «artista intérprete de grabaciones de voz», como nos llama la asociación profesional de la que soy miembro, porque esa bonita palabra que es *doblaje* no da cuenta de una parte importante de mi trabajo, el que hago por ejemplo cuando grabo la voz de audiolibros o documentales, así como de anuncios, a los que no les hago ningún feo porque están mucho mejor remunerados. De niña pensaba que los dedos de los pianistas crecían al ejercitarse al piano y me gusta pensar que a los porteros de discoteca se les musculan los hombros bajo los marcos de las puertas y a las jugadoras de baloncesto se les alargan los brazos bajo las canastas: en lo que a mi cuerpo respecta, se ha formado mientras leo en voz alta. La lectura ha moldeado mis músculos, no solo los que activan el sistema respiratorio y hacen vibrar las cuerdas vocales, sino también los del estómago, la espalda, los brazos, las piernas y el cuello, y ha

influido también en la elasticidad de mis arcos cigomáticos y el tono de mi sistema oculomotor, con lo que no ha dejado de modelar mi rostro.

El tranvía avanzaba por la avenida Foch hacia la Porte Océane y mis pensamientos viajaban a la misma velocidad por las fachadas sobrias, depuradas, teatrales, por esa gran ausencia que había sido colmada de arquitectura después de la guerra. La luminosidad iba en aumento en el vagón, señal de que el cielo se iba ensanchando allá fuera, al tiempo que crecían mis interrogantes: la identidad de aquel hombre, su voz que no oiría nunca, el hallazgo de mi número de teléfono en el fondo de un bolsillo de sus pantalones, como la etiqueta de un paquete abandonado y, reptante, subrepticia, la pregunta cuya mera formulación me daba vértigo: ¿lo habría conocido?

Estás zumbada, eso es lo que me dije, de pie en la playa, frente a un mar de trapisonda, erizado de borregos, un mar de hierro y sílice. Guijarros, guijarros por todas partes. Contemplé aquel terreno con su engañosa apariencia de land art, donde tantas veces me había afanado en extender mi toalla, retirando una por una las piedras que se me clavaban en los omoplatos para tomar el sol en bikini, tiritando de frío pero estoica bajo el algodón de azúcar de las nubes, como si esa playa mía no fuera un pedregal de sílex sino una estación balnearia de palacios y palmeras, de casinos y crema solar, de ladrones de guante blanco, príncipes exiliados y viejas glorias hollywoodienses, algo que distaba mucho de ser, pese a su hotel Frascati o el exclusivo barrio de Nice-Havrais: esas arquitecturas y esos personajes se los cedíamos a la costa de enfrente, la Côte Fleurie, a los ricos que sabían nadar, aquí se apostaba todo al puerto industrial, a las refinerías y los astilleros, a las herramientas del oficio, pues la de Le Havre es en efecto una playa popular, portuaria y municipal, las familias descienden a ella en procesión desde los barrios de la cornisa, se dirigen al mar, a las casetas, los niños llevan su flotador a la cintura y corren hacia el rompeolas sin esperar a sus padres, a riesgo de perderse entre la muchedumbre, porque en los días de sol y bajamar la arena es un hervidero de gente, miles de cuerpos se congregan allí, desdibujados por la calima, el vocerío se eleva entonces como un manto suave y zumbador y es uno de mis ruidos preferidos, el ruido del alboroto y la dicha, el recreo y las primeras alegrías, la revelación de la piel, el encuentro con una arena que desconcierta, que tiene algo de seda y algo de barro, sobre todo porque en esos días las jerarquías sociales se desnudan y se abaten, se allanan, y no es que se abolan por completo, por supuesto que no, tampoco hay que hacerse ilusiones, pero sí pierden

al menos su verticalidad, se extienden, desde los bañistas más modestos del lado de la escollera hasta los más pudientes del lado del cabo, en un reparto perceptible, en una muestra poblacional desplegada de este a oeste conforme al incremento de las rentas, cuando al final es la misma ristra de guijarros la que les sirve de asiento y les deja el culo maltrecho.

Los guijarros de esta costa son más o menos grises, de distintos calibres pero procedentes todos de una misma historia lítica, una historia inmemorial de sedimentación, disolución y migración. Una capa mineral horadada de oscuras cavidades donde se estanca el agua putrefacta, mecida por las mareas, sembrada de maderas flotantes y algas negras tan quebradizas como el papel quemado, contaminada de basura humana en descomposición, poblada de sirgas y pulgas de playa, y cubierta aquí y allá de una flora extraña que va del berro rojo a la amarilla rúcula. Los días como hoy, bajo la lluvia de noviembre, la playa adquiere el aspecto hostil de un arsenal de proyectiles, de un silo de misiles, y hace pensar en la guerra que conoció tan de cerca, pero la mayor parte del tiempo ofrece una estampa vivaz, abierta, bañada en una luz pictórica, un plató en el que se entrecruzan ritmos sobre los que el ser humano aún no ejerce ningún control, los de la luna y las nubes, los del oleaje y la erosión, donde converge el tiempo que necesita una esquirla de sílex para convertirse en un guijarro y el que tarda en derretirse un polo en la mano de un niño.

Camino por las piedras y el suelo se mueve bajo mis pies, rueda, se fragmenta, se desgasta con un golpeteo de cadenas. Tendría que acelerar el paso para no caerme, tendría que lanzarme a la carrera, rozando apenas la superficie con la punta de los pies, y brincar de guijarro en guijarro, hop, hop, igual que cuando corría aquí de niña, con las piernas mojadas y un cangrejo en la palma de la mano. Pero avanzo despacio, torciéndome los tobillos y machacándome los pies:

busco algo, una piedra… consciente de que buscar una piedra en una playa de guijarros es una excentricidad.

Cuando la vi en las fotos que el joven policía me mostró esta mañana me recordó a un trozo de carbón, negro, brillante, de Cardiff. Las piedras embadurnadas de aceite de motor abundan en esta costa frecuentada por superpetroleros, viejos buques cisterna de casco rojo y metaneros de última generación salidos de los astilleros surcoreanos de Busan, la gente no se acerca a ellas, las evita, no las toca porque manchan, porque son un pringue asqueroso. Pero esa piedra en concreto marca el lugar de la playa donde encontraron al hombre muerto, bajo el dique norte, como un náufrago arrastrado por las olas.

Hacia el dique me dirijo, pero a cada zancada un pequeño desprendimiento, un microcorrimiento de tierra borra mis puntos de referencia al tiempo que arruina mis botines, así que acabo por confiar en la suerte y corro un poco al azar, con los ojos a ras del pedregal.

El ruido del mar y el viento eclipsaba el del motor, de modo que no oí acercarse la excavadora y cuando me volví estaba ahí mismo, a menos de diez metros, chaparra y forzuda, con sus colores mexicanos –el chasis turquesa y las llantas naranjas–, unos neumáticos gigantescos y una pala como las fauces de hierro de un tiburón boquiancho. Estaba nivelando la playa, como suele hacerse aquí después de las mareas vivas o las tormentas de equinoccio, apisonando las piedras que el mar no deja de producir, arrancando a los acantilados de la Hève esos fragmentos de sílex que arrastra luego hacia la bocana del puerto siguiendo un flujo de fuerzas paralelo a la costa. El cacharro avanzaba a buen ritmo, sus ruedas se movían con una agilidad sorprendente sobre el terreno desigual que descendía hasta el mar. Y tal vez porque aquel día la playa parecía un exoplaneta de ciencia ficción me asaltó entonces el recuerdo de una noche de agosto de 2012 en la que vimos por la tele las primeras imágenes del *Curiosity*, el vehículo aquel de la NASA que se dio una vuelta por Marte y recorrió los lechos de antiguos arroyos desaparecidos, recolectando áridos del tamaño de pelotas de golf, rascando pudingas y levantando nubes de polvo que almacenaba con todo lo demás. Maia tenía entonces siete años, estaba sentada con las piernas cruzadas, un fideo con su pijama de raso amarillo canario, las cejas fruncidas y ese aire hosco de los niños que desconfían de los adultos, y sin dejar de mirar la tele nos preguntó cuánto tardaríamos en ir a Marte, a lo que Blaise, soñador, peinándole la melena rubia con la mano, respondió que ella, al contrario que él, seguramente podría verlo «en vida»: un entretejido de duraciones giró en el aire como un lazo de vaquero y nos atrapó a los tres, recordándonos de paso que un día habríamos de separarnos.

En la cabina, un tipo seguía con la mirada los movimientos de la pala, que raspaba la playa con un estrépito infernal, y avanzaba metódicamente a lo largo de una franja de la anchura del chasis, y me percaté entonces de que iba camino de aplanar el lugar donde habían encontrado al muerto y destruir lo que tal vez fuera una auténtica escena del crimen, así que me dirigí hacia la excavadora agitando los brazos, eh, eh, hasta que el conductor frenó en seco, con un leve sobresalto, se quitó los cascos antirruido y bajó la ventanilla para echarme la bronca: pero ¿qué hace?, ¿está loca o qué? Quítese de en medio, que estoy trabajando. Me acerqué más, tenía una pregunta, necesitaba indicaciones, él apoyó un codo en la puerta y asomó la cabeza, desconfiado: era la única persona en toda la playa, una mujer con un abrigo largo y unos botines absolutamente fuera de lugar.

Junté las manos a modo de megáfono: hace un par de días encontraron un cuerpo por aquí, cerca del dique norte, el cuerpo de un hombre. Grité la frase de un tirón, como si fueran palabras difíciles de sacar, como si hubiera de arrancármelas de lo más hondo. El tipo apagó el motor y bajó del vehículo deslizándose sobre las posaderas y aterrizando ágilmente sobre el suelo, era alto y flaco, desgarbado, tenía los ojos grises y una gorra del Havre Athletic Club. Detrás de él, el balancín de la excavadora oscilaba mecido por el viento, como alelado. Ya, ya, qué me va a contar, un poco más y lo pillo con la pala, fui yo quien llamó a la policía. Al pronunciar esa palabra dio un paso atrás, receloso: ¿es usted de la poli? Eludí la pregunta pidiéndole que me llevara al lugar exacto donde había encontrado el cadáver y el tipo, cooperativo ahora, diligente, se lanzó hacia el espigón sin vacilar, a grandes zancadas, como si se dirigiera a un punto preciso, cuyas coordenadas geodésicas se sabía de memoria, era evidente que estaba acostumbrado a caminar sobre los guijarros, seguro en su terreno, y me costó seguirle, pero no tardé en distinguir a lo lejos el pedrusco negro, semejante a un huevo de avestruz embadurnado de aceite de motor, mi punto de referencia, mi mojón.

¿Es ahí? El hombre asintió: sí, ahí estaba. Soplaba el viento, un viento desordenado, sinusoidal, azaroso como una criatura descabezada y a la vez una fuerza invisible que lo ligaba todo, que ataba el cielo al mar y a nosotros –gaviotas, barcos, excavadora– con ellos. El hombre se irguió, alto e inmóvil, las manos coloradas, como quemadas por el frío, luego se quitó la gorra y se alisó maquinalmente la calva, flanqueada por una tímida pelusa rubia que crecía en torno al cuello, cerró los ojos, dejó caer la barbilla –el aro de pirata que le atravesaba el lóbulo de la oreja desapareció en el cuello de su chaqueta– y se inclinó. En la distancia, la franja de playa de la bajamar parecía una plancha de zinc carcomida por la corrosión, la arena estaba veteada de regueros y vías de desagüe, rezumante, ni sólida ni líquida, una arena muelle, el suelo del primer día de la Tierra. No acababa de entender lo que estaba pasando, me esforzaba en hallar el modo de habitar aquel momento puro. Discriminé los sonidos que llegaban a mis oídos mientras mi mirada se desviaba hacia la piedra negra: las gaviotas hacían acrobacias, un ferri tocó la sirena en la rada, los coches circulaban despacio por el paseo marítimo y el hombre de la excavadora guardaba silencio, ensimismado, oí cómo su respiración se iba pausando, encontrando de nuevo su ritmo, también yo acabé por cerrar los ojos y las fotos que había visto por la mañana en el pequeño despacho azul me volvieron a la memoria, *el cuerpo de un hombre*, *no identificado*, *en la vía pública*, y con ellas, la sensación de soledad que emanaba del cuerpo, ese cadáver «más solo que la una», como había dicho Zambra, aunque éramos nosotros quienes estábamos solos frente a esa imagen.

Visto desde abajo, el dique se alzaba imponente y macizo, su fenomenal base de rocas soportaba una obra de mampostería de unos cinco metros de altura, semejante al muro de una fortificación, una estructura capaz de romper olas formadas por vientos de hasta cien kilómetros por hora. El dique ensombrecía el lugar, pese al

musgo de algas de un verde esmeralda casi fluorescente que recubría medio muro hasta la línea de pleamar. El muerto podía haber sido arrojado desde allá arriba: en tal caso, habrían tenido que trasladarlo en coche hasta el dique para tirarlo luego desde allí, sujetándolo uno por las piernas y el otro por los brazos, a la de una, a la de dos, a la de tres.

Usted no es policía. El hombre de la excavadora llevaba un rato mirándome, usted conocía al tipo que la palmó, ¿no? Negué con la cabeza –si estaba allí, en aquella playa, aquel día de noviembre, con aquel tiempo de mierda, y no conocía al tipo que habían encontrado allí dos días antes, debía de estar completamente chiflada– y dije a media voz: no exactamente. El hombre abrió los ojos con desconfianza y me señaló con su índice colorado: ¡ah, ya sé, es periodista! ¡Qué va!, dije con un mohín de disgusto, me interesa lo que pasó aquí, eso es todo, ¿hay alguna ley que lo prohíba? Mientras hablaba, reconstruí mentalmente la posición del cadáver respecto al mojón, con la cabeza hacia la ciudad y los pies hacia el mar. El conductor no me quitaba los ojos de encima, parecía indeciso, y tras una breve deliberación interna que se dirimió en mi favor comenzó su relato.

Hacía como una hora que allanaba la playa, al volante de esa misma excavadora de treinta y dos toneladas, cuando vio algo delante de la máquina y entre la polvareda distinguió dos zapatillas idénticas, un hecho insólito por estos lares, donde el calzado suele pudrirse en solitario. Bajó entonces a echar un vistazo, reconoció una forma humana y pensó al principio que sería algún borracho que había acabado en la playa durmiendo la mona. Salvo que nadie dormía en la playa en noviembre, eso era sospechoso, peligroso incluso, así que le pegó un par de gritos, eh, eh, eh, pero el cuerpo, porque era un cuerpo, no se movió. Manteniéndose a cierta distancia, muerto de inquietud, se quedó un minuto largo observando el vientre del tipo, para ver si se movía o no, y le dio

tiempo a recordar que cuando era pequeño, pero ya un crío alto y larguirucho, le gustaba hacerse el muerto disfrazado de vaquero y dejaba que se lo cargaran, que le apuntaran con un revólver y ¡pam!, solo para poder congelar los ojos en sus órbitas, doblar las rodillas, desplomarse y contener la respiración hasta que los demás, impulsados por una extraña mezcla de pánico e incredulidad, acudían a sacudirlo. Lo que no hizo, eso no, de ninguna manera, me aseguró agitando la cabeza, fue tocar el cuerpo, no lo toqué, ya sé que no hay que tocarlo, solo esperé y esperé y al cabo de un rato vi que no respiraba. Conmocionado, llamó primero a su mujer, luego a su jefe y por último a la policía, y hasta que llegó la patrulla tuvo tiempo de cavilar un poco. Hasta entonces solo había visto dos muertos en su vida: su padre, al que había velado en el hospital –le cerré los ojos– y un colega enfermo de cáncer de pulmón, al que había ido a presentar sus respetos el año pasado en el tanatorio de la rue des Sports.

El hombre parecía aún bastante trastornado por haber detenido su excavadora a pocos metros de un cadáver. Con los puños metidos en los bolsillos y la cabeza gacha, daba puntapiés a las piedras, no estoy bien, no estoy bien, duermo mal desde entonces, me despierto en mitad de la noche, ando angustiado, he vuelto a fumar, me ventilo más de un paquete al día, no estoy fino. De vez en cuando me lanzaba miradas de reojo, como para asegurarse de que le escuchaba, pues le daba la sensación de que nadie lo había tenido en cuenta en toda esa historia, como si fuera normal encontrarse un fiambre en medio de la playa, como si fuera algo que pasara todos los días. Le había preguntado al médico laboral si podía derivarlo a un psicólogo, su mujer le decía que estaba en su derecho y que un poco de terapia le ayudaría a «verbalizarlo», a encontrar las palabras para expresar con precisión lo que sentía, pero le daban largas y le decían que no era el único, que estaba cayendo todo el mundo como moscas, que las depresiones, los traumas y las conmociones estaban a la orden del día a causa del tráfico de drogas que florecía en el puerto, a causa de la violencia. Extendió un brazo hacia el dique, como para abarcar la zona que se extendía a sus espaldas, esto se ha convertido en el centro neurálgico, es la puerta de entrada a

Europa para todas sus porquerías, esto es peor que *Narcos*, la coca, los cárteles, pinta feo, muy feo, se frotó la cabeza, estaba confundido, ya no sabía si la realidad había empezado a parecerse a la ficción o era a la inversa, cuál era el sentido del vínculo entre la vida real y las series que ofrecían las plataformas a las que se conectaba con su mujer por las noches: las devoramos, podemos despacharnos una temporada entera en un fin de semana. En la vida real, justamente, un joven estibador había sido secuestrado hacía unos meses y había aparecido luego en un contenedor del muelle Jean-Reinhart, desnudo y con signos de tortura, su espectro planeaba ahora sobre los muelles, las dársenas y los astilleros, y eso fue lo que pensó cuando comprendió por fin que se encontraba ante un cadáver, un tipo al que seguramente habían ajustado cuentas. Puntuaba cada frase con una mirada por encima del hombro a su excavadora, levantando una ceja, inquieto, como si temiera que la máquina fuera a impacientarse, que arrancara sola sin esperar su regreso. Tendría unos cincuenta años, alguno más quizá.

La historia no tardó en dar un giro inesperado, asombroso incluso, cuando el relato del terror que sintió al encontrar el cadáver dio paso a la llegada de la patrulla en su Peugeot gris metalizado y al sinfín de siglas correspondientes a los distintos departamentos de la policía, siglas que se deleitaba en repetir y se sabía al dedillo, por lo visto, al igual que los engranajes administrativos de las diversas direcciones y agencias, sus vínculos de subordinación y autoridad, sus competencias y sus funciones.

Dos policías de uniforme salieron del coche, confirmaron la presencia de un cuerpo sin vida y alertaron por radio a la comisaría antes de acordonar la zona con cintas y estacas –el conductor de la excavadora daba grandes pasos por el pedregal para mostrarme el perímetro–, luego le pidieron que saliera de allí y esperara, de modo que se encontraba en primera fila cuando llegaron los agentes de la policía judicial, trasladados sin demora al lugar de los hechos, tres

hombres que lo dejaron muy impresionado, que sabían muy bien lo que hacían, que conocían el percal. Empezaron por una inspección sumaria del cadáver, luego le dieron la vuelta para buscar alguna marca en la espalda, alguna señal u orificio de bala, pero no vieron nada, así que lo devolvieron a su posición original, le sacaron unas fotos y uno de ellos hizo un croquis de la escena mientras el otro –un pelirrojo– daba vueltas alrededor del tipo describiéndolo en voz alta con un dictáfono pegado a la barbilla, notas lapidarias que el conductor de la excavadora me repetía ahora con la mano acaracolada junto a la boca, imitando al policía y forzando una voz nasal: «varón de raza blanca, de cincuenta años, un metro noventa de estatura, vestido con vaqueros, parka, chaqueta de chándal, camiseta blanca, zapatillas deportivas». Concluidas las primeras averiguaciones, el que parecía estar al frente del trío, el pelirrojo, llamó a la fiscalía y, frotándose la cabeza y sin apartar la mirada del cadáver, dijo que no lo tenía muy claro, que no era forzosamente un caso criminal y quería hacerse cargo. Solicitó que le enviaran a un forense.

Las averiguaciones se prolongaron veinte minutos largos y el hombre de la excavadora se fijó sobre todo en uno de los tres polis, un TPTC, dijo sin mediar explicación, como un esnob que se dedica al name dropping durante una cena de sociedad y llama a una celebridad por su nombre de pila, dando a entender a su público que son íntimos. Cuando le pedí una aclaración desplegó el acrónimo sin comentario alguno: técnico de la policía técnica y científica. Luego se puso a imitar sus gestos, su postura al arrodillarse para inspeccionar el suelo y recoger un perno, contorsionándose para fotografiar el cuerpo de cerca, clic, de lejos, clic, sacándole fotos por todos los lados, clic, clic, clic, con un ojo cerrado y el otro abierto para mirar por un visor inexistente, se estaba animando, absorto en el relato de lo que había visto, que era como una película solo que en la vida

real, y yo no podía apartar los ojos de él, olvidándome de mis pies y del frío, que empezaba a sentir en el esmalte de los dientes.

Su relato estaba salpicado de fragmentos de jerga policial, retazos de frases que metía con calzador para pasar por el tipo enterado que era y no por un payaso que se arma un buen lío con cuatro palabrejas sacadas de una serie televisiva –«trasladados sin demora al lugar de los hechos», decía, y «proceder a las primeras averiguaciones», decía «fiscalía» y «comisión rogatoria» y «APJ (apejota)», citaba «el artículo 74 del CPP (cepepé)» relativo al «procedimiento específico implementado en caso de hallazgo de un cadáver cuya causa de muerte se desconoce o resulta sospechosa», hablaba de «solicitar una autopsia»–, y mientras me decía todo eso para ponerme en antecedentes, con la voz y el cuerpo muy tiesos, yo me preguntaba si aquella mañana del 16 de noviembre no habría sido su gran momento, después de todo, el momento que lo colocó por casualidad en el meollo de la acción, erigido por el destino en «descubridor» del cuerpo, o así lo llamó uno de los policías –¿es usted el descubridor?–, como si hubiera dado con una cueva prehistórica o una tumba de la antigüedad, como toda esa gente que había llegado antes que nadie para quitar las piedras, descifrar los signos, interpretar los dibujos y toda la pesca.

Proyectándola entre dos dedos, tiró la colilla entre los guijarros, le habría encantado ese trabajo, el de agente de la policía científica, sí, pero no había podido ser, en la escuela no sabía estarse quieto, en clase se aburría como una ostra y además quería trabajar y ganarse un dinerito, vivía en el barrio de Neiges, era el pequeño de siete hermanos y no había sido nunca de los que iban detrás de su madre para que le diera algo de merendar; desde los trece años que se ganaba su guita, su buena lana, y vivía con clase. Al acabar el bachillerato, un tío que trabajaba en el ayuntamiento lo tomó bajo su tutela y de eso hacía casi veintiocho años, veintiocho años ya desde que se había incorporado a los servicios municipales, y he hecho ahí un poco de todo, he instalado las luces de Navidad de la rue Louis-Brindeau, me he ocupado de las fuentes ornamentales del ayuntamiento, y pasé también una temporada en los talleres de mantenimiento. Extendió un brazo sobre los guijarros en un gesto

teatral, con una sonrisa de niño de la que no le hubiera creído capaz hacía unos minutos, y soltó una carcajada: ¡y aquí me tiene ahora, en zonas verdes! Con todo, habría sido un investigador de primera, no había quien lo bajara del burro, aseguraba ser deductivo y meticuloso: que conduzca una excavadora no significa que no sea deductivo y meticuloso, eso no tiene nada que ver, ¿no le parece? Y añadió muy serio, casi solemne: esta playa le juro que yo la acaricio como si fuera el cuerpo de una mujer. Alcé la cabeza para seguir los arabescos de una gaviota anarquista que volaba sobre nuestras cabezas, usando la mano a modo de visera.

El tipo aguardó un poco y luego me contó el final de la historia: el APJ, el pelirrojo, se acercó a interrogarle, le preguntó qué demonios hacía allí, cómo había encontrado el cadáver y a qué hora, y si conocía al difunto. No sospechaban de él, insistían solo por si acaso, pero por un momento tuvo miedo de haberse metido en un marrón y pensó que más le hubiera valido seguir su camino sin preocuparse por la suerte de un desconocido. Era demasiado sensible, su mujer siempre se lo decía: no te proteges lo suficiente. Al final, le dieron a entender que haría mejor en largarse, los trámites se eternizaban y la poli esperaba a la forense de Ruan para el levantamiento del cadáver, una tía de gran renombre, una mujer que lo petaba.

Cuando calló, su cuerpo se encogió como un flotador al sacarle el pitorro, como si no quedara en él ni una palabra, como si las hubiera vomitado todas. Quizá debería haberse sentado sobre los guijarros para reponerse un poco, para recobrar las fuerzas, yo me habría sentado a su lado, frente a la rada, bajo el cielo rugoso de piel de elefante, y nos habríamos fumado juntos un Lucky sin hablar más del hombre del dique norte, charlando más bien de alguna serie de policías al límite –*The Wire*, por supuesto, y por qué no, también *Corrupción en Miami* u *Oficina de infiltrados*–, pero el conductor miró el móvil e hizo un mohín: lo siento, tengo que volver al tajo. Le di las gracias y él negó con la cabeza con modestia. Luego, mientras se

dirigía a su excavadora, se dio la vuelta y me soltó, burlón, encantado de darme un susto: oiga, usted conocía al tío que la palmó, ¿verdad?

Una vez a solas y sin tenerlo planeado, como si mi cuerpo hubiera puesto el piloto automático, como si me hubiera entregado sin reservas a ese poderoso mecanismo hacedor de historias que a todos se nos activa en un momento u otro, saqué el teléfono para fotografiar a mi vez la piedra negra satinada de petróleo mientras la excavadora se alejaba. Me lancé a la tarea con la precisión obstinada de una topógrafa, reposada y metódica, multiplicando los ángulos y las distancias focales, actuando sin pensar en nada, sin echar siquiera un vistazo al cielo, que se iba cargando allá arriba, irascible, y no tardó en acanalarse en grandes rollos del color del asfalto, reduciendo la playa a mi espalda a una franja de arena anegada por un triste chapoteo. Me incliné hacia el suelo y vi cómo la capa grisácea se iba transformando en alta resolución, los guijarros viraban al rosa, al azul, al cardenillo, al yeso o al caolín, algunos combinaban el gris del cemento y el rojo del ladrillo, otros eran abigarrados como ojos de tigre, los había que parecían setas, huevos de codorniz, rótulas, calaveras en miniatura o dedos gordos de bebé, y así, encorvada, recordé haber oído decir que los cascotes de la ciudad bombardeada en 1944, una vez terraplenados junto a la orilla y mineralizados como el resto, habían formado aquí una nueva capa de sedimentos y que era por tanto sobre las ruinas de las ruinas de la ciudad, sobre esa doble descomposición que aglutinaba a buen seguro huesos, dientes y cartílagos, donde la gente se sentaba hoy a fumarse un pitillo, hacerse una paja tranquila o seguir con la mirada el avance de un carguero en el horizonte. Y mientras mis ojos vagaban por la playa húmeda, reluciente, se me ocurrió que si analizaran unas muestras de aquella arena con el espectrómetro, si hicieran catas del suelo durante la bajamar para estudiarlas con un microscopio electrónico, tal vez descubrieran polvo de obús, átomos

de partículas de hierro o fragmentos de vidrio producidos cuando el calor de las explosiones vitrificó la superficie de la playa, micras de materia que ni el tiempo, ni la corrosión del mar y el viento, ni la lenta descomposición de todo lograrían disolver y eliminar.

Me llegó entonces un mensaje de texto de Blaise, que se preocupaba por mí, dando de paso a entender que no había comprendido la gravedad de la situación: seguro que estás bien? Deberías volver a casa, nosotros aún tenemos para unas cuantas horas en Livry-Gargan.

No respondí, me encontraba entonces de rodillas en la playa, doblada sobre la arena, imaginando el fósil extraordinario que sería la ciudad cuando aflorara a la superficie después de haber sido engullida por las aguas durante miles de años, tratando de visualizar la mezcolanza geológico-urbana resultante –la arcilla del ladrillo, el hierro del acero, la arena, la caliza del hormigón, el cobre de los cables eléctricos, el aluminio de las cazuelas, el cáñamo de las alfombras, el vinilo de los discos, el papel de los libros, los microprocesadores de los ordenadores y los teléfonos móviles– y su posterior evolución bajo el efecto de las fuerzas tectónicas que la elevarían o hundirían, de la erosión sedimentaria y la degradación química, y cómo acabaría todo por disolverse, liofilizarse, carbonizarse, oxidarse y cambiar de color, reaccionando a ese irresistible proceso metamórfico que impide que nada, ni siquiera una ciudad edificada para durar miles de años, permanezca intacto.

De cerca, la piedra negra desprendía un olor a salitre y a algas en descomposición, apestaba a gamba y a traje de neopreno olvidado en un rincón del garaje. Di una vuelta en torno a ella, rasqué un poco del fueloil que la recubría con ayuda de una lima que encontré en el bolso y luego la cosa se me fue de las manos, escapó por

completo a mi control, y me puse a recorrer el terreno a trancos, contando los pasos desde la piedra al dique y desde la piedra a la orilla, el rumor del mar se aproximaba, oía los guijarros que entrechocaban ya, envueltos en la espuma, anoté en mi cuaderno las medidas que había tomado, estaba a punto de llover, metí en una botella vacía todo lo que había recogido por allí, chapas de cerveza, añicos de vidrio, gomas elásticas, colillas, objetos insignificantes, desechos de poca monta que, en su nuevo envoltorio de plástico translúcido y levemente azulado, adquirían el aspecto de indicios, transformándose en pruebas científicas: era como si la manía de la pesquisa policial se hubiera apoderado de mí. Antes de irme eché un último vistazo al lugar donde habían encontrado al muerto la mañana del 16 de noviembre con mi número de móvil en el bolsillo: un hombre que seguramente había sido asesinado; que había tenido la intención de llamarme; que tenía algo que decirme.

# Los cantos de las sirenas

Eran las doce del mediodía cuando subí al dique: también a mí me apetecía dar un paseo hasta el faro. Sobre el espigón flotaba un halo de humedad que se desvaneció en cuanto me acerqué, el tajamar se hizo entonces muy real en toda su extensión, reforzado del lado del mar con un murete de hormigón suplementario, de forma que se oía el rugido de las olas al romper contra el muro y el fragor de la resaca, pero no se veía nada. A lo lejos, el faro proyectaba su inactividad sobre el antepuerto, borroso y solitario, resignado a aguardar a la noche para emitir su firma luminosa: un destello rojo cada cinco segundos, visible a veintiuna millas náuticas de distancia. El latido cardíaco de la noche portuaria. Una pulsación eléctrica que lo distinguía del resto de faros y balizas de la costa oeste y proclamaba: soy el faro del dique norte de Le Havre.

Releí el mensaje de Blaise –seguro que estás bien?– y esta vez percibí en él una preocupación verdadera y afectuosa que suscitó en mí una especie de alerta sorda, como si Blaise hubiera intuido alguna amenaza de la que yo no era consciente. Un cartel advertía del peligro de caminar por allí con mal tiempo y, como para dar fe de ello, unos metros más allá se amontonaban unas cuantas piedras que una ola más fuerte que las otras había arrancado del fondo del mar y había proyectado por encima del murete del dique, donde podrían haberle roto la crisma a cualquiera. Me subí el cuello del abrigo, hundí las manos en los bolsillos, me ajusté el cinturón y, con el bolso pegado a la cintura, me eché a caminar bajo un calabobos filamentoso que no acababa de decidirse entre la lluvia y la bruma.

Como la mayoría de la gente, prefiero los paseos en círculo que

completan un recorrido determinado a los que se dirigen a un punto fijo y exigen dar media vuelta y desandar el camino. El paseo por el dique corresponde obviamente a esta última categoría, pero ofrece un kilómetro largo para despejar la cabeza y dejarse llevar por la reflexión según el principio de thinking by walking que observan los paseantes oblicuos, esos que conjugan la tensión muscular, el encadenamiento de apoyos y el ritmo de las piernas con la especulación, ajustando la gramática del cuerpo a la del pensamiento, para quienes caminar consiste precisamente en darle vueltas a lo que tienen en la cabeza. En el dique, la ida se encargaría de descongestionar la mente –la cuestión se amasa, se oxigena, se despliega a medida que el faro se eleva en perspectiva, con sus quince metros de altura coronados por una linterna roja, cada vez más tangible, más palmario y más rico en matices–, mientras que la vuelta, al invertir el punto de vista, tomaría la realidad a contrapié para revelar, si no una respuesta, al menos sí una formulación alternativa: el arte de *volver sobre los propios pasos*.

Tendría que haber meditado con calma acerca de aquella entrada de cine que me ligaba al muerto de la playa, debería haber formulado mis hipótesis y desplegado mi regreso a Le Havre siguiendo las líneas que unían la comisaría con el barrio de Perret y conducían desde allí hasta el espigón, pero al cabo de unos metros, mientras pensaba en las últimas semanas, como si el geniecillo del dique hubiera entrado en acción, comencé a discernir una serie de acontecimientos pasados que, tomados separadamente, habrían podido parecer insignificantes, poco menos que indetectables, pero que al relacionarse en mi fuero interno al compás de mis pasos apuntaban a un fenómeno común: algo había sucedido, algo que guardaba relación con Le Havre, algo que me concernía.

Del primero hacía un mes: una bandada de gaviotas risueñas sobre el canal de Saint-Martin en plena noche parisina, sus alas de

una blancura deslumbrante desfilando entre las fachadas como en un cañón sombrío y las ventanas del piso vibrando a su paso; las contemplé descalza y boquiabierta, distinguí la mancha negra que tienen todas detrás del ojo, sus patas naranjas y su pico rojo oscuro, y cuando su graznido se hubo extinguido en la oscuridad, ese graznido ronco y breve que se oye de lejos, volví a pensar en la estación de Le Havre, en las gaviotas que vagan en misión diplomática por los andenes y por sus colonias a la orilla del mar, criaturas más bien tímidas que les echan el ojo a los bocadillos y acaban por picotear las basuras esparcidas por la playa, y el recuerdo me produjo una emoción inesperada que me dejó un nudo en la garganta; unos días más tarde, mientras trataba de hacer un poco de sitio en el armario, palpé algo grueso en el bolsillo interior de un abrigo que no me había puesto en varios meses, metí la mano para sacarlo y me vi proyectada hacia atrás, como si acabara de recibir una descarga: doblado cuidadosamente por la mitad, un folleto del Colectivo Los Muertos de la Calle llamaba la atención de la sociedad sobre la cantidad de personas que mueren solas en Francia, que en el año 2021 ascendían a 623, sus nombres de pila aparecían listados en varias columnas seguidos de la inicial del apellido, salvo cuando eran simples X, muertos anónimos; y por último, el fin de semana anterior, un mensaje de Clara, una amiga del «gremio», en el que me anunciaba que iba a grabar la voz en off francesa de un documental italiano sobre Pasolini, que también apareció muerto en una playa una mañana de noviembre –en Ostia, en 1975–, aunque él sí fue identificado de inmediato, pese a los quebrantos que había sufrido su cuerpo, mi amiga quería que leyera el guion, que recapitulaba la investigación y defendía la tesis del asesinato político, y caí en que aún no le había respondido: lo que su mensaje me trajo a las mientes fue una playa negra, llena de fango y de peligros, flanqueada de tamariscos polvorientos, de cañas y eucaliptos grisáceos, con la arena sembrada de detritus, condones y jeringuillas y la orilla festoneada de olas espesas y oleosas, una playa semejante a un erial, a la vez foco de infección, área sospechosa y marginal y costa de los muertos.

Vagas coincidencias, perturbaciones sensoriales, asociaciones

fugaces y discutibles, estas divagaciones se entreveraban en mi interior, como atrapadas en la tupida malla translúcida de una red de tul: las veía revolotear, posarse, batir las alas como mariposas, y las iba comparando. La bruma se deshilachó en unas nubes blanquecinas. Yo caminaba a buen paso, esquivando los charcos de agua de mar, evitando las piedras. Mis orejas estaban congeladas, pero tenía calor.

Más adelante, al final del espigón, mientras daba media vuelta, volví a pensar en mi voz, que me había fallado varias veces el último mes, en esas extrañas indisposiciones a las que no había prestado atención pero que se habían ido repitiendo en grabaciones a las que había acudido con paso ligero y ánimo sereno bajo la luz nacarada de noviembre. Para apaciguarme o darme puerta sin mucho alboroto, me decían por los auriculares que seguramente se trataba de un cansancio pasajero, que era cosa del invierno, que esta vez me iban a remplazar pero que volverían a llamarme muy pronto. Yo no me dejaba engatusar, pero sabía que no tardaría en quedarme sin argumentos: hacía tres días, en Londres, la había cagado a lo grande en las pruebas para el doblaje de Carey Mulligan en una serie norteamericana, *Lady Forger*: un contrato importante, un papel que me iba como anillo al dedo y en el que había depositado grandes esperanzas.

A la vuelta, el espigón se abría a un paisaje saturado de llovizna que abarcaba todo el paseo marítimo, desde la Porte Océane hasta el cabo de la Hève, y hacia el extremo occidental de la costa, hasta ese lugar que hoy se conoce como «el fin del mundo». Como si el dique hubiera cumplido su cometido, al caminar de regreso con el viento a la espalda tenía ya otro punto de vista sobre lo que me había sucedido, sobre aquel cadáver que había irrumpido en mi vida: no era un hecho aislado, sino que formaba parte de una red de signos, era una nueva señal. Quizá sea solo una fantasía mía, un fantasma, pensé, aunque acostumbro a guardar distancias con esa

palabra, desconfío de su belleza nocturna, de su turbio encanto, de su seducción cromática –ululares de plenilunio en mansiones inglesas, sombras lívidas y vaporosas, cuervos parlantes y chirriar de cadenas–, pero a medida que el faro se encogía detrás de mí, difuminado en la bruma, más se me imponía la palabra, mejor expresaba esa presencia concreta y huidiza, y caracterizaba a aquel muerto que había venido a transmitirme un mensaje.

La costa se iluminó bruscamente de una luz de vidriera que no podía durar mucho, la transparencia verde y amarilla de los rayos del sol sublimó la grisalla antes de desvanecerse y, tras aquel breve resplandor, el cielo me pareció aún más negro y me pregunté si aquella historia que había comenzado la víspera, cuando aún no había digerido la pizza, no tendría el secreto designio de mandarme de regreso a Le Havre. Y justo en el momento en que formulaba esa hipótesis, en ese preciso instante, como si la realidad se sincronizara a la perfección con mis cogitaciones, me cayó encima una ola gigante.

Se había formado mar adentro, sin duda, y se había ido cargando de energía durante su recorrido, cada vez más furiosa a medida que adquiría velocidad, y debía de tener aún la cresta erizada cuando fue a romper contra la escollera, de modo que su corona de espuma se elevó dos o tres metros en un géiser de gran belleza, pero en lugar de apartarme a tiempo, de dar un salto y hacerme a un lado, levanté la vista durante una fracción de segundo hacia los miles de gotitas que centelleaban en el aire, hacia esa cúpula donde se duplicaban las aguas del mar y las del cielo, de forma que el cuerpo de la ola, su basamento marino, se abatió entero sobre mí, ¡splash! Me sorprendió su fuerza, no esperaba que pudiera proyectarme contra el barandal del lado del puerto de recreo de un modo tan brutal, como si me hubieran dado una bofetada en toda la cara, un buen sopapo acuático. Me agarré a los tubos amarillos para no acabar en el suelo, donde habría podido dejarme la cara y las manos, me

sujeté con todas mis fuerzas y solo recobré el sentido cuando me invadió el frío, cuando noté el choque térmico. El mar arreciaba al otro lado del muro, su movimiento era muy audible, y al acordarme *in extremis* de que las olas llegan en serie –¿en serie de cuántas?, ¿de siete?– corrí para huir de las siguientes, que prometían parejos revolcones salados. Tenía los vaqueros duros como una piedra, mi abrigo pesaba más que una vaca en brazos y sentía el chapoteo de mis pies dentro de los botines, salí del dique en el instante mismo en que la ola siguiente estallaba a mis espaldas.

La mujer de detrás de la barra frunció el ceño al verme entrar por la puerta, aterida, azul, empapada de pies a cabeza. Le ha caído encima una buena. Me acerqué para pedir un té, con los dientes castañeteándome, y ella me dijo que me quitara el abrigo y lo pusiera a secar en el radiador del fondo, los zapatos será mejor que se los quite también, el frío entra por los pies. Me hablaba sin rodeos y yo obedecí, lenta, torpe, aturdida.

Poca gente había, el movimiento en el bar seguramente dependía de la actividad del puerto deportivo, que con ese tiempo debía de ser nula: ni un solo velero se había aventurado a salir. Una niña dibujaba en una mesa de la esquina, sin levantar la cabeza, dos turistas sentados frente al ventanal hojeaban una guía de arquitectura y tres chicos que parecían conocer a la dueña ocupaban una mesa más grande al fondo. Fui a acurrucarme en un banco. Cuando yo vivía allí al lado, a pocas calles, Les Sirènes era un bar de gente de mar, de tipos con chaquetones de marino y chicas sin maquillaje, era un bar de cervezas y chocolates calientes donde los hombres se apropiaban de la barra con la cabeza encogida entre los hombros y hablaban de velámenes y obras muertas mientras mascaban el filtro de sus pitillos, comentaban los partes meteorológicos, que rebatían por presunta experiencia, describían las mejores rutas marinas para ir a pescar en la Corriente del Golfo, en Cabo Verde, o cruzar el Raz de Sein sin contratiempos, anunciaban el regreso del *Jolie Fille*, que ceñía como los ángeles, o la partida del *Rara Avis*, que fondeaba parte del año en los muelles de Vauban y en enero retomaba la ruta de los alisios para volver a las Antillas, y cuando la puerta se entreabría, el tintineo metálico de las drizas tensas en los mástiles de los veleros amarrados enfrente,

en el pequeño puerto, invadía el bar, una vibración impaciente, febril, que los mandaba a todos a callar: era el canto de las sirenas.

Flaca y larguirucha pero fuerte, con esa androginia fusiforme de las chicas solitarias, la mujer que me había acogido al entrar vino a mí como un alud de rubio escandinavo, palidez fotosensible y vaqueros desteñidos. Los años resbalaban sobre su cuerpo, que resultaba imposible de datar, aunque en su frente alta e inquieta el entrecejo dibujaba ya una sombra, una arruga antigua. Me dejó el té en la mesa y dio un paso atrás. Sentí que me miraba fijamente, de frente, con los brazos cruzados sobre la bandeja circular que aferraba contra el estómago. Nos conocemos. Alcé los ojos. ¿Nos conocemos? Sí. Llevaba un suéter irlandés de lana cruda que le iba grande, con grandes cenefas y el cuello fino, y unos pantalones enormes que le daban el aspecto de flotar por la sala como una carabela, de navegar por ella. Los pómulos altos y el hoyuelo en la barbilla le conferían un vago aire a Meryl Streep. Soy hermana de Vanessa, soy la pequeña. El calor del té se propagaba por mi cuerpo, pero se disipaba enseguida y el frío me envolvía de nuevo como una armadura de hielo. ¿La hermana pequeña de Vanessa? Sí, Virginia. Me quedé de piedra: Vanessa una vez más, con su pelo rosa y su chaqueta de cuero, la grabación del testimonio de Jacqueline. Venías mucho por casa a estudiar durante el último año de bachillerato, ¿te acuerdas? Claro que me acordaba. Le pregunté dónde vivía ahora Vanessa, qué hacía, y me sorprendió enterarme de que había acabado instalándose en la isla de Skye, donde criaba ovejas, las afamadas Scottish Blackface. Echo de menos a mi hermana. Virginia seguía observándome: y tú, por lo que he oído, te has convertido en una de las voces de *Naruto*, ¡con los honores de la prensa local! Me miraba con sus ojos sepia y una sonrisa de baja frecuencia.

Estaba entelerida de frío, pero se estaba bien allí, tras aquel gran ventanal que daba a la bocana del puerto, sentía que había dado el primer paso para demorarme un poco, porque en el fondo no tenía ninguna prisa real. Y entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, me llamó Blaise. Su voz sonaba ahora más atenta: ¿sigues en Le Havre? Había estado dándole vueltas a mi historia, quien hubiera escrito el número de teléfono en la entrada de cine bien podía haber cometido un gazapo, es algo habitual, ya lo sabes, hay errores por todas partes, eso yo lo sé mejor que nadie, se cuelan en los apellidos, adulteran las fechas, confunden las direcciones, falsean incluso nuestras medidas en los documentos oficiales. Mírame a mí –me lo imaginé girando sobre sí mismo en algún pasillo solitario del gimnasio Danton de Livry-Gargan, arqueado, teatral, graciosísimo en aquel momento sin duda–: en mi pasaporte dice que mido un metro ochenta y uno y que tengo los ojos castaños, cuando no paso de un metro setenta y seis y tengo los ojos grises. Yo callaba. ¿No tengo los ojos grises? Me había puesto a temblar de tal manera que volqué la taza de té. Acabé preguntándole cómo les iba a las chicas y me dijo que lo estaban bordando, no te veo muy convencida de mi hipótesis, añadió, te parece demasiado sencilla, es por Le Havre, si al tipo lo hubiesen encontrado en Dole o en Bergerac otro gallo cantaría, pero allá en Le Havre te reconcome: tu problema es Le Havre.

Yo seguía congelada. No sé cómo pudo suceder, pero la ola había atravesado el abrigo, empapándome el jersey y los vaqueros. Virginia echó un vistazo a la sala para asegurarse de que nadie necesitaba nada, miró el reloj, se inclinó un momento sobre la niña que dibujaba y me pidió que la siguiera. Uno de los chicos de la mesa del fondo –imaginé que serían alumnos de la Ponant– se volvió para pedir una cerveza, se había anudado una especie de bandana sobre su media melena a la manera de un pirata o un motero. Virginia abrió una puerta junto a la barra, cruzamos la despensa donde almacenaba los barriles de cerveza, las cajas de CocaCola y los cartones de huevos frescos y subimos por una escalera de madera que conducía a una habitación oscura y caldeada de paredes enmoquetadas.

Una rendija de luz diurna entre las cortinas iluminaba el desorden, se oían respiraciones, alientos, débiles gemidos, pero no se distinguían del todo las formas humanas que yacían bajo el edredón de un sofá cama. Había maletas con ruedas y grandes bolsas repletas de ropa desparramadas por el suelo y apiladas contra la pared. Virginia se llevó un dedo a los labios, pasó por encima de aquella leonera y abrió un armario, del que sacó deprisa unas cuantas prendas y un par de zapatillas y me lo plantó todo en los brazos: toma, ponte esto y date una ducha caliente si quieres, que vamos a secarte esa ropa. Sus gestos eran tranquilos, su voz aérea y precisa, me puso una mano en el antebrazo antes de salir de la habitación.

El cuarto de baño era tan minúsculo que tuve que hacer contorsiones para quitarme los vaqueros, la tela se me pegaba a los muslos, abrasiva, decapándome la piel como una ventosa que se arranca de golpe, y me dolían las articulaciones. Me quité los calcetines y la camisa, que tenía el cuello empapado, me saqué las bragas y el sujetador, la piel de gallina me cubrió las piernas, luego me metí en la bañera, que disponía de un asiento donde me senté para rociarme de agua caliente los dedos de los pies, los hombros, la espalda, el vapor empañó el espejo mientras mi piel de casi cincuenta años se ponía roja como una cigala. El agua me corría por la cara, mis dedos palpaban los moratones que tenía en la frente y los brazos, pequeños hematomas, había salido del dique desorientada, aturdida, y había cortado por el club náutico, corriendo entre los veleros que allí hibernan, pasando entre cascos volcados, cubiertos con lonas o montados sobre remolques, y me había golpeado contra las quillas y los cabrestantes. Cerré los ojos y volví a ver la ola, ese tumbo violento de agua que seguramente arrastraba su buen puñado de piedras y me había sacudido como si no fuera más que otro pedazo de sílex, y cuanto más pensaba en ella, cuanto más nítido se me hacía el momento en que había roto sobre mi cabeza, la fulminante descarga de sus átomos sobre los míos, el encuentro entre sus moléculas y las mías, más se me aparecía aquella ola como una persona. No una mera fuerza, o un ritmo, o una fracción elemental de la naturaleza, sino un ente vivo:

una persona, ni más ni menos. Que no fuera humana no tenía la menor importancia, pues podía afirmar con certeza que había tenido una relación con ella: yo la había llamado y ella había venido.

Al cabo de un momento, mientras goteaba sobre la alfombrilla del baño y me frotaba el cuerpo con la pequeña toalla que Virginia había agregado a su montoncito de ropa, reparé en que estaba llorando, lágrimas de cansancio, pensé al enjugármelas con una mano exasperada, lágrimas sin importancia, lentas e irrisorias, metí la cabeza en el cuello de la camiseta, buscando las mangas y sentí redoblar aquel llanto intempestivo. Me apoyé en el borde de la bañera para ponerme el enorme pantalón de chándal y los calcetines de tenis Go Sport, empezaba a tambalearme, mis sollozos parecían el producto de una pequeña presa que había cedido, y finalmente hinqué una rodilla en el suelo para atarme los cordones de las zapatillas, que eran negras y estaban destrozadas. Unas gotas de agua salada cayeron al suelo. La toallita apestaba a colada mal oreada, era tan áspera que arañaba en lugar de arropar y tan vieja que no absorbía nada. Me costaba respirar, así que me incliné sobre el lavabo para recobrar el aliento, abrumada por una tristeza muy antigua, y cuando volví a levantar la vista, el espejo, velado por la condensación, no reflejaba de mí más que un halo rojizo.

Me desplomé sobre la taza del váter al tiempo que todo se derrumbaba en mi interior. Mi postura, sentada en la tapa de plástico con las piernas abiertas, los codos en las rodillas y la cabeza inclinada hacia el suelo, el olor de la toalla y probablemente el embaldosado de cemento gris, todas estas percepciones me recordaron al cuarto de baño en el que me encerraba mientras aporreaban la puerta y me decían que saliera, que ya era hora de pasar página, Craven había desaparecido hacía tanto tiempo que empezaba a preguntarme si lo que habíamos vivido era real, si el sentimiento que nos unía había existido de verdad o me lo había inventado, si no me habría montado una película, hipótesis que me

aterraba, tenía que pensarlo, así que volvía a visionar esa misma peli, estudiando cada fotograma al microscopio y contemplándolos por separado para ver qué era lo que no encajaba, algún detalle que presagiara aquel ghosting, el mío, algún incidente que hubiera resquebrajado *la cresta* del amor.

El primero de septiembre, el chico al que todo el mundo llama Craven en la escuela de Ponant se dispone a subir a un tren en la estación de Le Havre, con el pelo de astracán muy corto, vestido con una camisa clara, yo sonrío desde el andén, tras su partida tendré todo el tiempo del mundo para rememorar el verano radiante que acabamos de pasar, llevo en el pelo un pañuelo rojo, me lo quito y se lo anudo en torno al cuello, conservo los ojos secos, no sé en qué hotel de Sète pasará la noche, me llamará, es él quien me lo dice sin hacer promesas, yo requiso el teléfono de casa, mi primer amor me confiere todo el derecho; la primera noche no llama, me digo que el teléfono del hotel se habrá averiado, al día siguiente tampoco llama y me digo que habrá zarpado ya –mucha información nueva, mucho que hacer–, y una vez persuadida de que se ha hecho ya a la mar me digo que seguramente prefiere escribir. No tengo ningún mal presagio. Mis sentimientos son firmes. Pasa una semana. Comienzan las clases en el instituto y empieza a refrescar. Según mis cálculos, no tardará en cruzar el estrecho de Gibraltar, ha debido de subir a contemplar la entrada del barco en el Atlántico, el puente está sumido en la oscuridad, los botones parpadean, el radar es un halo de luz verde que perfila las siluetas de rostros y aparatos, el tráfico es denso, hay barcos que remontan África y los hay que descienden del norte de Europa y embocan el Mediterráneo, cientos de luces recorren las vías marítimas y este no es precisamente un viaje de placer, ni es, como soy la primera en admitir, momento de pensar en mí. Una mañana despierto alarmada, habré dicho o hecho algo que no debía, repaso el verano que acaba de terminar, destilo mis recuerdos de junio, julio, agosto, lo cribo todo, lo paso por el más fino de los tamices y no encuentro nada, ningún indicio que arroje luz sobre esa falta de noticias o mitigue mi ansiedad, y no tarda en asaltarme la idea de que le ha pasado algo, una intoxicación, una apendicitis, algo lo bastante violento como para impedir cualquier

tentativa de comunicación por radio conmigo… pero su muerte, curiosamente, ni me la planteo. Me encierro en el cuarto de baño, necesito pensar. Estamos ya en octubre y la espera me atormenta, los ritos conjuratorios lastran mi camino, entorpecen mis gestos, interrumpen mis palabras, órdenes molestas que se me imponen al volver a casa, pensamientos mágicos: no debo mirar en el buzón antes de abrir la puerta, ningún coche debe pasar detrás de mí al cruzar el umbral, ni mi cuerpo ni mi bolso deben tocar las paredes del hueco de la escalera. Me digo que de tanto esperar estoy impidiendo que algo suceda, espero pues a dejar de esperar. El dolor es físico. La mandíbula se me traba. Las voces se cuelan bajo la puerta del baño que estoy acaparando, sal de ahí y deja ya de joder, que no estás sola en el mundo. Estoy atrapada en un tiempo de una sustancia extraña: el tiempo de la espera ha dado paso a un tiempo espeso, lento, un tiempo que se nota pasar. Hace mucho que me he hecho a la idea de que se ha ido todo a la mierda –lo sé desde la primera noche, en realidad–, pero no me rindo, vago en torno al billar de la rue Georges-Braque, merodeo en torno a la escuela de Ponant. Un día me llegan voces de que está en Montreal, a través de un amigo suyo consigo su teléfono y esa llamada transatlántica, tan cara, tan difícil de encajar –la diferencia horaria–, se salda en un fracaso, una voz en el contestador que no es la suya me invita a dejar un mensaje, balbuceo cualquier cosa y cuelgo: vuelvo a encerrarme en el cuarto de baño. Estudio mucho, mis notas son excelentes, me cuesta conciliar el sueño, dicen que he adelgazado. No tengo su dirección, no sé a dónde escribirle. Hay algo que no he entendido, que no entiendo, que no acabo de entender. Me maquillo frente al espejo, salgo de bares en Deauville con chicos que llevan chaquetas deportivas y vaqueros abigarrados, no tengo dieciocho años pero hago trampas, me cambio el carné de identidad con una amiga al llegar a la puerta de la discoteca, bailo, bailo, bailo sin parar, él está oculto entre la multitud, sé que me observa, no bebo una gota de alcohol porque si bebo me echo a llorar, me convierto en un mar de lágrimas; las noches en el estuario son radiantes y góticas, ando a la deriva, sé que está muerto, pero sigo esperando: mientras espero algo existe, mientras sufro algo se da. Me dicen que

una conducta así de cruel y de tal bajeza no llama al llanto, llama a la rabia, al olvido, y por favor sal ya del cuarto de baño. Pero la espera es la otra cara del olvido, es ahí donde reside el problema, donde se cierne una cólera que no acaba de inflamarse. Me persuado de que no nos debíamos nada, de que no había ningún pacto, ningún juramento, ni siquiera una promesa, que pedir explicaciones no sirve de nada y afea la experiencia que vivimos. El día de Nochebuena lo veo caminando por la rue Jules-Siegfried, la cazadora, la bandana, los gruesos rizos negros, Craven, de vuelta en la ciudad, lo sigo, la presión en mi cabeza aumenta a cada paso, subo al tranvía, él se gira, lo veo de escorzo y siento un extraño alivio al comprobar que no es él. Al día siguiente mi madre llama a la puerta del cuarto de baño, hace horas que estoy ahí dentro y ya está bien, tiene que entrar, mi sangre chorrea en el lavabo, por Navidad me regalan unos botines azul turquesa, me vigilan como se vigila la leche en el fuego, mi cuerpo está agarrotado, el dolor va y viene. Su rostro se desvanece, la obsesión que lo conservaba preciso y luminoso en mi memoria ha terminado por desgastarlo, sus contornos pierden nitidez, una noche abro de nuevo el cajón, saco una foto deslizada en el interior de un cuaderno, ahí estamos los dos, apoyados contra el muro de la antigua terminal marítima, uno al lado del otro, tenemos los brazos pegados al cuerpo y apenas se rozan nuestros dedos, Craven y yo, the perfect duo, pero yo ya no me parezco a la muchacha de la foto y el tipo que está a su lado es casi un desconocido, la noche siguiente sueño que vuelve con el rostro de otro hombre y que soy la única que sabe que se trata de él, algo se está pudriendo, tengo frío a todas horas, no puedo ver una bandana sin sentir un retortijón, ya ha llegado abril, un abril de brezo y jerséis de lana, salgo del cuarto de baño, rompo la foto y la tiro a la basura. Aún paso demasiado rato mirando el mar por la ventana, pero ya no es nada muy dramático. La expectación pierde su fuerza, pierde su violencia, se repliega en mi interior. Se seca y palidece, se convierte en un montoncito de ruinas. A comienzos de junio vuelvo a tomar el sol tumbada sobre los guijarros.

La puerta se abrió de golpe y una chica de muslos delgados apareció en el umbral, con cara de sueño, parpadeó una fracción de segundo, deslumbrada por el neón del lavabo, y al verme soltó un grito ahogado antes de exclamar oh sorry! y cerrar precipitadamente la puerta tras de sí. Me vestí a toda prisa y salí.

Bajé corriendo la escalera que conducía a Les Sirènes después de escamotear de un estuche que encontré en el baño un poco de crema hidratante y de colorete rosado para recobrar mi aspecto humano, pero los pantalones de chándal verde chicle y las grandes zapatillas negras me habían transformado de tal manera que Virginia se partió de risa al otro lado de la barra, te queda de perlas, luego se puso seria y me lanzó una mirada penetrante, como si estuviera tratando de descifrarme: ¿estás bien? No reaccioné, tenía otra cosa en mente, quería saber si aún existía el Narval de la rue Georges-Braque, el bar de billar, y, sorprendida por la pregunta, que no venía a cuento, Virginia se recostó contra la máquina de café y agitó una mano por encima del hombro, señal de los años que habían pasado, el Narval hace la tira que cerró, mujer, ahora es una sucursal bancaria. Refiguré el local lleno de humo y pensé en las pequeñas sumas de dinero que circulaban sobre el tapete, ningún billete de alta denominación, ganancias magras de pobres diablos, de estudiantes, dilapidadas a menudo la misma noche en el barrio de Saint-François, en el Venus Bar, en el Cap-Verdien o el Origine du Monde.

Los estudiantes de la mesa del fondo se iban retirando, el del fular de pirata ya estaba fuera, con un pitillo entre los labios, esperando a los otros dos; los entusiastas de la arquitectura se ponían ya los impermeables, haciendo chirriar las sillas contra el suelo, y la niña había vuelto a la escuela con la mochila a la espalda para asistir a las clases de la tarde: era la hija de Virginia, tenía ocho años, su escuela quedaba muy cerca. Fui a buscar mi bolso, que se estaba secando junto al radiador, me habían entrado ganas de fumarme un cigarro, saqué el tabaco con un gesto impaciente, torpe, y el paquete arrastró consigo una hoja de papel que revoloteó, solitaria, vacilante, antes de posarse en el suelo en medio del bar, donde podía caer sobre ella la suela de un zapato o un taconazo, extendí la

mano y le di la vuelta: era el retrato robot del hombre del dique norte, y me pareció ahora que sí que lo había visto antes.

Las que dormían en la habitación de arriba eran dos ucranianas, dos estudiantes de Járkov, llevaban allí una semana esperando sus visados para coger el ferri a Portsmouth. Virginia señaló el techo con el dedo: hay bastante rotación ahí arriba, tengo esa habitación disponible y más vale sacarle algún provecho. El primer día las chicas durmieron quince horas seguidas, una detrás de la otra en posición fetal, y no habían salido ni una vez desde entonces, ni siquiera para dar un paseo por la playa o una vuelta por la ciudad, Le Havre les traía al fresco, no sabían hacer otra cosa que llamar a la embajada de Gran Bretaña, tumbadas en la cama durante horas, con la oreja pegada a la breve cantinela automatizada de la línea de atención, que a veces se cortaba sin darles tiempo a hacer su petición.

Seguía con la mirada a Virginia, que me hablaba mientras zigzagueaba entre las mesas recogiendo las tazas de café, ahuecando los cojines de los bancos, alada, activa, danzando por el bar Les Sirènes como se me había aparecido desde el primer momento, como una especie de hada logística, una mujer de sábanas y ropa seca, de sopa, de soluciones. Las chicas no podían más de tanto esperar, habían salido de Járkov a finales de octubre, en un autobús de llantas oxidadas y cortinas sucias, de asientos hundidos y agujereados por los muelles metálicos, mil kilómetros a golpe de tranquilizantes a través de una Ucrania en guerra, y pese a la garantía de un trayecto seguro, con el temor de ser detenidas por los rusos, por alguna patrulla aislada que haría apearse a todo el mundo, saquearía sus pertenencias, mataría a los hombres y se llevaría a las mujeres. Habían hecho un alto en las afueras de Kiev, no recordaban dónde exactamente, y además Virginia no siempre las entendía, sus relatos eran a menudo contradictorios, las duraciones,

los lugares, las fechas, todo era más bien confuso, fluctuante, eran conscientes de ello, sabían que su memoria hacía aguas y habían tenido que reconstruir sus recuerdos, por eso decían que solo confiaban en sus sentimientos: ellos eran su brújula, solo ellos podían restituir la verdadera textura del pasado. Virginia enjuagaba los vasos uno por uno e insistía en aquella extraña forma de ser y de pensar, le sorprendía, nuestros sentimientos suelen ser pasajeros y a veces nos engañan, ¿no? El breve silencio que siguió me hizo pensar que aludía a su vida personal, pero retomó el relato con decisión.

Las dos chicas habían cambiado de autocar para hacer la siguiente etapa del viaje, hasta Medyka, en la frontera polaca, un gigantesco aparcamiento al que acudía gente de toda Europa para buscar a familiares, rescatar a amigos y recoger a refugiados en un sindiós de gritos y lágrimas –para no perderse entre el gentío, se colgaron las dos de la mochila, bien visible, un largo calcetín rosa fucsia–, y al día siguiente llegaron a la estación de Przemyśl, una encrucijada en la que confluían y se entremezclaban en un frenético trajín los que huían de la guerra, los trabajadores de las ONG, los periodistas, los fotógrafos y, aunque eran menos, también algunos voluntarios extranjeros que partían a la guerra junto a los ucranianos, entre ellos aquel gran tipo de Ohio con el que habían mantenido el contacto durante algún tiempo por Telegram, sirviéndose de aquel pidgin-English ingenioso y travieso que les abría todas las puertas.

Virginia sacudió las manos mojadas sobre el fregadero antes de coger un paño de cocina para secarse, me daba la sensación de que sus palabras y sus gestos formaban parte del mismo flujo, que sus manos impulsaban su discurso y detenerse equivalía a callar, podría haberla escuchado durante horas. Según decía, las dos estudiantes no tenían ni un pelo de tontas y habían escapado sin dificultad de los hombres que aguardaban en Alemania o los Países Bajos, en coches sin matrícula, al acecho, con una botella de vodka Soplica encajada en la entrepierna, tipos de cuellos anchos que reconocían a las chicas desorientadas como ellas –o eso creían– y se ofrecían para conducirlas a un lugar seguro, a Hamburgo, Varsovia o Ámsterdam, para encontrarles un piso y un trabajo, no, ellas no se habían dejado engatusar, los seis primeros meses de guerra las habían curtido. Sin

embargo, en un tren rumbo a París habían ido a sentarse en el mismo compartimento que una hermosa moldava con un abrigo de zorro gris que hablaba un ruso ronco y vivaz y les había causado una fuerte impresión. Durante una parada algo más larga habían entrevisto el contenido de su maleta: lencería de satén violeta, zapatos de tacón de suelas rojas, un secador Dyson y latas de caviar: el bagaje de una aventurera de alto standing. La mujer les había asegurado que encontrarían trabajo fácilmente en Inglaterra, donde había hoy más criados y personal doméstico que en la época victoriana, y les había aconsejado sacar partido de la creciente afluencia de ultrarricos que decidían establecer su residencia en Londres –individuos de gran prosperidad, no a pesar de los conflictos mundiales sino gracias a ellos– y situarse en su estela. Al llegar les había dejado sus datos de contacto en un papelito que las dos inseparables habían fotografiado con sus smartphones, seguras de tener un lugar donde ir a caer, de disponer de un contacto, y al enterarse de aquello Virginia les había advertido del peligro, recurriendo a expresiones como «tráfico de personas» y «prostitución», a lo que las estudiantes pusieron los ojos en blanco, indignadas, y le aseguraron que sabían lo que hacían. En París habían hecho cuentas y se habían decidido por un trayecto en FlixBus a Le Havre por diez euros seguido de una travesía en ferri en lugar del billete en Eurostar, que costaba un ojo de la cara. La moldava, que supuestamente regentaba un coffee-shop en Brick Lane, les había dejado su número de móvil, al que no respondía nunca, pero las chicas querían creer en su ofrecimiento y seguían dejándole mensajes. Prevenida a través de una asociación, Virginia las esperaba en la estación de autobuses, sin paraguas, pero envuelta en una esclavina negra de cochero que ondeaba contra sus tobillos.

De pronto, como si las hubiera materializado con su relato, las ucranianas aparecieron en el bar, eufóricas, despeinadas y con la arruga de la almohada aún en las mejillas. Blandían códigos QR en la pantalla de su móvil: ¡los visados habían llegado!, ¡los visados!, ¡acababan de recibirlos! Las mejillas de Virginia se iluminaron, sonrió con calma y esbozó un aplauso. Te presento a Daria y a Ioulia, dijo

dirigiéndose a mí, y luego, con esa mezcla de calidez y autoridad que constituía su encanto particular, dijo que no podían perder tiempo, pues el ferri salía a las cuatro de la tarde y los pasajeros debían presentarse en la terminal una hora y media antes de zarpar. Me vi así inmersa en la vorágine de la partida. La emoción era palpable, y aunque se las veía aliviadas de poder llegar por fin a Inglaterra, las dos chicas, con su grueso perfilador de ojos y la piel seca, parecían aún sumamente tensas y no dejaban de morderse los labios. Tenían las caderas estrechas y los cabellos de sirena, solo que finos y desvaídos, y no iban lo bastante abrigadas: un jersey rojo de cuello ancho y malla fina la más alta, una sudadera rosa pálido la otra, además de unos vaqueros ajustados y zapatillas deportivas. Ioulia hizo un pequeño aparte para llamar a su casa y avisar a su madre de que esa noche dormiría en Inglaterra, pero su voz no tardó en quebrarse, su discurso en ucraniano adquirió tonos que tenían algo de súplica y algo de enfado, mientras daba puntapiés a la pared y golpeaba con la frente el vidrio de la ventana. Daria se volvió hacia nosotras: Ioulia esperaba que su hermano se reuniera con ella, va a cumplir dieciocho años y pronto no podrá salir de Ucrania, pero él prefiere esperar a unirse al ejército, quiere ir a la guerra, *it makes her crazy*.

Ya habían bajado el equipaje y lo habían juntado en mitad del local. Virginia cortó deprisa unas porciones de tarta que envolvió en papel de cocina, llenó un termo de café y me preguntó si podía acompañar a las chicas al embarcadero del ferri, mientras me tendía con una sonrisa las llaves del cochecito azul que tenía aparcado enfrente de la puerta, y con una sonrisa añadió: no puedo dejar colgado el bar y, además, odio las despedidas. Le dije que de acuerdo, me había pillado desprevenida y puede que también estuviera algo imbuida de la efervescencia del viaje, de la sensación de estar presenciando un momento vital importante. Entonces Virginia subió al piso de arriba, segura de encontrar allí unos viejos

impermeables K-Way que quería regalarles a las chicas para la travesía.

Teníamos que salir en diez minutos, el tiempo de buscar en Google Maps la parada de autobuses de la línea PortsmouthLondres, localizar la estación y el Ibis Budget a *walking distance from the KFC* o encontrar la dirección de las asociaciones encargadas de acoger a los refugiados ucranianos en Londres, pero en lugar de todo eso, Ioulia y Daria prefirieron hablar conmigo, como si antes de dejar atrás aquel lugar quisieran reapropiarse de un relato que les pertenecía: *it's our story*.

Daria se sentó en el taburete, agilísima, una verdadera acróbata, y se lanzó sin más preámbulos: somos estudiantes de Biología en la Universidad Vasili Karazin, allí nos conocimos, Ioulia y yo, siempre fuimos juntas, la guerra estalló muy deprisa en Járkov, todo dio un vuelco de la noche a la mañana, *it suddenly rolled over* –giró la mano para marcar la frase–, un buen día amanece, te lías un cigarro junto a la ventana, el aire de la mañana te refresca la cara, tu novio aún duerme, das una primera calada, tienes ganas de tomarte un café, piensas una vez más en el concierto que habrá esta noche, del que acabarás volviendo a casa temprano porque te apetecerá hacer el amor, y es como si de pronto la cinta saltase en el proyector de la película, una detonación, todo se detiene, se corta, un apagón, *blackout*, y a partir de ese momento, tu vida de antes te parece tan lejana que no sabes si existió de veras, si la viviste o fue más bien un sueño, pero no tienes tiempo de hacerte estas preguntas, no tienes tiempo de añorar tu vida, los acontecimientos se suceden a un ritmo frenético y te ves arrastrada por ellos, tu pensamiento se congela y te ves condicionada por meros reflejos, por el miedo que te impele a esconderte, huir o luchar, una emoción que creías conocer pero que no conoces.

Yo estaba pendiente de cada palabra, de aquel relato contado sin pausa, sin respiro, en un inglés entrecortado y veloz: tu edificio que

se derrumba, tu padre que parte al frente, tu novio que muere en la explosión de un obús mientras iba en bicicleta por una avenida de Slobidsky, todo eso no lo conocías, los misiles que al explotar arrojan una lluvia de submunición, eso tampoco lo conocías, los cadáveres en las fosas, los cuerpos sin vida de los hombres y las bestias no los conocías –puede que hayas visto alguna peli de guerra o de la mafia o hayas jugado a algún videojuego violento, pero no lo conoces, ni mucho menos–, los bombardeos que caen varias veces al día, saber que tu vida está en peligro, la tuya y la de tus seres queridos, eso no lo conoces, intuir que tu supervivencia será una mera cuestión de suerte, eso no lo conoces, no lo conoces.

Conmovida, tragó saliva para recobrar el aliento y Ioulia tomó inmediatamente el relevo, sintonizada a una frecuencia de la misma intensidad y urgencia: las señales de alerta sí empiezas a conocerlas, en cambio, es una locura lo rápido que te adaptas, cómo aprendes enseguida a vivir al día sin proyectarte en el futuro, por mucho que vivas en un país donde la maquinaria de la guerra nunca fue desactivada del todo, donde las cosas pintaban fatal desde hace años, y desde lo de Maidán se respiraba violencia, y había combates, donde todo lo que pasó era predecible, en fin, la guerra así, no, no sabes lo que es, así que la mañana del 24 de febrero, miles de personas se agolpan en la estación y se forman atascos de cientos de kilómetros mientras los rusos bombardean Saltivka, todos a una. Luego va cayendo un barrio tras otro y Járkov es destruida metódicamente, el centro se vacía, la gente sigue huyendo al oeste, *they keep fleeing to the West*, tu piso se derrumba sobre el hueco de la escalera y bajas a vivir al metro, en los túneles de la estación Heroiv Pratsi, donde descubres un campamento monstruoso, una amalgama de seres humanos y bultos varios, con gatos mimados como divas aplatanados sobre las mantas. Los muchachos de la defensa territorial circulan para prestar auxilio, los llamamos, coqueteamos con ellos, distribuimos con ellos los víveres y las medicinas. Estamos todo el tiempo metidas en las redes, pasamos allí varias semanas hasta que decidimos volver a la superficie, algunas noches tocábamos la guitarra o recitábamos poemas, Daria y yo acabamos abriendo un pequeño puesto de manicura:

esmaltábamos las uñas con los colores de Ucrania, *blue and yellow stripes*. Ioulia y Daria alzaron las manos y agitaron los dedos con sus extremos bicolores.

Los abrazos de la despedida fueron contenidos: nada de lágrimas, nada de promesas, todo lo más ligero posible. Virginia les dio los K-Way usados que había encontrado por fin y metimos en el maletero aquel montón de equipaje que era un buen reflejo de la confusión y las prisas de la partida, de la precariedad de aquellas dos muchachas que acababan de cruzar Europa hasta su confín occidental. No me atreví a aconsejarles que se desprendieran de algunas de sus bolsas, a decirles que ya volverían a recogerlas más adelante, a convencerlas de que lo más valioso que poseían cabía en un bolso de mano: su pasaporte, su teléfono, un estuche de maquillaje, su relato y una caja de paracetamol.

Ya en el coche, mientras subíamos por el boulevard François I$^{er}$, no pude evitar preguntarles a Daria y a Ioulia qué pasó después, en Járkov, quería conocer la continuación de su odisea, escucharla hasta la última frase, y las apremiaba sin acabar de disimular mi impaciencia, cuando el momento habría exigido un tono más serio, más atento. Retomaron pues el hilo de su historia: a mediados de abril acabaron por abandonar su vida subterránea en el metro y subieron a la superficie. Los rusos se habían marchado de Járkov, expulsados por la contraofensiva, y habían retrocedido cuarenta kilómetros, en una retirada que hizo aflorar cadáveres como la bajamar hace aflorar los restos de un naufragio. Pero el cielo estaba despejado y grandes charcos de sol inundaban las avenidas destruidas, la gente volvía a su casa, reparaba lo que se podía reparar, *fixing what could be fixed*, como si solo fuera cosa de cambiar los cristales rotos de las ventanas, plantar un par de árboles y unas flores, levantar un muro o apuntalar una estructura, los parques estaban minados y vetados a los enamorados, pero la vida volvía a adueñarse de la ciudad desfigurada, coronas de flores de

vivos colores adornaban las cruces de los cementerios, las tumbas eran recientes y los gorriones revoloteaban en los árboles que empezaban a florecer, y entonces, cuando ya nadie se acordaba de ellas, las blancas cigüeñas sobrevolaron la ciudad, *then white storks flew over the city*, nobles y majestuosas, con su vuelo aleteante, la cabeza muy adelantada y las largas patas anaranjadas sobresaliendo bajo la cola blanca y negra, batiendo las alas lenta, amplia y regularmente, volvían de sus zonas de hibernación en África, *they were back home*, y el hecho de verlas llegar como cada primavera, tranquilas y llenas de gracia, *calm and full of grace*, conmovió profundamente a las chicas, que se echaron a llorar con los ojos vueltos al cielo, y es posible que por un instante creyeran de veras que nada muy grave había pasado, que todo podía volver a comenzar como antes, solo que algo en ellas no llegó a empezar de nuevo: Ioulia, Daria, no lograron empezar de nuevo. El obús del 24 de febrero, el que estalló contra su ventana en Saltivka, había causado otros daños, más pérfidos, ocultos pero muy reales: aquel estremecimiento gobernaba ahora la vida de sus cuerpos, un grito ahogado acompañaba ahora el menor portazo, el menor objeto que caía al suelo, la menor caricia de una mano sobre sus hombros, la aprensión y el insomnio envenenaban su existencia. Un médico que estaba al límite de sus fuerzas les diagnosticó, como era de esperar, un trastorno de estrés postraumático que no precisaba más tratamiento que el reposo: había llegado la hora de partir.

Les saqué una foto a la entrada de la terminal marítima, abrazadas ante la puerta de cristal, frágiles, con sus caras de papel maché. Se mantenían erguidas y miraban a la cámara de frente, sin sonreír, pero sus dedos hacían la V de la victoria. Tenían veintitrés años, eso decía en sus documentos, donde todo lo demás, escrito en cirílico, me era del todo incomprensible. Tres años más que Maia, pensé, y miré la cantidad de equipaje que llevaban a cuestas.

La continuación en el próximo episodio, me dijeron con un guiño,

seguido de un abrazo rudo, la continuación en el próximo episodio, ¿vale? Y se marcharon. Me recosté contra el coche y las seguí con la mirada durante un buen rato hasta que desaparecieron en el edificio, deglutidas por la lenta cola de pasajeros que se dirigían a los controles. A intervalos regulares se daban la vuelta para hacerme una seña con la mano a la que yo respondía sonriente. Buen viaje, buen viaje. Luego, como si hubieran pasado a otra cosa, dejaron de girarse, cortaron amarras, y algo después, cuando las divisé en la pasarela acristalada que conducía al interior del ferri, no me cupo la menor duda de que ya se habían marchado, de que estaban ya en otra parte: mi rostro se difuminaba ya en sus memorias y los suyos corrían la misma suerte en la mía. Nunca antes se habían hecho a la mar, nunca habían subido a bordo de un barco, su destino era incierto, su trayectoria lo bastante indecisa para poder reorientarse en cualquier punto del trayecto, pero eran chicas de largo recorrido, salidas de su tierra para viajar mucho tiempo, para describir círculos. Les pedí que me avisaran cuando llegaran a Londres, que le enviaran un mensaje a Virginia, un wasap, cualquier cosa, pero sabía que no lo harían. Me dejaron el relato de su huida y esa idea de que los sentimientos son la única información fiable para orientarse.

El ferri se llamaba *Le Cotentin*, era un buque de gran calado, estable y de mucha altura, muy fiable también, de esos que no necesitan ningún piloto para salir del puerto y zarpan rápido. El parte hablaba de mar gruesa, sobre todo al final de la travesía, en torno a la isla de Wight.

Un pálido amanecer sobre la Gare du Nord, la sala de espera del Eurostar está abarrotada, los pasajeros bajan al andén por docenas, un anuncio bilingüe por la megafonía recuerda que cualquier equipaje abandonado será destruido por los equipos de desactivación de explosivos y me apresuro a escribir mi nombre y mi número de teléfono en una etiqueta que he cogido de una bandeja puesta a disposición de los pasajeros. Me he recostado contra una máquina expendedora de bebidas y me he llevado unos buenos golpes de chapa por transmisión directa, porque la máquina se traga el dinero pero no da nada a cambio y los clientes que se sienten estafados la insultan y la golpean como si fuera una persona.

Sobre mi regazo, anotado, tachado, con múltiples esquinas dobladas, el guion de *Lady Forger*, que releo una vez más, deteniéndome en los diálogos de Carey Mulligan, la protagonista. Las pruebas para el doblaje de esta serie de Netflix, que ha batido récords de audiencia en Estados Unidos, tendrán lugar en un estudio de Londres dentro de pocas horas, no quedamos más que dos aspirantes y dicen que podría ser la propia estrella quien acabe inclinando la balanza: he visto la mayoría de sus películas, he trabajado su cadencia, la textura de su voz, su lánguida aspereza y esos atisbos de vocal fry que emplea a veces, esa forma de comprimir las cuerdas vocales para que crepiten dos octavas por debajo de la frecuencia habitual con el fin de obtener un sonido profundo y sexi. Tendría que sentirme estimulada, segura y llena de orgullo, el puesto en la fase final de un casting es ya un éxito en sí mismo, pero estoy nerviosa: últimamente las grabaciones me

cuestan, balbuceo, escupo sobre los micros high-tech como una principiante, incapaz de leer veinte líneas seguidas sin tener que repetir, saltándome palabras, comiéndome sílabas enteras, concentrándome tan mal que el sentido de lo que leo se me acaba escapando. Algo negro y furtivo me oprime el gaznate, me espesa la saliva, me invade el paladar. La atmósfera de los estudios se me ha hecho irrespirable: se murmura a mis espaldas que estoy gafada.

Me duermo en cuanto sale el tren, con el abrigo hecho un rebujo por almohada, aprovechando que el crepúsculo ha caído ya sobre las afueras de París. Dormí poco anoche, Blaise apareció a eso de las dos de la mañana en el salón con su pijama gris perla mal abotonado, sorprendido de encontrarme allí despierta –¿qué te pasa?– y, sintiéndome de pronto desamparada, le hablé de mis frecuentes fiascos, de esa especie de maldición viral que pesaba sobre mis grabaciones y del miedo que me daba cagarla en las pruebas al día siguiente. Blaise, que pasa de leyes estadísticas y malas rachas y no cree en las coincidencias, guardaba un silencio escéptico, recostado en la penumbra contra el marco de la puerta. Luego, como si acabara de despertar bruscamente, me propuso leer juntos el guion para afinar la entonación, el ritmo y los enlaces.

La serie comienza en los suburbios de Portland, donde Joan, que está hasta el cuello de deudas, cierra su academia de salsa y se traslada a Washington para trabajar de operadora de imprenta en la Government Publishing Office, la agencia federal que se encarga de imprimir los boletines y textos oficiales y gestiona la producción de pasaportes biométricos, documentos infalsificables gracias a la incrustación de un microchip en la portada. Una vez en su puesto, formada ya en las técnicas de impresión más punteras e iniciada en el manejo de tintas y barnices, va ascendiendo en el escalafón de la agencia antes de verse inmersa en el mundo hiperviolento de los falsificadores y acabar controlando el tráfico internacional de papeles falsos. Blaise no tarda mucho en despotricar del guion adocenado de la serie, cuyas cuatro temporadas se construyen sumariamente en torno al personaje de Joan, una mujer de belleza delicada, pero venenosa y brutal, capaz de matar a sangre fría a un testigo molesto o un jabalí en plena embestida. En su opinión, no tiene más interés

que el de adentrar al espectador en el mundo encriptado y seguro de las imprentas estatales. Aun así, lo veía encantado de darme la réplica, se dejaba llevar por el texto, concentrado y bastante buen actor. A eso de las cuatro, cuando empezábamos la segunda temporada, oímos el ruido de unas llaves en la cerradura y apareció Maia, que volvía de su noche de fiesta, achispada, con un chapka en la cabeza, algo turbada por sorprendernos abrazados en el sofá, en mitad de las hojas esparcidas.

A la hora acordada, me maquillo en el ascensor de un edificio de vidrio y metal en los muelles de Canary Wharf: antiojeras, colorete y un toque de pintalabios para darme confianza. Después de presentar mi pasaporte en recepción, me siento junto al ventanal a la espera de que me llamen. El Támesis fluye espeso y poderoso, aluvial, de un asombroso color broncíneo, incontables embarcaciones navegan bajo el sol otoñal, sus siluetas dibujan sombras chinescas, unos cuantos cisnes bordean los muelles, manchas de gasóleo irisan la superficie del agua. Contemplo los barcos que cumplen con su cometido, son tantos que me tienen hechizada, hay transbordadores, gabarras, pontones, dragas, un recolector de madera a la deriva, un yate desorientado, una balandra que desciende despacio hacia el mar, un esquife y varias zódiacs de los cuerpos de seguridad, mis ojos van brincando de unos a otros y llegan lejos, mucho más allá del London Bridge, hasta posarse en una lancha motora que surca las aguas hacia mí, con el estrave bien alto y un bigote de espuma a ambos lados, una lancha parecida a las que transbordan a los pilotos en el puerto de Le Havre, parecida a *L'Hirondelle de la Manche*, la golondrina de La Mancha, el mismo porte, la misma sensación de velocidad, la misma estela: no he visto esa lancha desde que la botaron en el puerto de Le Havre un espléndido día de junio.

Oigo un carraspeo a mi espalda, es el asistente del director artístico responsable del doblaje, alias vocal designer assistant, un

treintañero francés de un atildamiento que se me hace insoportable en el acto: ¿qué?, ¿soñando despierta? Me agita el móvil en las narices: tiene veinte minutos, la banda de sincro está lista, los micros también. Una vez en la sala de proyección, caliento la voz –trinos, vocalizaciones– y me sitúo en posición, bien derecha, la cabeza alta y el cuello erguido, respiro hondo, desde lo más profundo del estómago, con los hombros bajos y el pecho relajado. La sala es inmensa y fría, los sillones de terciopelo azul oscuro apestan a desinfectante y las luces están apagadas. La película empieza antes de que me den la señal y la banda de sincronización desfila ya por la parte baja de la pantalla. Desconcertada, trato de serenarme, me sé el guion de memoria y sitúo en el acto el fragmento escogido. En lugar de una secuencia rica, variada, que me hubiera permitido mostrar mis habilidades –Joan en una noche de invierno frente al gran edificio de ladrillo rojo del 732 de North Capitol, de rodillas en el aparcamiento y con una pistola en la cabeza, prometiéndole a un acreedor suministrarle auténticos pasaportes falsos para salvar el pellejo–, me han endosado una escena sosa, sin chicha dramática alguna, en la que el operador de maquinaria le enseña su nuevo lugar de trabajo. La primera palabra de la línea de base transmite el ingenuo asombro de Joan ante las prensas rotativas: ¡guau! El tamaño de los caracteres es proporcional al tiempo que tengo para pronunciarlos sin perder la sincronización con los labios de Carey y, como siempre, me perturba un poco que mi voz active el cuerpo de otra mujer, que la haga parpadear y mover los hoyuelos. Una vez más disfruto de ese milagro, el de hacer coincidir mis palabras con las expresiones de un rostro, con los gestos de las manos, con las elevaciones imperceptibles del busto, hasta el extremo de palpar en ocasiones el flujo interior de una persona –eso es lo que busco en un doblaje, no el mero acoplamiento mecánico sino la animación de un ser humano– y al cabo de un momento ya no soy yo quien dobla a Carey sino ella la que me deja a mí su aspecto físico y se convierte en mi fachada, prestándome la máscara y el nombre de los que yo me invisto.

Joan ya no dice nada, se ha quedado de pie con los brazos en jarras y se limita a respirar con la boca abierta y abrir mucho los ojos

al ver las pilas de pasaportes. Observa los movimientos de su jefe, asiente con la cabeza al oír sus indicaciones y obedece sus consignas, con lo que la banda de sincronización se convierte en una serie de resoplidos varios, una mera sucesión de oclusivas y fricativas, de ohs, hums y ufs, una pesadilla técnica, vaya, y tanto es así que acabo por pifiarla, saltándome la abreviatura tipográfica que señala un chasquido admirativo de la lengua cuando el operario le muestra dónde se sitúa el chip del microprocesador en la portada del documento. Después, en lugar de retomar el hilo de la escena, me pongo nerviosa y pierdo la sincronización labial con Carey en un naufragio silencioso que la separa bruscamente de mí y me deja a solas, con las cuerdas vocales paralizadas. Me dicen desde la sala de control que está bien, que podemos dejarlo aquí, muchas gracias, y la película se congela en un fotograma de la actriz en primer plano, una muñequita fría y distante con la boca abierta, embobada. Ya no existe la menor correspondencia entre nosotras, no tengo nada que ver con ella, no puedo colarme en su garganta, respirar por su nariz, reír por sus labios ni llorar por sus ojos. Le he devuelto su rostro y he recobrado mi voz.

El vocal designer assistant irrumpe en la sala como un muñeco de resorte. No era fácil, ¿eh? Le llaman por teléfono, él descuelga en modo altavoz, como si yo no estuviera presente, y una mujer de verbo presto le anuncia que la voz de Mulligan se sintetizará artificialmente, que será más barato y más limpio, que en el doblaje hay demasiado imponderable y se pierde mucho tiempo. Me mira y alza los ojos al techo, como si abrazara mi causa, como si estuviéramos en el mismo bando. Su corbata estrecha cuelga en el aire como una culebra y sus impolutas zapatillas deportivas son dos pastillas efervescentes en la penumbra. Cuelga y luego me da las gracias con una atroz sonrisa de consolación: en fin, es difícil ser más pro que la inteligencia artificial, ¿no?

Recojo mis cosas, abatida por mi mediocre actuación. Los folios

del guion se me esparcen por la moqueta, me arrodillo para recogerlos y los meto desordenadamente en un sobre transparente, luego subo los escalones que conducen a la puerta, pero antes de salir me vuelvo y le digo en mi tono más cortante que la prueba no se ha desarrollado como es debido, que no me han avisado antes de poner en marcha la banda de sincro, que la secuencia escogida apenas tenía texto y, en resumidas cuentas, que nada de todo eso ha sido muy «pro». Él me da la espalda, las vértebras de su columna sobresalen bajo el fino tejido del suéter color caramelo que lleva sin camisa, está ocupado en desconectar el micro, agachado sobre los cables y los adaptadores, estoy a punto de repetir mi queja y remachar el clavo cuando de pronto, más insidioso de lo que sus melindres me habían dado a entender, me dice: el doblaje con actores se ha acabado, hay que pasar página. No le he oído bien, vuelvo a bajar los escalones: ¿cómo dice? Está a unos metros de mí, concentrado en desmontar el equipo y guardar los accesorios en sus cajas, me entran ganas de darle una patada al pie del micrófono y arrojar sus filtros al fondo de la sala, él se toma su tiempo, diligente, meticuloso, antes de volverse muy despacio hacia mí, con el rostro iluminado por un foco lateral, los rasgos firmes pero algo abotargados ya bajo la piel blanquísima, la nariz breve y respingona, los labios gruesos en forma de corazón, el pelo moldeado con gomina en finos mechones verticales. Y sigue en sus trece, como buen adalid de la modernidad firmemente asentado en su época: no nos engañemos, usted no lo hace mal, nada mal, pero las voces generadas por ordenador simulan cada vez mejor el habla humana y la clonación vocal puede darle voz a cualquiera, en cualquier lengua, con cualquier acento, yo lo digo por usted, se están resucitando hoy voces legendarias que aún pueden aportar mucho; enfurecida, le respondo absurda e inoportunamente que la profesión no lo permitirá, que la voz es un conjunto de datos biométricos y están protegidos, pero me he metido en un jardín, poniéndome a la defensiva, en el fondo sé que no hay vuelta atrás y además –¿me habré quedado ya afónica?– él no me escucha, no le importa un carajo, sigue a lo suyo, con esas pupilas duras en su cara bien alimentada, y luego me suelta de sopetón: en lugar de lloriquear, le

aconsejo que venda cuanto antes su voz a una IA que podrá generar a partir de ella otras más complejas, más interesantes, le está dando la espalda al futuro, no quiere ver la realidad, ese es su problema, me habla entonces con gran sinceridad de los actores que más le gustan, de los seres humanos, que él siempre estará dispuesto a defender, pero aun así, hay que reconocer que la síntesis multilingüística funciona la mar de bien. Yo podría, por ejemplo, hablar con su voz, pero conservando mi propia entonación, o viceversa. Me río entre dientes por encajarlo de alguna manera, mis talones se hunden en la moqueta azul oscura y vuelvo a subir los escalones, pero embriagado tal vez por sus propias palabras, añade en el último momento, como si quisiera arrojarme en la espalda un último puñado de tierra, que con las caras también funciona, que la inteligencia artificial manipula cada vez mejor el rostro de los actores, es innegable, que puede envejecer a cualquiera sin necesidad de prótesis o rejuvenecerlo sin maquillaje, transformarlo en un zombi, cambiarle el sexo o pegar la cabeza de una estrella de cine desbordada de trabajo en el cuerpo del primer fulano disponible.

Me desplomo en mi asiento en el tren de regreso, agotada, nerviosa, presa de una cólera sorda –la oportunidad de convertirme en la voz francesa de una estrella internacional no se presenta todos los días y me da rabia no haberla aprovechado–, y justo cuando me dispongo a escribir un mensaje a mis colegas para contarles lo que me acaba de pasar, el hombre sentado frente a mí despliega su ejemplar de *Le Monde* extendiendo los brazos, y leo, en la primera plana de la edición del 15 de noviembre, esta extraña cita textual: «Bah, no te oigo, y no te van a rescatar». A primera vista no acabo de entender de qué va el asunto, pero en cuanto mi vecino se duerme aprovecho para tomarle prestado el periódico: se trata de un largo artículo de investigación sobre un naufragio que tuvo lugar en el Canal de la Mancha el 24 de noviembre de 2021 y que se saldó

con la muerte de veintisiete personas. Las comunicaciones por radio entre los operadores del Centro Regional Operativo de Vigilancia y Salvamento o CROSS (por sus siglas en francés) y aquel bote inflable barato con treinta y dos pasajeros a bordo se prolongaron casi tres horas y se reproducen parcialmente en el artículo, que más bien parece el guion de una película de terror. La transcripción es tan clara que casi puede escucharse la banda sonora del drama, las voces en el mar, la angustia de la persona que habla desde el bote neumático en apuros y la desvergüenza de sus interlocutores del CROSS del cabo Gris-Nez, que bromean, trapacean y se muestran reacios a mandarles un equipo de socorro; reproduce a la perfección el ping-pong entre las autoridades francesas y británicas, que se van pasando la pelota sobre la responsabilidad de suministrar los medios de salvamento necesarios, discutiendo acerca de una línea ficticia que les merece más respeto que la vida misma: la frontera de las aguas territoriales; logra traer de vuelta los gritos de socorro de los ahogados, esas voces que regresan de las profundidades del mar, y sus largas vibraciones serpentean en mis oídos mientras cruzo el Canal de la Mancha.

El tren penetra en el túnel, perforado a cuarenta metros bajo el fondo del mar, en la primera capa estratigráfica del Cretácico superior, y durante treinta y cinco minutos las ventanillas se transforman en superficies negras que se asemejan a grandes pantallas planas apagadas. Por lo que leo en la continuación del artículo, la labor de identificación de los cuerpos recuperados fue larga y penosa. Los ahogados eran afganos, iraquíes, kurdos, egipcios e iraníes, y se necesitó casi un mes para establecer su identidad oficial, pues los forenses tenían que cotejar dos tipos de datos relativos a cada cuerpo: por un lado, los datos *ante mortem*, los documentos de identidad, las fotos y los expedientes de las solicitudes de asilo, que solían aportar las propias familias y asociaciones de los ahogados; por otro, los datos *post mortem* resultantes del examen de los cadáveres, que revelan sus rasgos distintivos, como las huellas dactilares, las dentaduras y las muestras de ADN, así como las señales que la vida va dejando en un cuerpo, las operaciones quirúrgicas, las cicatrices, los tatuajes. Solo faltaba

uno de ellos, un joven de dieciocho años que se encontraba en el bote neumático pero no fue encontrado. Aprieto la frente contra el vidrio helado y me imagino su cuerpo varado en alguna de las playas de guijarros que bordean el Canal de la Mancha. La primera víctima identificada, una chica de veinticuatro años llamada Maryam Nuri Mohamed Amin, quería reunirse con su novio, nacionalizado inglés, que trabajaba en una barbería de Portsmouth.

Vuelvo de Londres trastornada. La avenida ha cambiado. Han podado los tilos, un solo día les ha bastado para amputarlos a todos. Sin sus ramas siento que aumenta la sensación de frío, de otoño pelado. En el salón, Maia y Blaise están tirados frente a la tele, con unas cajas de pizza abiertas sobre la mesita. Se enderezan en cuanto me ven aparecer: ¿qué tal? Me encojo de hombros: Carey Mulligan tendrá que apañárselas sin mí para hablar francés. Luego cojo un trozo de margarita con los dedos y me lo zampo antes de anunciarles, con la boca llena, tumbada yo también, que voy a tener que cambiar de trabajo: aunque la articulación de la voz sea una de las técnicas corporales más sofisticadas, inventada por los humanos y los pájaros y distinta en cada uno de nosotros, hay programas que restituyen en un abrir y cerrar de ojos y con toda precisión su textura, su ritmo y su tonalidad. Las voces se multiplican *ad infinitum* y se liberan de los cuerpos, así son las cosas, hay que joderse. Blaise se levanta, lleva un jersey amarillo curri y un pantalón púrpura, se va un momento a la cocina y vuelve con tres americanos con mucha crema que nos sirve en las tazas de gala, no nos dejaremos abatir por la noticia, Maia se estira, repta hacia mí y se acurruca contra mi costado, con la cabeza en mi axila, su cuerpo es firme y cálido, acaba de volver de entrenar, está sudada, me pide que le acaricie la cabeza, y es ella quien susurra que aún hay tiempo para verlas venir, que aún no hemos logrado clonar los sentimientos.

Al volver de la terminal del ferri en el bar Les Sirènes solo quedaban dos estudiantes, eran las tres de la tarde, la hora muerta, Virginia debía de andar en el cuarto de arriba, quise mirar los horarios de tren y al palpar en el bolso el libro que me había prestado Herminée, lo saqué para ver si el agua de mar lo había estropeado, y la recordé a ella la víspera, sentada delante de una pizza napolitana que hacía juego con su blusa de seda, mientras yo me mantenía alerta, esperando a que me dijera qué quería, cosa que no hizo de inmediato, no, prefirió hacerme esperar hasta el café con su small talk de altos vuelos, de encantadora de serpientes con una pizca de malicia, hasta que sus labios morenos, crispados, se abrieron lo justo para decirme que tenía un texto para mí, que quería grabarlo cuanto antes, luego verificó la cuenta línea por línea con su ojo bueno, revelando su perfil, su nariz aguileña y su bocio incipiente, el lóbulo de la oreja estirado bajo el peso del pendiente, antes de colocar un cigarro en la boquilla de marfil que le ponía la guinda de estilo al personaje.

Aparcando la idea del regreso inmediato, me puse a hojear el libro, leyéndolo un poco al azar para hacerme una idea general. A primera vista no parecía un relato muy festivo, de hecho era más bien siniestro: un periodista sueco atraviesa las ruinas del Reich en el otoño de 1946, un otoño frío y lluvioso, un otoño lúgubre en el que olas de refugiados anegan la llanura alemana mientras la lluvia encharca el fondo de las minas del Ruhr con medio metro de agua. Las personas y los lugares se han vuelto irreconocibles, todo el mundo busca a alguien, a algún desaparecido que tal vez esté muerto o quizá ande vagando por algún campo, nadie sabe nada y eso es lo que resulta enloquecedor. Desde las primeras líneas frené un poco, sorprendida por la escritura. Nada, ningún sufrimiento es

indescriptible, dice Dagerman, y esa es la razón por la que ha viajado a Alemania: para describir lo que allí ve, y su atención al detalle llega al extremo de hacernos oír el ruido que hace una mujer mordisqueando una manzana en un vagón silencioso atestado de gente hambrienta.

A medida que iba pasando páginas, el relato se superpuso a otras ruinas, las que la guerra causaba en Ucrania desde hacía nueve meses, en Irpín, Jersón, Mariúpol o Bajmut, sembrando una desolación sobrevolada por drones capaces de filmar a ras de los escombros y en el fondo de los cráteres, cuyas imágenes se mostraban una y otra vez en los canales de noticias, las ruinas en las que Ioulia y Daria habían vivido al salir del metro, y más aún, de forma imperceptible e íntima, gradual y sin escapatoria posible, el libro se imbricó en mi fuero interno con las ruinas de Le Havre que había estudiado con Vanessa hacía más de treinta años. Mientras hojeaba *Otoño alemán*, la destrucción de Le Havre se reflejaba en la de todas esas ciudades alemanas, en sus descripciones minuciosas, hondas, en esos vagabundeos por zonas desfiguradas, en esos trapicheos de poca monta, esa desesperación, esos retazos de conversaciones con personas postradas en sótanos medio derruidos, que «le piden al extranjero que confirme que su ciudad es en efecto la que más incendios y destrucción ha padecido, la más devastada de toda Alemania», como si pudieran extraer de ello una especie de consuelo absurdo, y recordé que, al hablar de Le Havre, yo siempre repetía que había sido la ciudad francesa más grande que fue arrasada durante la guerra, e insistía en el superlativo, la más grande, enfatizaba esa distinción, la afirmaba, sobre todo al hablar con quienes la metían en el mismo saco que Caen, Brest o Lorient, siempre acababa por apelar a las cifras, como si al contradecirles pudiera arrebatarles el primer lugar en la clasificación de las ciudades mártires, silenciar las particularidades del resto y, sobre todo, justificar su aspecto actual.

Durante la lectura iban surgiendo viejas preguntas, las mismas de siempre, me preguntaba, entre otras cosas, qué habían hecho los habitantes de Le Havre al salir de sus refugios subterráneos el 5 de septiembre de 1944, qué habían sentido al descubrir la ciudad por tierra: su estupor, su angustia. En las fotografías tomadas al día siguiente de los bombardeos, que Vanessa y yo reunimos y enganchamos en grandes hojas de papel grueso, la realidad física no tenía más que un aspecto invariable, el aspecto del caos, y me imaginaba a los que habían trepado a las montañas de escombros, apenas unos metros por encima de la ciudad hecha papilla, para orientarse, para distinguir la huella diáfana de los viejos barrios y discernir tal vez el plan urbano familiar donde la víspera se dejaban oír aún los ruidos de la calle, el golpeteo de las sandalias y las pelotas de fútbol, algunos se ayudaban de una brújula, otros recurrían a la trayectoria del sol. No era una tabla rasa, en absoluto: era algo muy distinto, porque las ruinas exhibían la destrucción.

Ante nuestros ojos –rímel turquesa en los de Vanessa, kohl espeso en los míos– las imágenes de archivo no tardaron en fundirse en una única fotografía, en ese «campo de ruinas» que es toda ciudad bombardeada, ya se trate de Hamburgo, Dresde, Grozni, Beirut o Gaza. Pese a todo, los topónimos que escribíamos al pie de las fotos o anotábamos en pequeños recuadros trazados con un rotulador punta fina se empeñaban en nombrar los lugares: «plaza de Saint-Roch», «rue de Paris», «boulevard François-I$^{er}$». Solo que no había allí ninguna plaza de Saint-Roch, ninguna rue de Paris, ningún boulevard François-I$^{er}$: eran nombres disfuncionales que habían perdido su facultad de designar, de distinguir un lugar de otro, meras coordenadas en el mapa de lo inubicable. Aun así, su propia persistencia sigue obrando en el espacio, nos llama al reconocimiento cuando todo ha sido reducido a cenizas, nos hace fruncir el ceño al ver tal o cual indicio familiar superpuesto al desastre, un cartel publicitario en la fachada de un edificio, por ejemplo Cinzano o Dubonnet. Vanessa examinó de cerca una foto de las ruinas del barrio de Saint-François, tratando de localizar el edificio donde vivía con su madre y su hermana Virginia, y poniendo

un dedo sobre el papel satinado exclamó: es aquí, es justo aquí. Poco a poco, a tientas, en un proceso afín al de la arqueología, los nombres reaparecían, recobraban su función, removiendo el lodazal, reactivando la cartografía de la ciudad fantasma. Los lugares están muertos, pero los nombres persisten, eso es lo que acabamos escribiendo, orgullosas de la formulación, aunque para las personas y los animales no siempre fue así, pues a veces su nombre pereció con ellos.

Recuerdo ahora que la última parte de nuestra exposición trataba de las víctimas de los bombardeos, de todas esas personas de las que no se habló gran cosa tras la guerra, que no fueron incorporadas a la memoria nacional: eran daños colaterales de la liberación del país, víctimas del azar, del destino, gente que se encontraba en el lugar equivocado en el momento equivocado, y puesto que los autores del bombardeo eran también los liberadores de la patria, aquellos muertos intempestivos aguaban un poco la fiesta, ponían una nota discordante en la celebración del país reunificado; postrados en un mismo trauma colectivo, los habitantes de Le Havre no tenían muchas ganas de echarse a bailar: lloraban a sus muertos y se preparaban para vivir los diez años siguientes en un pedregal de proporciones monumentales, realojados en barracones provisionales, con los pies llenos de barro.

Vanessa y yo avanzábamos a tientas por los archivos municipales, las hemerotecas y los registros civiles, pero nunca habíamos manejado documentos semejantes y por sencillo que fuera copiar una cifra y transcribirla en una columna, no era algo que pudiera darse por sentado: ¿había que ceñirse a la cifra de muertos?, ¿agregar la de los desaparecidos?, ¿separar ambos datos?, ¿tener también en cuenta a las personas heridas o profundamente traumatizadas que murieron poco después? ¿Cómo cuantificar temporalmente ese «poco después»? Y a los que se suicidaron diez, veinte o treinta años más tarde, porque nunca se repusieron del trauma de oír a su hermana pequeña pedir socorro en vano bajo los escombros o encontrar su casa pulverizada, con todo lo que había dentro, y acabaron por tirarse del puente de Tancarville con piedras en los bolsillos, ¿debíamos contabilizarlos? No sabíamos qué hacer.

La categoría de los «desaparecidos», en particular, era un quebradero de cabeza: un desaparecido es alguien que se encuentra entre la vida y la muerte, pero ¿dónde? ¿Englobaba esta categoría a los cuerpos que no se habían podido identificar, a los que una viga les había aplastado la cabeza, a los que habían volado por los aires en una explosión, a los que fueron quemados vivos? ¿O se refería más bien a quienes perecen en el mar, que no suele devolver a sus muertos? Al final contabilizamos 2.149 víctimas, orgullosas de haber obtenido una cifra exacta, sin aproximaciones, cuando podríamos habernos conformado con un «en torno a 2.000». Pese a todo, el cómputo tenía sus deficiencias, muchas personas no figuraban entre las víctimas mortales porque no hubo nadie que las buscara o notificara su desaparición, como fue el caso de tantos trabajadores llegados de las colonias que, al morir lejos de los suyos, no fueron contabilizados.

Oía el ruido de los pasos de Virginia, que iba y venía en la habitación de arriba, yo había cerrado *Otoño alemán* y estaba ya en otra cosa, recordando ahora una foto antigua o más bien una reproducción de esa foto, enmarcada como una obra de arte en una pared de la casa de Le Havre a la que nos mudamos cuando yo iba al instituto, una imagen grisácea, cenicienta como lo son a menudo las fotos de este tipo al ampliarlas: una calle de principios del siglo pasado, una calle en cuesta con un pequeño codo, el sol traza sombras en el suelo, por el que deambulan varias personas vestidas a la moda de la época, como apariciones, y hoy todo eso está muerto, todo ha desaparecido salvo una casa que sigue en pie, rotunda e inalterada, único punto de contacto temporal entre el Le Havre de la Belle Époque y la ciudad reconstruida en la posguerra, el único lugar de la imagen donde transcurrió el siglo xx por entero, la sola esclusa de ese río, y en su interior, mi habitación.

Las llaves del coche se deslizaron por la barra en cuanto bajó Virginia, que se las metió en el bolsillo y me preguntó a bocajarro si me quedaba alguna atadura aquí, en Le Havre, ahora que llevaba esos largos abrigos de parisina. Se había echado por los hombros el tartán de algún viejo clan escocés y se burlaba de mí, rubísima, con su hoyuelo socarrón. Le respondí en el mismo tono que no, que hacía siglos que no ponía aquí un pie y ya no me quedaba nadie, y fue ella quien pronunció la palabra que me rondaba desde el paseo por el dique: ¿ni un par de fantasmas? Me había vuelto a poner mi ropa seca y los botines, que se habían acartonado bajo el radiador, y me senté a la barra frente a ella: un tipo murió en la playa hace tres días, debajo del dique norte, ¿te enteraste? Se quedó de una pieza: sí, allí, allí enfrente, dijeron que estaba relacionado con el tráfico de drogas, ayer pasó por aquí la policía. ¿Lo conocías? Hice un mohín: ¿a quién? Ella insistió: al tío que encontraron, ¿lo conocías? Sus ojos de laca japonesa desprendían un fulgor liso. Era la tercera vez que me lo preguntaban hoy.

Quise dejarle mi tarjeta de visita, la que Blaise me había impreso según los cánones. A su entender, esta vieja herramienta social, que conjuga los datos de contacto de un individuo con su temperamento estético, dice mucho más que un perfil digital, un contacto de iPhone o un código QR fotografiado e incorporado al instante a la memoria de un móvil: es la huella física de un encuentro. Guardo unas cuantas en la cartera, tarjetas de actores desconocidos, de realizadoras e ingenieros de sonido, tarjetas de «voces» con las que colaboro y que nos intercambiamos al final de la postsincronización, bromeando sobre ese anticuado ritual japonés, a contracorriente de la era digital. Entre ellas hay una de mis comienzos, cuando grabé mis primeros audiolibros con Herminée y realicé mi primer doblaje. Yo era entonces la voz de una raposa de ojos rosados que entablaba con un lobo una hermosa relación interespecífica, un amor que los enfrentaba a los feroces aldeanos pero acababa triunfando: emitida

los domingos a las siete de la mañana en un canal de cable, esta serie de dibujos animados eslovacos fue la gran aliada de miles de padres que volvían directamente a la cama después de encender la tele y darle un biberón tibio a su criatura, sabiendo que se quedaría prendada de las imágenes.

A veces barajo ese mazo de tarjetas y los nombres desfilan ante mis ojos sin que pueda establecer siempre su correspondencia con un rostro, un estudio, un proyecto, y los nombres que ya no me dicen nada, los que se han quedado en la cuneta, por así decirlo, sin referente, cambian entonces de consistencia, se transforman, adquieren la extraña sustancia de los nombres de ficción, y no tardan en sonar como los seudónimos escritos en los pasaportes falsificados a la perfección de los agentes dobles, esos nombres sacados de la gran reserva de nombres libres, con suficiente margen, con espacio de sobra entre las letras y en torno a los números para introducir en ello los detalles de toda una vida, un color de pelo, un acento, una manera particular de peinarse, de besar o de beber. Son los nombres que preceden a los cuerpos. Virginia agitó la tarjeta entre los dedos y las dos nos despedimos en la puerta del bar, mis labios rozaron sus mejillas mientras hurgaba en el fondo del bolsillo en busca de ese otro pedacito de cartón oficial que me había dado el teniente Olivier Zambra.

# La golondrina

Fui yo quien lo llamó esta vez. Contestó al primer timbrazo, como si hubiera estado esperando mi llamada, y al momento tuve miedo de levantar sus sospechas, de haber metido una nueva moneda en la máquina de la desconfianza policial, pensé incluso en dar marcha atrás y pretextar una equivocación, una llamada accidental, pero el joven teniente respondió sereno, lacónico: dígame. Sigo en Le Havre, no he tomado el tren de vuelta, eso fue todo lo que alcancé a decir, y mis ojos vagaron por los muros del pequeño pasaje del centro en el que había ido a cobijarme de una lluvia infernal mientras Zambra insistía, muy serio: ¿hay algún elemento nuevo que desee aportar a la investigación? Apoyé la cabeza en la pared de hormigón, que despedía un olor dulzón a salitre y humedad, y murmuré que no lo sabía, que estaba un poco perdida, y esa confesión imprudente nos acercó de inmediato, era evidente que mi silencio ocultaba la información necesaria para identificar al difunto, una información que ni siquiera era consciente de poseer, Zambra contuvo la respiración, esperando oír lo que me había callado, alguna confidencia, algún detalle que podría darle un nuevo enfoque al caso, pero nada de eso salió de mis labios manchados de marmolina.

Le dije que quería ver el cuerpo, la frase me salió sin más –quiero ver el cuerpo– y me desconcertó un poco, parecía sacada de los diálogos de ficción que suelo grabar. Pero Zambra no lo entendió así, lo sopesó un momento y luego me propuso que lo acompañara al Instituto de Medicina Forense, la autopsia se hizo ayer y tengo cita allí a las cinco, está en Ruan, venga conmigo. Era una propuesta un tanto peregrina y no acababa de cuadrar con la imagen que me había formado de aquel joven adusto y escrupuloso, que se atenía a los procedimientos y articulaba las sílabas de forma exagerada, pero

me dejé llevar, aunque eso supusiera perder otro tren de vuelta a París, y al cabo de un momento un pequeño Clio negro frenaba a pocos metros de mí, mientras Zambra se inclinaba sobre el asiento del pasajero para abrirme la puerta desde el interior.

Nunca había estado en un coche con un policía. ¿No iban siempre en pareja, ustedes? Me abroché el cinturón. Para empezar, aquel era su coche particular, y en cuanto a su compañero, había recibido el alta en el hospital esa misma mañana. De hecho, vamos a pasar por su casa antes de tirar hacia Ruan. Lo sé, dije, se llama Vinz. Se llevó tal sorpresa que a punto estuvo de calar el coche en el cruce: tiene buena memoria para los nombres. Llevaba un impermeable abotonado hasta las orejas y el gorro perlado de lluvia. Una bolsa de plástico azul eléctrico se agitaba a mis pies. Centollos. Para Vinz.

En la rue d'Étretat el tráfico era escaso. Sin transición, o más bien como si hubiéramos llegado ya al meollo de la cuestión, le conté que la chica del Channel había estado a punto de reconocer al hombre de la playa, me las tuve con el cinturón para mostrarle el retrato robot y acabé por desplegar sobre mi muslo el papel que guardaba ahora en el bolsillo del pecho del abrigo. Me daba la sensación de haber hecho progresos en la investigación, pero Zambra se puso tenso. ¿Pretendía enseñarle a hacer su trabajo? La chica del Channel le había dicho exactamente lo contrario cuando la había interrogado y las fotos la habían dejado indiferente: hay que ir con cuidado, eso de «a punto de reconocer» no nos sirve. Me llamó la atención el «nos», que chirriaba un poco. Zambra me hablaba ahora de otra manera, como si en las horas transcurridas desde la mañana se hubiera desajustado alguno de sus engranajes. Lejos quedaba el lenguaje reglamentario que había aceptado emplear al entrar en el cuerpo: ya no se dirigía a mí como a una posible testigo más o menos implicada en un caso criminal, sino como a una especie de colega, y se me ocurrió que tal vez no estuviera exactamente de servicio sino operando por libre y de paisano para identificar al

muerto del dique norte antes de que otro departamento –la brigada de estupefacientes, sin ir más lejos– se hiciera cargo del caso, con lo que había que abreviar los trámites, aunque eso significara llevarme en su coche particular, pero no tuve ocasión de preguntárselo y salir de dudas.

Continuó en un tono de falsa desenvoltura, pues era un pésimo actor: hace una hora he vuelto a ver a Patrice Hauchecorne, me ha dado tiempo de sobra para tomarle declaración. ¿A quién? Me volví hacia él y lo vi ahora de perfil, con la nariz larga y baja y la nuez de Adán prominente, como si le hubieran plantado una segunda nariz en la garganta. A Patrice Hauchecorne, el descubridor del cuerpo, el operario de la excavadora, el tipo que nivelaba la playa la mañana del 16 de noviembre. Tamborileó con los dedos sobre el volante: habló usted con él esta mañana, hasta le dio a entender que era usted de la policía, eso no lo haga jamás, es un delito. Escurrí el bulto como pude: hacerme pasar por alguien que no soy, ¡vaya un crimen!

A mis pies, los centollos agonizaban en la bolsa, con sus largas patas de coral delicadamente entrelazadas. La superficie azul se agitaba, sacudida por turbulencias impredecibles, idénticas en todo punto a las mías, y aparté las piernas hacia la puerta para no tocarla. ¿Ya será capaz de cocinarlos, su colega? Me dijo que Vinz tenía que guardar cama pero que estaba con él su madre, que se ocuparía de la cocción: una buena olla llena de agua, un ramillete de hierbas, una pizca de sal gruesa, tapar, llevar a ebullición y tirar luego los centollos, doblándoles las patas y sumergiéndolos durante veinte minutos. A Vinz le vuelven loco, es una sorpresa. La próxima vez mételos antes en el congelador, para dormirlos, me oí decirle, tuteándolo, pero eso no suscitó en él la menor reacción.

Fue en el último momento, al apagar Zambra el motor, cuando me percaté de que habíamos subido ya el acantilado e íbamos rumbo al cabo, y me estremecí, con el corazón súbitamente desbocado. El teniente cogió la bolsa de plástico, me dijo que no tardaría y al cabo de un momento lo vi a través del parabrisas, restregándose educadamente los zapatos en un felpudo antes de desaparecer en una casita de madera repintada de color marrón. Me senté a esperar. El silencio del coche, un silencio lo bastante puro como para albergar una tormenta, me perforaba los tímpanos. Al cabo de un rato, sin pensarlo, me bajé, cerré de un portazo y caminé unos cien metros por la acera hasta llegar a la entrada de la Ponant, y cuando me encontré de frente con aquel gran naufragio de piedra varado en lo alto del acantilado, con su arquitectura abandonada que amenazaba con venirse abajo, supe que todo había terminado, que nadie volvería a pasar por allí, salvo la cuadrilla de demolición, los mayoristas de escombros, los conductores de volquetes y algún que otro promotor con prisa por derruir de una vez la Escuela de Hidrografía de Ponant, repartir el terreno en lotes y construir viviendas con las más fabulosas vistas del estuario.

Dejé el abrigo al pie de la verja, cerrada con una gruesa cadena, y me deslicé hasta el patio a través de los matorrales horadados por el viento. Todas las aberturas estaban candadas, puertas, ventanas y hasta el último tragaluz. Me colgué de los pestillos, tiré de las cerraduras, sacudí los picaportes y traté de entrar embistiendo con el hombro una puerta de madera, pero por más que lo intenté solo conseguí hacerme daño, la puerta no cedía. Caminé alrededor del edificio, pasé junto a la losa donde Craven desmontaba su Ducati Desmo los fines de semana, los hierbajos me empaparon otra vez los vaqueros hasta las pantorrillas –vaya día– y busqué alguna brecha por la que colarme dentro, orientándome sin vacilar, guiada por mi propio pasado; pasé junto al edificio de las instalaciones, un recinto de turbinas y cañerías donde habíamos recreado una sala de máquinas, un centro experimental para poner a prueba los motores, me pegué a los vidrios velados de polvo y cagarrutas de toda clase y traté de ver si las máquinas seguían allí, si el taller metalúrgico donde fabricábamos las piezas más pequeñas existía aún, pero lo

único que pude ver en la penumbra fue un montón de carcasas, y continué mi exploración hasta llegar a la entrada principal, donde fui a dar con otras rejas en las que habían fijado carteles de obra: «Prohibido el paso», «Área peligrosa», «Riesgo de caída».

Declinaba el día, una luminosidad ambigua bañaba la fachada y retrocedí para alzar la mirada hacia los pisos del internado, buscando la ventana tras la cual había pasado una noche, una sola, hacía mucho tiempo. Conté las aberturas, una de ellas estaba oculta tras unas persianas desvencijadas y distinguí los nudos de bolina en las cuerdas. Otros detalles acudían a mi memoria. El esmalte agrietado del lavabo, las brújulas, los ceniceros, la estrecha cama en la que me había tumbado de costado sin dormir, frente a él, tendido en la misma postura pero dormido, sintiendo en la cara su aliento cálido. Oía las olas romper en la base del acantilado, una de ellas descolló entre las demás, la sentí llegar, hermosa, orlada, rugosa, y lamió la piedra, barriendo con días y años, salvando el gran abismo e impulsándome hacia la carretera del Cabo treinta años atrás, a buen paso por la carretera, con mi pantalón rojo arremangado por los tobillos.

Es un sábado del mes de junio y yo me he inventado una historia para pasar la noche fuera, me he montado toda una peli, puliendo hasta el último detalle: un canguro en la rue du Chef-Mécanicien-Prigent, dos niños de nueve y seis años, chicos los dos, los padres volverán tarde y me han pedido que duerma en la casa, se lo cuento a mi madre, que está leyendo en el balcón, con sus gafas negras y sus pantalones vaqueros de pirata, el sol es un disco blanco, me dice que no había oído nunca el apellido de esa familia, quizá debería acompañarme, yo niego con la cabeza, iré a pie, mi madre se quita las gafas muy despacio, y chupando una de las varillas me mira fijamente a los ojos, no te acuestes muy tarde, su voz flota largo rato en el aire cálido y quieto, en su cara se dibuja una expresión extraña, distingo una sonrisa sibilina que debería llamarme a la prudencia, pero conservo la sangre fría, le doy un beso en la mejilla y tan pronto salgo a la calle y doblo la esquina, siento la ola que llega y me arrastra por las piernas, dolorosa y festiva, la ola que me apura el paso, la cita es en la Ponant, hay que subir a lo alto del

acantilado de la Hève, luego es todo recto hacia el oeste, y cuanto más me acerco más insiste la ola, presionándome el esternón, avanzo con el busto inclinado hacia delante, el aire se amolda a mi contorno y me transporta, con la camiseta pegada a las costillas, no estoy convencida de estar enamorada de ese chico, es algo mucho más intenso que eso, no sabría dar nombre a esa ola, ando pisando fuerte, golpeo el asfalto con mis sandalias y el sonido que me devuelve el suelo es la prueba de que lo que me está sucediendo es real, que esa cita es real, que ese chico es real, entre otras cosas porque ya no estoy muy segura de que la escena del billar fuera real, de tan milagrosa, de tan mágica. Fue en la sala trasera de un café de la rue Georges-Braque, al que los chicos de la Ponant bajaban en manada por las tardes, una mesa de billar que se había convertido en el epicentro de la ciudad, con los jugadores alineados al fondo, contra la pared, algunos con la nalga apoyada en un taburete de asiento brillante, con pátina por el uso, la mayoría de ellos haciendo caso omiso de la partida y hablando en voz baja, como si estuvieran en otra parte, como si aquello no fuera con ellos, pero cuando un revuelo de admiración ondeaba sobre la sala consentían en salir de la penumbra, con sus rostros perfilados por las lámparas, y entonces sus miradas tomaban nota de los poderes de la geometría, calibrando las velocidades, evaluando la fuerza de los impactos y los ángulos posibles, anticipando estrategias que podrían proyectarlos cinco o seis golpes más allá, y era entonces cuando él hacía su aparición, Craven, con sus uñas negras, sus ojos negros, su pelo negro, Craven emergía del claroscuro de la sala y todos lo veían encadenar un golpe tras otro, con calma, a su ritmo, contoneándose alrededor de la mesa sin perder nunca de vista el tapete tornasolado bajo la lámpara baja, ese verde que nos hería los ojos pero que a él le era amable, y se adueñaba así del juego, con el vaquero rozando el borde del marco, dando una tacada tras otra, a veces horizontal y rozando el fieltro con el abdomen, la barbilla alta, el codo doblado hacia atrás en ángulo recto, el taco deslizándose repetidas veces sobre su mano extendida, entre el pulgar y el índice, a veces de puntillas para preparar un tiro vertical que hiciera saltar la bola sin hacer un siete en la tela, los jugadores se reunían poco a

poco en torno a la partida, asomando la cabeza para ver mejor, el público se apiñaba pero reinaba un silencio tal que se oía a los espectadores respirar y tragar mientras las cosmogonías en miniatura se iban reconfigurando sobre el tapete, reduciéndose progresivamente al caer las bolas una tras otra en las troneras como caen los planetas en las profundidades del cosmos, y se las oía rodar luego por las entrañas de la mesa maciza de pesadas y toscas patas, haciendo resonar toda la estructura mientras otras esferas de resina se deslizaban hacia el vacío, como si conocieran su trayectoria de antemano y hubieran decidido con plena conciencia caer por el agujero, y en algún momento él se volvió hacia mí y me invitó a dar la última tacada, y entré en el halo de luz, deslumbrada, la jugada era fácil, tan fácil que muchos curiosos se retiraron, se alejaron hacia la barra mientras me inclinaba sobre la mesa, apuntaba y atacaba la última bola, un golpe seco, un choque puro, un chasquido y fui yo quien obró la desaparición final.

La carretera del Cabo es recta y ruidosa, las carrocerías de los coches centellean, las sombras son nítidas, la luz deslumbrante, las persianas de las casas están bajadas, el mundo que me rodea parece una pintura norteamericana, un decorado de película, es un sábado de junio a principios de los años noventa, la ciudad dormita allá detrás, la Mancha mediterránea, azul, iridiscente, mi padre va a bordo de alguno de los barcos que transitan por el canal y desconfía sin duda de esa balsa de aceite, sospechosa de tan plácida, de tan hermosa, volverá luego a casa agotado y subirá a dormir, y un coche pasará a recogerlo más tarde, bien entrada la noche, la radio VHF chisporroteará el lenguaje codificado que anuncia una salida inminente y mi madre habrá terminado el libro, mentirle fue fácil pero la carretera del Cabo es angosta, es un desfiladero, un estrecho, un derrotero arriesgado que conduce hasta la Ponant, lo veo ya sentado en los escalones y me alegro de llevar estos vaqueros rojos y esta camisa blanca, la ola adquiere velocidad, es rápida y ligera, Craven me besa en la boca, las manos con las que me acaricia la cara huelen a aguarrás y tiene los poros de la piel sellados por el fueloil diluido en la gasolina, me pregunta a quemarropa si sé guardar un secreto y justo entonces aparece un

estudiante de cuarto, lleva un jersey melocotón anudado en torno a los hombros, zapatos de punta, un fular metido en el cuello de la camisa Oxford, esta ciudad es el puto culo del mundo, dictamina, yo me voy a Deauville. Le contesto que yo prefiero el puto culo del mundo, Craven se echa a reír, la ola gana altura, me desprende del suelo, él me coge de la mano y entramos al edificio, subimos a los pisos de la residencia y llegamos a su cuarto, su compañero se ha ido de fin de semana, la habitación es toda nuestra, es enorme, luminosa a más no poder, la claridad es cegadora, no tardamos nada en descalzarnos. Le han contratado en un astillero de Montreal para unas prácticas de cuatro meses, se va en septiembre, en barco, festejará allí sus veintidós años, a la americana, sobre la mesa de caballetes hay unas cartas náuticas de un azul suave, surcadas de finas líneas negras, sólidas o punteadas, que representan las aguas territoriales y las rutas marítimas, Craven se acerca para mostrarme la ruta del buque cisterna que lo llevará hasta allá, un barquito de tres mil toneladas y noventa metros de eslora, con una capacidad de tres millones de litros, modesto pero marinero, de los que saben encajar la mala mar, nos inclinamos los dos sobre la carta, su voz se altera y recorre con la yema del índice la gran lámina que contiene el océano, zarpamos de Sète, cruzamos Gibraltar, atravesamos el Atlántico, viramos al norte, pasamos al sur de San Pedro y Miquelón, enfilamos por el estrecho de Cabot hasta llegar al golfo del San Lorenzo y remontamos luego el río hasta Montreal, yo le escucho, sigo su derrota sobre las aguas, la gran carta parece calma y serena, nuestros alientos se funden en la superficie, las partículas del aire se agregan alrededor de nosotros formando un islote de amor, un espacio inexpugnable donde permanecer unidos, nos besamos, desde aquella primera noche nos besamos, nos tocamos, nos acariciamos, nos llamamos desde cabinas telefónicas, nos dijimos pienso en ti, nos dijimos quiero volver a verte, ¿cuándo quedamos?, ¿qué haces?, pero nunca nos dijimos te quiero, la locución prohibida, el pequeño animal de grandes orejas del diálogo erótico, el chupete de las parejitas, esas parejitas de las que queremos desmarcarnos, sin contar que el hecho de no pronunciarla nos hace más fuertes y más libres, nuestros sentimientos no van a remolque de esa

declaración, son concretos como una piedra, reales como la proa que hiende las aguas. Son fiables. La carta está satinada y brilla un poco al sol que entra a raudales por la ventana, Craven abre una cerveza y el gollete pasa de su boca a la mía, luego descartamos esa interfaz amarga y nuestros labios se unen, se ablandan, se humedecen, yo le quito la camiseta, él me quita la mía, nuestros brazos se descruzan hacia el techo, los dos tenemos el torso desnudo, somos iguales, hay tanteo, turbación y deseo, las baldosas de cemento son muy duras para mi sacro y mis omoplatos, para mi occipucio, nuestros vaqueros acaban luego tirados de cualquier manera, las persianas bajan y, desnudos en la exigua cama, un poco como en una barca, atigrados de sol y sombra, nos examinamos mutuamente, la mancha color café que tengo bajo el pecho izquierdo, los tres lunares dispuestos en un triángulo isósceles que él tiene en la sangría del codo, ha caído ya la noche, subimos a la azotea del edificio con unas rebanadas de pan con mantequilla y un vino de mesa, la luz es de cianotipo, nunca he visto un cielo tan limpio, tan legible, las estrellas limpias, dispuestas como en un desfile, ningún sistema es más fiable que la navegación astronómica, es factual y matemática, nos tendemos de nuevo en el suelo y tratamos de localizar las constelaciones, las osas y demás moradores del zodíaco, *in vino veritas*, el vino nos corre por la barbilla, pero Craven no es tan docto en el negro de la bóveda celeste como en el verde de la mesa de billar, y yo estoy demasiado alterada para descifrar el firmamento, demasiado conmovida para ubicar la estrella Polar, inquieta por algo que me pilla ahora desprevenida, vuelvo a pensar en la mentira que le he endilgado a mi madre cuando estoy convencida de estar inmersa en la verdad, pese a todo, en la verdad cósmica, la verdad de los sentimientos. Ni se te ocurra desaparecer, porque te encontraré, le digo, como al descuido.

Lo que me sorprendió al regresar a la carretera del Cabo, más que el declinar del día, fue el volumen de ruido de los elementos. Era

como si acabara de salir al aire libre tras una larga reclusión en una cámara anecoica. Las luces de Le Havre titilaban entre los humos de la refinería, *Le Cotentin* salía ya del canal y Zambra aguardaba delante de la verja, con mi abrigo en brazos.

Lo primero que le pregunté fue qué le había sucedido a Vinz. Zambra, conciso como él solo, me lo resumió en una palabra: narcotráfico. Conducía despacio, con los hombros caídos, masticando una cerilla. ¿No lee los periódicos? Abarcó el estuario con una mirada panorámica mientras bajábamos por la avenida marítima: mire la rada.

Hacía años que contemplaba Le Havre desde la distancia, una ciudad oculta en un trasmundo, como un palacio en la niebla, pero no había permanecido ajena a los estudios sobre el proceso que había convertido su puerto en una de las principales puertas de entrada de la cocaína en Europa, a los reportajes que detallaban el *modus operandi* de los traficantes y trataban de describir las distintas complicidades y la omertà que imperaba en los muelles. Me impresionaban aquellos documentales rodados en inmersión absoluta, con sus buenas dosis de voz en off dramática, imágenes pixeladas y cámaras ocultas que sabían tocar la fibra sensacionalista, y ver el nombre de la ciudad en un artículo, a veces incluso el nombre completo, Le Havre de Grâce, me producía siempre una sacudida invisible, una emoción sutil, fugaz, que se esfumaba tras el primer pellizco. Pero sentada en el coche junto a Zambra y abolida toda distancia, me sentía atrapada por la historia, metida en el ajo, y quería saber.

Me volví hacia el mar. Por la rada navegaban siete buques, cinco de ellos portacontenedores, con lo que el horizonte tenía algo de catálogo naval, cuyos modelos aprendíamos aquí a identificar según su perfil, su forma, su color, un poco como otros niños aprenden a

reconocer los árboles: si hay azul en las chimeneas, es un barco griego; si el casco del carguero tiene una veta roja es que navega «en lastre», es decir, vacío de carga, de modo que aflora a la superficie parte de la carena, que a menudo se recubre de pintura antifouling de color ladrillo. Pero los portacontenedores no tienen perfil de barco, son otra cosa, una cosa flotante. El perfil de un portacontenedores no se parece a nada, es de hecho un perfil de caja de zapatos. Aun así, tampoco es que vayan de incógnito, presentan siempre sus credenciales: las navieras usan sus cascos a modo de pancartas publicitarias y pintan en ellos sus nombres en letras enormes, visibles a más de tres millas náuticas –Evergreen, Maersk, CMA CGM–, además del puerto de amarre y la matrícula en la popa. A menudo los puertos tienen nombres raros, a la vez desconocidos y míticos, nombres que poca gente sabría ubicar, asociar a un país o incluso a un continente, pero que relucen como botones luminosos en el planisferio del capitalismo globalizado, trazando nuevos esquemas de trayectorias e intercambios, una geografía de circuitos oscuros a la sombra de los parlamentos y los frontones de mármol. Nassau/Bahamas, Monrovia/Liberia, Port-aux-Français/Islas Kerguelen. Cajas de cajitas, eso son. Y cuando no se les llama por su nombre propio, se les designa por su capacidad de carga, «uno de diez mil contenedores» o «uno de quince mil», teniendo en cuenta que los más grandes pueden cargar más de veinte mil en sus cuatrocientos metros de eslora y sesenta de manga, proporciones que suelen dar pie a las consabidas comparaciones con estadios de fútbol o torres Eiffel. Algunos de ellos ni siquiera disponen de una cubierta y surcan las aguas como carritos de supermercado, meros recipientes móviles, con una carga que alcanza la altura de una montaña y la bodega distribuida según el peso de los contenedores y sus puertos de destino. Y por el puerto de Le Havre pasan cada año tres millones de contenedores, esa es la cosa.

Salimos de la ciudad por el estanque de Commerce y bordeamos el antepuerto pasando por la estación. Zambra había puesto el GPS y pensé que no debía ser de por aquí, que habría adquirido el acento de la ciudad al integrarse en su población, igual que los pájaros adaptan su plumaje a las estaciones y las épocas de apareamiento. Hacia el norte, cientos de casitas y algunos bloques de viviendas se escalonaban por la ladera de la colina, Caucriauville, Soquence, Graville, nombres de barrios que aparecían en el mapa luminoso encastrado tras el volante y volvían a desaparecer tras la superficie de la pantalla. Boulevard Winston Churchill. Boulevard de Leningrad. Una sucesión de hangares gigantes y aparcamientos desiertos, de fábricas en desuso con tímpanos de piedra, zonas de almacenamiento, almacenes de seguridad y oficinas inertes, pequeños talleres también, y gasolineras, distinguí a lo lejos una ristra de camiones aparcados tras altas alambradas, pero ni una sola figura humana, la zona era opaca, variopinta, y de repente, en un suspiro, el espacio entero se organizó en torno a las dos chimeneas de la central térmica, como si fueran ellas su epicentro, su foco primigenio, y busqué con la mirada los grandes depósitos situados a lo largo de las terminales petroleras.

¿Y qué le pasó a Vinz?, insistí. Zambra no habló hasta que salimos de la ciudad, la cerilla que mascaba había menguado y él no dejaba de mirar por el retrovisor central, como si, mientras estuviéramos en territorio de Le Havre, su jurisdicción, no pudiera decir palabra. Al principio procedió a cuentagotas, con frases cortas cuya secuencia me costó entender: Vinz había recibido un disparo en la clavícula durante un control rutinario que acabó mal, el tiroteo sucedió a plena luz del día, en aquella misma autovía de cuatro carriles, a la altura de la rue NicolasViallard, el coche de los traficantes amagó en un principio sus intenciones para embestir luego contra la barrera y en el último momento la ventanilla trasera bajó y asomó el cañón de un fusil, con Vinz en el punto de mira. Una escena sobrecogedora,

que podía ver en las redes si quería, «de película», añadió, como si la realidad se hubiera difuminado durante el atentado, resplandeciente de pronto, como si hubiera pasado a otro plano del universo, si bien la violencia que me describía era muy real y no tenía nada que ver con un videojuego, eran hombres armados de fusiles de asalto reales, armas eficaces y de fácil adquisición, que circulaban ahora por todas partes y podían comprarse por menos de dos mil euros en las afueras de París: Glocks y Kalashnikovs. Claro está que la prodigiosa cinegenia de Le Havre, esa puesta en escena de la mirada a la medida de toda una ciudad, asociada a la estética particular del puerto industrial, esa energía plástica, también jugaba su papel y alimentaba los imaginarios.

En realidad, para que yo entendiera lo que le había sucedido a Vinz –y Zambra parecía empeñado en ello– había que ver las cosas en sus términos más concretos. Y empezar por entender lo que le había sucedido al puerto, convertido a raíz del rápido crecimiento del tráfico de contenedores en una fábrica colosal de diez mil hectáreas, una zona de actividad logística donde se afanaban sin pausa los toros elevadores que manipulaban los palés, las grúas que izaban los contenedores y las carretillas que los apilaban y los desplazaban, donde había grúas pórtico de hasta cuarenta metros de altura y grúas portuarias gigantes que se deslizaban sobre raíles a lo largo de los muelles, amén de dos mil quinientos hombres para mantener todo aquello en marcha.

A vista de pájaro, aquella zona de manipulación y almacenaje de mercancías, diseñada para acoger y facilitar las operaciones de carga y descarga, racionalizar los costes y acortar los tiempos, parecía un área de juego infantil donde los contenedores eran bloques multicolores de Lego que se trasladaban día y noche. Pero no era precisamente un juego de niños: el uso del contenedor, que había revolucionado las formas del comercio internacional, había transformado también, cómo no, las del tráfico de droga, que había

encontrado por fin su instrumento ideal: un simple paralelepípedo de acero de dimensiones estándar, provisto de un suelo y una puerta de doble batiente, que una vez descargado y apilado entre otros de su especie es imposible de distinguir. Atrás quedaron las mulas aerotransportadas, la coca se exporta ahora en grandes cantidades, basta con que un par de tipos sobreexcitados metan los bloques comprimidos en grandes bolsas deportivas y las escondan en cuestión de segundos en algún contenedor de mercancías lícitas: aspiradores, bananas, zapatillas, lo que sea. Contaminado antes de salir, precintado con un sello falso que puede obtenerse por menos de mil euros, el contenedor se carga a bordo de un barco que suele zarpar de algún puerto de Latinoamérica. Pero una vez que llega a Le Havre, las cosas se complican: hay que extraer la droga del contenedor, sacarla de tapadillo de la terminal y enviarla a la región de París, y eso es harina de otro costal. Las terminales portuarias están bajo una estrecha vigilancia, hay cámaras sobre cada portón y nadie se mueve ahí dentro sin su credencial, los controles aduaneros se llevan a cabo sin previo aviso, con pastores belgas nerviosos que olisquean los contenedores sospechosos. Hay que actuar deprisa, en plan comando, y con precisión, y para eso se necesitan cómplices entre el personal del puerto, se precisan sobornos y amenazas, a menudo ambas cosas. Los estibadores controlan los muelles y son vulnerables, porque se encuentran en primera línea. Los tíos que habían disparado a Vinz eran unos desconocidos en la zona, debían de ser nuevos reclutas llegados de los alrededores de París como refuerzo y no dudaron en abrir fuego, lo más probable es que también ellos se jugaran la vida si no recuperaban la mercancía. Todo el mundo estaba bajo presión, y Zambra también, aunque no trabajara en las aduanas ni en la brigada de estupefacientes: lo que sucede en el puerto afecta a la ciudad entera.

Poco después del Stade Océane, la carretera se bifurcó para abrirse a un bucle de intersección de autopistas, pero nuestro

camino siguió más recto que nunca y el coche pronto empezó a deformarse, desplegando su otra función, no ya la de transportar a personas sino la de sentarlas juntas y hacerlas hablar, para la que los asientos delanteros detentan un poder superior a los traseros, porque en ellos la palabra se disocia de la mirada y va por libre, sin cabestro, es dueña de sí misma y sigue la carretera de un modo muy distinto, ya se escape por la ventanilla o choque contra el parabrisas para regresar amplificada. Zambra desconectó el mapa digital, que zumbó antes de retraerse a las profundidades del salpicadero, estábamos en camino, habíamos dejado atrás la ciudad, y fue entonces cuando me habló de Les Neiges, cuando pronunció el nombre de ese barrio cuya existencia conoce todo habitante de Le Havre, aunque muy pocos hayan puesto jamás un pie en él.

La noche anterior Zambra había pasado por el Balto, un bar de la rue des Chantiers, con las fotos del hombre del dique norte en un sobre. En Les Neiges todo el mundo se conoce, es una comunidad muy estrecha, y contaba con eso para pescar algo, alguna información. No tendría que haber ido solo, había sido una gilipollez, pero a Vinz le quedaba aún lo suyo para reincorporarse o tener un remplazo y aquel cadáver desconocido, aquel cuerpo sin identidad, supernumerario, comenzaba a ponerle de los nervios. De Les Neiges, de aquel enclave de cuatro calles en el corazón del puerto, entre las terminales de contenedores y la zona industrial, de aquel islote rodeado de dársenas y flanqueado de esclusas, Zambra no conocía mucho más que su leyenda perenne, la del antiguo feudo de los estibadores, el barrio mítico que había sobrevivido a la mutación del puerto: la ampliación de la terminal de contenedores arrasó con el barrio de chabolas de Bricard, el cierre de los astilleros vació los pequeños comercios, el crecimiento constante y cada vez más decidido del puerto hacia el estuario industrializó todo el sector y produjo un aumento del tráfico comercial. Los vecinos del barrio, unos mil ochocientos, vivían desde entonces junto a las rejas de seguridad levantadas alrededor de las terminales portuarias, irreductibles, solidarios, a despecho de una polución espantosa y de los vehículos pesados que circulaban a toda velocidad entre las vallas infranqueables, y del cierre de casi todas las tiendas: no

quedaba en el barrio más que una panadería, un colmado y un bar, el Balto.

Zambra daba por hecho que en un sitio así un poli entrometido solo podía despertar hostilidad, no era ningún ingenuo, ya contaba con las miradas asesinas, los gestos desafiantes y las mandíbulas prietas, eran gajes del oficio; lo que no había imaginado es que al plantar sobre la barra su placa junto a la foto del muerto no conseguiría arrancarles más que una sucesión de monosílabos negativos, ni una palabra más, ni un hola ni un carajo, ni siquiera una mirada que se prolongara más de unos segundos, nada más que un labio inferior que sobresalía, unos hombros que se alzaban y una espalda que se volvía. En la panadería le pareció que los ojos de una madre joven se detenían más de la cuenta en la foto, que lo meditaba y estaba a punto de decirle algo, sus iris de un azul líquido se posaron en los suyos, pero se interrumpió, como si hubiera cambiado de parecer, recogió el cambio y salió empujando su cochecito. Luego, cuando Zambra volvía al coche, un muchacho corpulento cruzó la calle a la carrera para interceptarlo y se detuvo a unos metros de él, con los brazos caídos y las piernas en ángulo recto, piérdete, a nadie de esta calle le apetece que le metan un par de tiros mientras se pasea por la ciudad, eso le dijo antes de volver junto a la joven del cochecito. Creo que ella sabía algo, mañana volveré con Bortsch, un colega veterano que conoce a todo el mundo por su nombre, no ha confundido nunca a un hermano con un primo y se sabe de memoria los parentescos de Les Neiges de las últimas tres generaciones, igual que los de Mont Gaillard y Mare Rouge. Sin embargo, al ver las fotos del hombre del dique norte, Bortsch se había mostrado dubitativo, barajó un rato las cartas de su legendario directorio fotográfico mental y masculló luego un «no» apenas audible, un no que no presagiaba nada bueno.

Y usted, ¿se ha acordado por fin de nuestro hombre? Me hablaba en un tono sereno que supuse impostado, un tono de cocción lenta,

estábamos llegando a Gonfreville l'Orcher, la refinería se alzaba allí al lado, indescifrable y nebulosa, como un edificio de Gotham City, como una ciudad a la sombra de la ciudad, bajé la ventanilla y respiré hondo, con la nariz vuelta hacia las torres de destilación, hacia aquel mecano de tanques y cubetas de decantación, de válvulas, escaleras y tuberías, cuajado de puntos luminosos y bocanadas de humo fulminantes. Su extraño hedor se metió en el coche, una mezcla de hidrocarburos, salitre y polvo, y Zambra me dijo que volviera a cerrar la ventana, que el tufo de la petroquímica le daba dolor de cabeza, y esperó a que se despejara un poco el ambiente antes de interrogarme de nuevo: ¿por qué ha querido ver el cuerpo a última hora? Le ha estado dando vueltas al asunto y algo se le ha ocurrido, ¿no?

Sí, le había estado dando vueltas. ¿A él qué le parecía? Apenas había pensado en otra cosa desde la mañana, pero mi reflexión había acabado adoptando la forma de una ciudad, de un primer amor, la forma de un portacontenedores. Me tomé mi tiempo, ecuánime –y creo que no muy mala actriz–, y me limité a responderle que al ver las fotos había tenido la sensación de que algo se me escapaba y se me ocurrió luego que si viera el cuerpo podría estar segura, que era una posibilidad: si captaba un fragmento del recuerdo podría reconstruir el todo. Esperaba ver algún detalle, algún detalle físico, concreto. De acuerdo, no habrá problema, dijo Zambra, que había sacado una nueva cerilla de la reserva que guardaba en el compartimento lateral de la puerta, pero que sepa que impresiona, ver un cadáver, añadió luego para curarse en salud. No es ninguna bagatela, téngalo en cuenta, yo solo le aviso.

Contrariamente a lo que he contado, sí volví una vez a Le Havre, hace diez años, para asistir al bautizo de *L'Hirondelle de la Manche*. Los prácticos del puerto acababan de comprar aquella motora rápida y compacta y me habían invitado a la ceremonia: yo era de hecho la madrina. El e-mail del presidente de la estación de practicaje me había pillado desprevenida: tenía noticias mías a través de mi madre y mi hermano y me felicitaba por la carrera que me había labrado lejos de Le Havre, mencionando de pasada mi participación en *Naruto*, unos dibujos animados que a sus hijos les encantaban (yo era entonces la voz francesa de Tsunade, princesa de las Babosas, una de las protagonistas de la serie, lo que durante unos meses me procuró unos ingresos estables y las miradas intrigadas de una Maia de diez años que, al ver el manga, no podía creer que yo guardara la menor relación con aquella guerrera rubia de rostro impasible). Por último, el presidente de los prácticos me preguntaba con suma delicadeza si aceptaría ser la madrina de su nueva lancha. Nos llenaría a todos de orgullo. Mi padre llevaba trece años muerto, yo no había vuelto a Le Havre desde que mi madre se había mudado a París, a casa de mi hermano, y cerré el ordenador sin responder.

Llegado el día, me acerco al borde del muelle seguida de Maia, con su peto blanco y sus zapatillas nuevas, desdentada, faunesca, y las dos juntamos las mejillas para hacernos un selfi que le enviamos a Blaise, cuidando de dejarle espacio en el encuadre a la lancha motora amarrada más abajo y aparejada para la ocasión, toda engalanada, con las guindalezas nuevas enrolladas en semicírculos

sobre el muelle, el casco de un rojo brillante, la cubierta impecable. Hermosa, recia, útil. Fiable como los sentimientos.

¿Ese es tu barco? Maia se inclina sobre el agua con temeridad, yo la alejo del borde sujetándola por el hombro con un gesto brutal y le pido que espere un poco, que la ceremonia está a punto de empezar. Del mismo color que el timón, la bandera verde con ancla blanca de los prácticos de Le Havre reluce ante nosotras, como una etiqueta clavada en mi memoria: reproducida a escala de sello de correos, era el lema común de los objetos de la casa de mi infancia, aparecía en el directorio telefónico, en los ceniceros y las tarjetas de visita, estaba estampado en el borde de los platos y el fondo de las fuentes, marcaba los boles y las servilletas de la mesa, flotaba por todas partes del piso y flamea ahora al viento en el puerto de Le Havre. Me vuelvo hacia Maia: sí, ese es mi barco.

El cielo está claro y sereno, pero el mar cabrillea y se ven finas crestas en la ensenada de La Mancha. A ojo de buen cubero, una mísera fuerza 3 de la escala Beaufort. Los invitados no tardan en llegar, en formación cerrada, hombres en su mayoría, delegados de la cámara de comercio y del ayuntamiento, de la subprefectura, de la federación de prácticos marítimos, de los empleados del puerto y, en medio de todos ellos, el cura, un hombre corpulento con el pelo al cepillo, un traje negro a lo Johnny Cash y una estola beis sobre los hombros. Los propios prácticos, acompañados algunos por sus esposas, componen el grueso de la comitiva, al fin y al cabo son los primeros interesados en esta joya náutica llegada de Carantec por mar y preparada para despachar miles de movimientos en el canal. Llevan traje y corbata y zapatos de cuero, parecen relajados y cuesta imaginarlos trepando de noche a cargueros por escalas de cuerda lanzadas por la borda o saltando, ágiles e intrépidos, de la lancha al portalón de un petrolero o del portalón a la lancha, midiendo las turbulencias y saltando sobre el oleaje, pero sí los veo en el puente de mando, pálidos, fumando sin cesar esos pequeños

cigarros asiáticos pestilentes en un silencio que podría atravesarse con un cuchillo durante una maniobra complicada, y los veo también dando órdenes al timón en su inglés técnico –*steady as she goes*– aunque sean ellos sus intérpretes y sus guías, algo así como los mediadores que dirigen los barcos a través del laberinto portuario, un trabajo que requiere conocer al dedillo la profundidad de las dársenas y la anchura de los pasos, saber medir la velocidad, dominar la inercia de las naves, reconocer las corrientes y las mareas y tolerar a todos los marinos del mundo.

Los más mayores se acercan a saludarme, me conocieron de adolescente y me dan sonoros besos: ¿te acuerdas de mí? Yo asiento con la cabeza, pues claro, aunque es algo más complejo que eso: no los hubiera reconocido nunca de habérmelos cruzado en una calle parisina, si sus caras me suenan es porque los veo aquí, reunidos en el muelle de la Marine, en su territorio, y eso es lo que me permite recordar sus nombres: Lechat, Kerbellec, Madinier, Bigot, Floch. Eran amigos de mi padre. Todos me dan noticias de sus vástagos, que tendrán más o menos mi edad y a los que debí de frecuentar en el instituto cuando vivía en Le Havre, hijos que han triunfado y que en algunos casos también se marcharon, a Australia, a Holanda o a París, luego se quedan mirando a Maia, que anda medio escondida detrás de mí, también ellos son abuelos, me dicen. Uno, tratando de recordar el nombre de *Naruto*, chasquea los dedos varias veces con el ceño fruncido y una mueca de dolor, joder, un chisme de esos japonés, un programa que ponen por la tele, échame una mano, anda. Caminan en pequeños grupos, sin perder de vista el magnífico bufé que han dispuesto sobre caballetes en el gran hangar, engalanado también con colgaduras, donde han instalado un par de micrófonos junto a las copas de champán. Se acerca la hora de la ceremonia y me dan una palmada en el hombro: bueno, ¿lista?

Estoy nerviosa, siento la presión. No dejo de pensar en el acto que he venido a llevar a cabo, el acto que justifica el viaje: lanzar una botella de champán y hacerla añicos a la primera contra el casco de la lancha. No es una ceremonia cualquiera, de pantomima folclórica no tiene nada, muy al contrario, está cargada de solemnidad y

superstición: me doy cuenta por la atención de la que soy objeto, por las miradas de reojo y los dedos que veo apuntando en mi dirección cuando me doy la vuelta. Un viejo práctico muy bienhablado me dice en voz baja que la gente ya puede cantar misa, pero la botella de champán no se rompió contra el casco del *Costa Concordia*, que naufragó en 2012 frente a la isla de Giglio. No vaya a errar el golpe, señorita, barco que no cata vino cata sangre. Tengo la boca seca. Sé por Blaise que hoy las botellas se sierran previamente y se lastran de plomo y se lanzan pulsando un botón, con lo que no hay manera de fallar ni motivo de preocupación, pero daría lo que fuera por haber practicado un poco, por haber entrenado y perfeccionado el movimiento. Ayer me reía aún con Blaise de este fraude de rito –como si los dioses pudieran dejarse engañar– y de todos esos amaños del destino, pero ahora mismo soy un manojo de nervios: si fracaso en el intento de desparramar el vino al primer intento y pifio el ritual, gafaré para siempre la lancha de los prácticos, alejaré de ella los vientos favorables.

Todo lo que se hace a la mar se bautiza. Con estas palabras comienzan los discursos: todo lo que se hace a la mar se bautiza, todo lo que se hace a la mar lleva un nombre, existe al amparo de un nombre. El público forma un semicírculo sobre el que los pañuelos de las mujeres dibujan manchas de colores vivos, distingo la gorrita roja de Maia entre hombros forrados de impermeables y aprieto en el bolsillo el papel que leeré yo, un texto breve en el que he querido evocar mi fascinación por los micrófonos y los walkie-talkies, y más aún por la radio VHF de mi padre, un objeto intocable y sagrado que, colocado sobre el banco del salón, señalaba su presencia en la casa, un instrumento al que yo atribuía un poder inmenso: una llamada por el canal 16 establecía conexión directa con la Cruz Roja, podía salvar vidas humanas en caso de peligro en el mar. Empiezo a leer alborozada, ligera, a contrapelo de la extraña solemnidad del momento, querría provocar risas, pero al describir la

pesada carcasa negra y compacta, su enigmática densidad, sus parpadeos luminosos, sus estridencias inopinadas, mi voz se quiebra y aprovecho que un mechón se me ha caído sobre el ojo para recobrar la compostura: esa radio es el objeto mítico de mi infancia, un objeto que respiraba como un hombre.

Terminado el discurso, enfilamos por la pasarela en dirección al pantalán, yo camino detrás del cura y el presidente de los prácticos, y nos sigue un fotógrafo de la prensa local apretando el disparador de su cámara. Llevo un vestido azul y sandalias de cordeles dorados y me he puesto un par de joyas, quiero rendir honor a mi barco. Veo que el viento se levanta, me temo que sus ráfagas asistirán también a la ceremonia: la lancha se escora un poco. La pequeña multitud se dispone a lo largo del muelle y, cuando alzo la cabeza, la veo inclinada sobre nosotros como desde el palco de un teatro. El presidente de los prácticos enumera las particularidades técnicas de la embarcación –doce metros de eslora, propulsión bimotor, una velocidad de treinta nudos, el casco hidrodinámico para navegar con mar gruesa– y luego recuerda, con sentimiento, que la golondrina es el ave de la renovación, la que anuncia la primavera, el reverdecer, la que trae suerte. La nuestra, añade, aclarándose la garganta, la nuestra debe su nombre y sus cualidades a los balandros de casco negro y velas blancas que en el siglo pasado navegaban por el Canal de la Mancha hasta el cabo Lizard para ir a buscar a los grandes navíos tras su travesía del Atlántico y guiarlos a puerto, barcos valientes y audaces, barcos serviciales y atentos. Paseo la mirada por los rostros de quienes escuchan, pensativos, nada desconcertados de que su nueva lancha esté dotada de cualidades humanas, de que se pueda tratar a un barco como a una persona.

Me sujeto el vestido que ondea al viento y le echo un vistazo a la

botella, pienso en mi padre y en su comunicador VHF colgado del cuello. Cuando el cura toma la palabra su voz de tenor resuena en el pantalán como si hablara a través de un megáfono, se dirige directamente a la lancha rápida, tuteándola sin miramientos: eres nuestra socia y nuestra amiga, confiamos en ti, en tus manos ponemos nuestras vidas, te apreciamos. El sol de junio ha acabado asomando, blanquecino y brumoso, y yo me siento inmersa en la situación, fundida con el instante, arrastrada por el fervor ambiental, no puedo dejar de mirar la lancha y he de reconocer que yo también empiezo a cogerle cariño a mi barco. Entonces, en un arrebato autoritario, el cura ordena a todos los prácticos presentes que cuiden de su lancha, que la veneren incluso, pues no es solo una embarcación, sino un vínculo entre los puertos y el mar, entre las personas y las aguas. Tiene la cara sonrosada, las mejillas bien rasuradas y relucientes como la seda y unas finas gafas metálicas con los cristales sucios. Antes de abrir la Biblia les pide a los marinos que se conserven humildes o, dicho de otro modo, empíricos y creyentes, y les insta a desempeñar su papel, a consagrarse al servicio, en el puente de mando pero a distancia, dando instrucciones milimétricas pero sin tocar nunca el timón, capitanes por unas horas pero sin autoridad sobre la embarcación, ese es su oficio. Luego se embarca en la parte litúrgica de la ceremonia, hojea su libro, las páginas se arrugan en la brisa, se humedece el índice con una gran lengua blanca para ir pasándolas y por fin pronuncia las palabras rituales, y cuando alza su místico brazo sobre la lancha motora para trazar una señal de la cruz de gran formato, los hombres se quitan la gorra y veo que Maia los imita despacio, intrigada, con los ojos muy abiertos.

Me acerco a la champañera, midiendo cada uno de mis movimientos, firme, concentrada, sostengo la botella en brazos como si fuera un lactante y me sitúo en posición, pero cuando estoy a punto de lanzarla, con el hombro arqueado en exceso, suspendo el gesto y espero, y el alto se prolonga lo suficiente para crear cierto revuelo allá arriba, en el muelle, deben de estar preguntándose qué hago, si me ha dado una ausencia o algo así, por qué me he bloqueado, pero me niego a dejarme dominar por la impaciencia

creciente, por esa irritación en la que intuyo también el hambre, las ganas de acabar de una vez con todo este ceremonial y correr hacia el bufé, quiero respetar el ritual, doy un paso atrás y recuerdo las viejas creencias, los conjuros, las supersticiones, espero el instante propicio, una tronera de sol en el cielo encapotado, un centelleo de grafito, cualquier señal que me indique que ha llegado el momento de romper toda continuidad, de estampar la botella contra el casco de mi embarcación para ponerla en movimiento, aguanto un compás hasta que una cinta de espuma blanca aparece para engastar el estrave de la lancha, supongo que ha llegado el momento, contengo el aliento y todos los lanzamientos posibles se reúnen en un único gesto, activo el dispositivo y la botella explota al instante, pulverizando añicos de vidrio y burbujas de alcohol como una especie de lluvia marina, mientras yo susurro para mis adentros: buen viento y buena mar, golondrina mía.

Los invitados se han agolpado en torno a la comida y Maia, deslizándose entre ellos, se atiborra sin ningún reparo, usando una servilleta de papel a modo de bolsa en la que hace acopio de canapés, pastas de té y cacahuetes mientras bebe una Coca-Cola tras otra. Le digo que nos vamos, que es hora de volver, que no se pierda. Unos cuantos prácticos se acercan a saludarme: has salido muy bien del apuro. Quieren brindar por última vez: ¡por *L'Hirondelle de la Manche*! ¡Por nuestra golondrina! Se les ve felices. Ha sido un buen bautizo, una bonita ceremonia.

El viejo práctico que, con toda su mala leche, me contó la historia del bautizo fallido del *Costa Concordia*, vuelve a escena mientras alargo la mano para que me sirva una copa de champán. Dale, dale, es lo mismo que le has dado de beber a *L'Hirondelle*, aquí todos bebemos lo mismo, dice altanero, pero intuyo que quiere aprovechar para charlar un poco conmigo. Salimos del hangar para fumar. El viento ha amainado y el cielo ha adquirido una consistencia densa, grumosa, de un gris fosforescente. Conocí bien a tu padre. Me

enciende el cigarro –la llama de su Zippo, de un azul de ultramar, desprende un fuerte olor a gasolina–, una vez nos tiramos al agua para rescatar a un tipo en el canal, en pleno invierno, lo sacamos juntos, ¿te suena la historia? Me vuelvo hacia él, sorprendida, le digo que no, que no me la contaron, debía de ser muy niña entonces. Maia remolinea a nuestro alrededor, me tira de la manga, insiste en ir a despedirse de la lancha, que se pondrá triste si no, habla tan alto que para escuchar al práctico tengo que acercarme a su pecho, a su voz pastosa, a esas cuerdas vocales dilatadas, cansadas como viejas gomas elásticas. Le apetece contar la historia y su cuerpo acompaña a su voz: estábamos volviendo de nuestra ronda, era aún de noche, y entonces vimos esa cabeza como una boya en el agua, con sus brazos correspondientes, un tío en mitad del canal, allá, frente al dique norte, así que nos tiramos de cabeza. Representa la escena, flexionando las piernas con los brazos estirados y la cabeza encogida entre los hombros. De un episodio así tendría que haberme enterado, supongo que habrá confundido a mi padre con algún otro, pero entonces, como si me leyera el pensamiento, se golpea el pecho y añade que mi padre y él recibieron una medalla por aquel salvamento, que salió incluso en los periódicos. Luego su discurso pierde fuelle, avanza ahora como en un sueño, remontándose en el tiempo, ambiguo: era un ruso que quería desertar, los de la flota soviética no desembarcaban en los puertos de escala, estaban bajo vigilancia y se quedaban encerrados a bordo, era la Guerra Fría. Mi cigarro se consume deprisa. Me fijo en que tiene los párpados bordeados de un rojo vivo, como si tuviera conjuntivitis o alguna irritación. Luego reanuda el relato con un recuerdo que no viene mucho a cuento: le gustaba mucho ocuparse de los barcos soviéticos, a tu padre, y era recíproco, los capitanes rusos lo apreciaban mucho, le hacían regalos, vodka, cigarrillos, me acuerdo incluso de un magnífico chapka de zorro que le dieron. Yo soy todo oídos, turbada por la aparición conjunta de mi padre como un pseudohéroe de novela de espías y ese gorro de piel que coronaba la cabeza de mi madre en los años ochenta, del que luego me encapriché yo como de una prenda noble, pues su procedencia me daba caché, el mismo gorro que veo ahora a veces sobre la cabeza

de Maia. El viejo práctico exhala un suspiro, ha concluido, su mano desaparece en su espesa cabellera blanca, el oro rosa de su anillo brilla entre los mechones, pero sus iniciales cinceladas en relieve en el engaste no bastan para grabar su nombre en mi memoria.

¿Y cómo es que nadie lo ha reclamado? Se lo pregunté a voz en grito, en el coche, sorprendida de mi propio tono de voz, y añadí más bajito: ¿a nadie le importa un carajo el tipo ese?

La carretera discurría por la parte inferior del acantilado, bordeaba la vieja muralla calcárea donde podía ubicar de memoria el abrigo rocoso y los yacimientos de fósiles, la cueva del Dinosaurio y su pórtico almendrado –mi pequeña zapatilla rosa pálido vacila a la entrada, temerosa y fascinada por igual, antes de atreverse a dar un paso dentro de la cueva–, y pasaba luego junto a los campos enlodados y los cenagales más allá de los cuales el Sena se desdibujaba y el agua era salada. Zambra hizo un mohín, pues sí, ayer justamente vino alguien a la comisaría, una mujer, fue Nadia quien la atendió y la verdad es que todo encajaba: su marido llevaba dos días sin pasar por casa, es decir, desde el 15 de noviembre, la noche de la proyección de *Quemar después de leer*, trabajaba de camionero para una gran empresa de transportes de Montivilliers especializada en contenedores de mercancías frágiles y delicadas; cargó en la terminal atlántica hacia las cuatro de la tarde para llevar unos microondas a la región de París, la entrega se llevó a cabo y el camión regresó a la cochera de Garonor. Tras lo cual no había dado señales de vida. La mujer reconoció que su marido lo hacía de vez en cuando, que a veces pasaba la noche en París cuando necesitaba un poco de «descompresión», pero dos noches seguidas no era normal. No respondía al teléfono ni publicaba nada en las redes. Cuando vio la foto del marido, que le mostró en el móvil, Nadia hizo venir a Zambra: sabía del hombre del dique norte y tenía una corazonada. Los ojos del joven teniente se posaron en la pantalla: el tipo se parecía bastante al hombre del dique norte. Podía ser el mismo. En un principio, Zambra pensó que tenía a su muerto y que

el móvil ligado al tráfico de drogas cuadraba bien: el camión, la frecuentación de terminales portuarias, los nexos con París y sus arrabales. Pero había que ser prudente, ir despacito, analizarlo todo con calma. Nadia seguía con su atestado y Zambra no se marchó, pero se mantuvo en un segundo plano. En lo que respectaba a la ropa que llevaba, la mujer no lo tenía muy claro, unos vaqueros, zapatillas deportivas, sí, es camionero, tiene que estar cómodo, pero no recordaba si llevaba una camiseta o una sudadera. Y cuando Nadia le preguntó si su marido tenía alguna seña distintiva, la mujer se fue por peteneras y le dijo que era un hombre serio, tranquilo, que tenía sus rabietas, pero era buen chico. Le gustaba el fútbol, era su pasión, y también se iba de caza con su padre por el Marais Vernier. Nadia la tuvo que encarrilar: no, no, por señas distintivas me refiero a las que tiene en el cuerpo, para identificarlo. Un tatuaje, un empaste, una cicatriz. La mujer parecía angustiada. No estaba segura. Después de tantos años conduciendo camiones, les dijo, el cuerpo entero es distintivo, los hombros, la parte superior del torso, los brazos, la nuca, todo se le ha ensanchado, se ha inflado, salvo las piernas, que ahora son mucho más delgadas, ah, sí, y también ha echado barriga. Entonces cayó, se acordó de que tenía una marca de nacimiento detrás de la oreja, un antojo en forma de hoja de roble. Detrás de la oreja derecha. ¿Es eso, una seña distintiva? Nadia asintió y Zambra supo en el acto que la identificación se había ido al traste: había estado en el levantamiento del cadáver del hombre del dique norte y no había visto ninguna marca en torno a las orejas, ninguna mancha en forma de hoja de roble. Ya casi lo tenían: la zona, el periodo, el parte de la desaparición, todo coincidía. Pero era solo un parecido físico, nada más.

Apareció entonces el puente de Tancarville, alto y largo, con sus cables negros y los pilares azulados a la luz del ocaso, Zambra aceleró y cruzamos el estuario, con el poniente arreciando contra el lateral del coche y ráfagas cargadas de lluvia que nos desviaban, descargando terribles latigazos sobre la carrocería, mientras minúsculas bombas de agua explotaban contra el parabrisas, formando cataratas que las escobillas eran incapaces de enjugar; avanzamos así bajo la turbonada, suspendidos sobre las aguas, en

suspensión y en suspense, porque el tramo central del puente vibraba como una hamaca, la luminosidad disminuía, cielo y tierra se diluían en una misma masa gris y la travesía me pareció mucho más larga de lo que recordaba, como si el río se hubiera ensanchado con los años, como si el puente se hubiese alargado en mi ausencia y fuera ahora una pasarela entre dos mundos. Luego, al descender, la lluvia y el viento amainaron y pensé que hay ciudades que ya pueden estar cerca de las grandes capitales, inmersas en el tráfico mundial y ligadas al flujo de mercancías y a los grandes ejes comerciales, que aun así tendrán siempre algo de apartadas, de distantes, de remotas.

¿Ha pensado en lo de las señas distintivas? Los faros de los vehículos que circulaban en sentido contrario alumbraban el habitáculo, que por unos segundos parecía un platillo volante muy amarillo, y el perfil de Zambra cambiaba bajo aquella luz, su voz adquiría un leve eco que amortiguaba sus preguntas: no me refiero al color del pelo, aunque sea rojo como el mío –río–, le hablo de las marcas inalterables, que ni el tiempo ni la ciencia pueden cambiar.

Pensé en Maia y en Blaise. ¿Qué habría dicho si hubiera tenido que denunciar su desaparición en una comisaría? ¿Habría sabido describirle a Nadia las marcas que le habrían permitido identificarlos sin sombra de duda? En el caso de Blaise habría ido directa al grano, apuntando a esa pierna más corta que la otra, la asimetría que dislocaba su figura y desequilibraba su andar, dándole de paso otra sonoridad, trece milímetros que habían moldeado sus movimientos y caracterizado su presencia. En el caso de Maia, en cambio, sin duda me habría extraviado y, como la mujer del camionero de Montivilliers, me habría apresurado a describirles algún rasgo de su personalidad, reacia tal vez a reducir a mi hija a la hoja de mangle que lleva en la cadera, un tatuaje que desató la cólera de Blaise, que al verlo sobreactuó su papel de tipógrafo quisquilloso, crítico con el diseño y la ubicación; habría recordado más bien la fogosidad que la

caracteriza, su intransigencia –si le hubiera hablado a Maia del tipo del dique norte, me habría respondido con total tranquilidad: pero qué rara eres, mamá, el fulano ese está muerto, no sabes quién es, no lo sabe nadie, es como uno de los cientos de seres humanos que se ahogan y aparecen al cabo de los años en alguna playa, gente en la que no piensas tanto, me parece a mí, y yo me lo habría tomado con humor y le habría respondido sin pestañear que sí, señorita sabihonda, que sí pensaba en ellos, en los otros y en este también, pero ella habría zanjado sin piedad, atándose la coleta: vale, este en concreto no te trae completamente al pairo porque es el tuyo, porque llevaba tu número, que es en cierto modo tu marca, tu etiqueta, pero ¿me estás diciendo en serio que piensas en los otros?–, habría visualizado su frente alta y despejada, sus ojos dorados y rasgados bajo los párpados eslavos, habría recordado su ternura eléctrica, su agudeza, el pánico que les tiene a los perros, y Nadia habría negado con la cabeza, impacientándose: no, una seña distintiva no es nada de eso.

Y no sé si fue el crepúsculo, el enrarecimiento del ambiente en aquel cochecito lanzado a toda velocidad, la presencia a mi lado de Olivier Zambra, el joven teniente encargado de investigar los decesos en la comisaría de Le Havre o el polen inmóvil que flotaba entre los dos, pero me acordé entonces del juego de la «máscara de carne», ese juego un tanto cruel al que tantas veces me entregué de niña, de adolescente, en cuanto asimilé la idea fascinante de que era posible cambiar de cara, de que los más grandes delincuentes del mundo podían cruzar el océano y ocultarse en Brasil para hacerse trasplantar en alguna clínica de cirugía plástica un rostro completamente nuevo, carente de toda historia y todo delito, para comenzar una nueva vida sin que nadie, ni su madre ni su perro, pudiera reconocerlos bajo su nueva identidad facial.

Eran los años de la serie televisiva *Los invasores*, los faros del coche de David Vincent perforaban la noche, los insectos volaban en sus haces de luz y los extraterrestres habían adoptado una apariencia humana, eran vecinos, colegas, amigos, se habían infiltrado en la Tierra, solo su meñique tieso los delataba y yo observaba de cerca todos los meñiques que me pasaban por

delante. Mi hermano tenía once o doce años y estaba sentado frente a mí en la cocina del piso de la rue Arthur-Honegger, aquella cocina estrecha, alargada, y entonces apartó su plato con el rostro impasible, me clavó una mirada fija, dura, y con una voz alterada, átona y algo cavernosa, me repitió muy despacio: yo no soy tu hermano, yo no soy tu hermano. Sostuve su mirada, la sostuve un buen rato hasta que me quebré, me levanté de la mesa tirando la silla al suelo y corrí por el piso, llamando a mi madre a gritos, presa del pánico, aterrada ante la idea de que unos aviesos desconocidos hubiesen podido adoptar la apariencia de mis seres queridos, de que unos clones desprovistos de cualquier emoción, unos topos enemigos profanadores de la identidad hubieran podido infiltrarse en nuestra familia nuclear, y aquellos farsantes se disponían a subvertir la tranquilidad de nuestro hogar sin que pudiéramos desenmascararlos o identificarlos, aunque a veces era yo la que me ponía la máscara de carne, y era una sádica despiadada con mi prima pequeña, que se deshacía en lágrimas, era un juego diabólico que hacía daño, que daba miedo, y siempre funcionaba. Y empezaba a preguntarme si el hombre del dique norte no sería la máscara de carne de algún ser querido.

No me sorprendió oír a Zambra concluir su relato cuando nos aproximábamos al peaje de Bourg-Achard, como si hubiera decidido devolver a su cauce una conversación que había ido un poco a la deriva, que se perdía en meandros constantes y se efectuaba tanto en los silencios como en las palabras. Fue para él un alivio no tener que comunicar a aquella mujer la muerte de su marido, era algo que ya había tenido que hacer y estaba encantado de ahorrarse, pero ahora tenían que lidiar con un tipo desaparecido, además del muerto del dique norte. Yo estaba esperando el epílogo: ¿Lo han encontrado, a su marido? El teniente respondió impasible: ha vuelto a casa esta mañana, fue una escapada, una juerga de alcohol, coca y prostitutas que lo llevó hasta Portugal.

Las personas desaparecían en situaciones alarmantes o sospechosas, otras eran descubiertas sin vida y sin identificar, y había que emparejar los nombres y los cuerpos, había que cuadrar las cuentas. Lo que carcomía a Zambra, y algunas noches hasta le desmoralizaba, eran los fallos en la gestión de datos, la imposibilidad de relacionar de forma sistemática una desaparición alarmante y un cuerpo no identificado, de cotejar la información de un cadáver anónimo en un instituto forense de algún lugar del país con la de un individuo inscrito en el archivo de personas buscadas, un monstruo informático con unos seiscientos cincuenta mil registros, que incluye a cualquier persona que sea objeto de una campaña de búsqueda o verificación, como los menores fugitivos, los delincuentes en busca y captura y los desaparecidos. Ansiaba disponer de una herramienta que unificara personas y territorios, un sistema seguro y centralizado que no dejara nada al azar. Pero las cosas no funcionaban así, no era tan sencillo. Había que confiar en otras herramientas. En las actuales circunstancias, si el camionero de Montivilliers no hubiera regresado, por ejemplo, Zambra habría acabado pidiéndole a su mujer algún objeto personal o alguna prenda de su marido para extraer la huella genética e introducirla luego en el archivo nacional de ADN, donde tal vez habría encontrado una muestra idéntica. Me enderecé y le pregunté por qué no le tomaban una muestra de ADN al hombre del dique norte, pero él negó con la cabeza: tenemos sus huellas dactilares, que tienen su propio archivo.

El sol se había puesto ya pero aún quedaba algo de luz, los pensamientos circulaban entre nosotros, soterrados, brotando del silencio a intervalos aleatorios, y fue así como Zambra agregó, unos kilómetros más adelante, con voz serena, que de todos modos, con el auge de la biometría y las redes sociales, cada vez iba a ser más difícil desaparecer voluntariamente.

El cinturón de seguridad me oprimió bruscamente el tórax y manoseé la hebilla para tratar de aflojarlo, Zambra me preguntó si

me encontraba bien y luego consultó la hora, llegamos en veinte minutos, pero lo que yo quería era parar allí mismo, en el arcén, o en la primera área de descanso, y estirar las piernas bajo la luz blanquecina de las farolas, respirar con las manos en la cintura, cruzar el aparcamiento hacia la sombra del sotobosque y caminar por el monte bajo susurrando retazos de frases que habrían podido arrojar algo de luz sobre lo que se cocía en mis adentros, *el cuerpo de un hombre*, *la vía pública*, *Le Havre*, *un asunto que le concierne*; habría contemplado esas palabras como pequeños islotes sumergidos en la cubeta del revelador, observando la evolución de la imagen latente a la visible, esa operación lenta, obvia, irreversible, prolongada hasta la aparición de Craven con mi número de teléfono en el bolsillo, Craven caminando por las calles de Le Havre, inclinado sobre la mesa de billar de la rue GeorgesBraque, con el pelo brillante bajo la luz amarillenta de la lámpara, descifrando la mesa y jugando luego con los ojos cerrados, Craven buscándome a mí como lo había buscado yo a él en el otoño de mis dieciséis años, aquel otoño de ghosting, quizá había leído el artículo en el que aparecía yo con mi vestido azul delante de *L'Hirondelle de la Manche*, seguramente había pensado en dejarme un mensaje en el contestador y había desistido en el último momento: quizá yo también había sido una célula durmiente alojada en alguna parte de su ser. El pasado no era una materia fósil, evolucionaba con el tiempo, flexible, dúctil, se transformaba sin cesar y se recargaba en el transcurso de la vida, el pasado seguía vivo, la autopista avanzaba ahora tierra adentro, en el interior del continente, la noche sobre Ruan era parda, levemente dorada, y absorbía los destellos de luz como papel secante.

Yo el pasado lo pillé en Ruan, un sábado de marzo, entre dos chaparrones. Tenía entonces ocho años, estaba a punto de cumplir nueve. Llevaba el pelo cortado en hongo, con el flequillo escalado, un pantalón de pana burdeos, un anorak rojo y un par de Clarks nuevos que había impermeabilizado con esmero esa misma mañana: si no llueve aún es que va a llover, y lloverá. Era un día atípico, había salido de excursión con mi madre, sin los demás, sin mi hermano: prepárate, que nos vamos a Ruan, me había susurrado sin mover los labios mientras se ajustaba su precioso abrigo de piel color coñac, de cuello alto y forro de raso rojo.

Ruan, apenas sabía a qué aludía esa palabra, Ruan no me interesaba, lo único que me interesaba a mí era mi madre. Las escobillas chirriaban contra el parabrisas, yo iba detrás, entre los asientos delanteros, ebria de alegría, el trayecto fue largo y al final mi madre giró y entró muy despacio en un aparcamiento, cruzando y descruzando las manos sobre el volante en busca de una plaza libre. En la superficie, tras una larga ascensión por una escalera de tramos cortos, el mundo resplandecía, todo goteaba y relucía y yo no detectaba aún nada especial, salvo por esa oleada de excitación que barre las ciudades de provincias los sábados por la tarde, ese frenesí vagamente rapaz asociado a la codicia, al gasto, al consumo. Le pregunté a mi madre dónde íbamos, qué íbamos a comprar, qué íbamos a hacer, la bombardeé a preguntas mientras ella probaba su paraguas: mis ojos no se despegaban de aquel mecanismo fascinante, las varillas metálicas que subían por el bastón y se desplegaban bruscamente, la tela azul celeste extendida de golpe en forma de cúpula. Respira el momento presente, me dijo.

Giramos hacia la izquierda por una calle sin aceras ni coches, la calzada no era de asfalto sino de adoquines irregulares y estaba

llena de gente. Una agüilla negra serpenteaba por el suelo, trazando una red hidrográfica cuya fuente no pude localizar. Yo iba con cuidado para no meter los Clarks en un charco, caminaba como un gato, brincando entre el gentío, y tal vez fuera mi confusión o mi estatura de niña –aunque era bastante alta para mi edad, un fideo zanquilargo– lo que me impidió ver antes el reloj que apareció de pronto ante mis ojos, encastrado en un marco de oro bajo el pequeño tejado de pizarra, un mecanismo a un tiempo científico y feérico que me intrigaba horrores pero parecía no importarles un pimiento a quienes me rodeaban, y a mi madre la primera, con ese aire de saber adónde iba, con su fino talle y sus tacones firmes, los bucles cobrizos rebotando contra sus omoplatos y el mango del paraguas sobresaliendo de la cesta para que yo lo cogiera, para que me colgara de él, mientras ahí enfrente el reloj se acercaba, se hacía más grande, me dio la sensación de que me estaba examinando, de que me había echado el ojo, la aguja giraba en su órbita de oro, el tiempo volaba, no debía dejar que se me adelantara, no debía perder a mi madre, que curiosamente aceleraba, alargaba el paso, y yo en su estela, pegada a su cintura, hasta que de pronto me vi aspirada bajo el reloj, bajo el engranaje de las horas, exactamente bajo la pulsación del tiempo, fui abducida por su compás y cuando salí del pasaje al otro lado, el mundo había cambiado, las casas eran de madera, estriadas de rayas marrones, a veces rojas o grises, las metí todas sin distinción en el saco de la Edad Media de mi manual escolar, y más allá –se anunciaba en la sombra que proyectaba sobre mí, sobre la calle, sobre la ciudad entera– vi una iglesia como una montaña desprendida de su cordillera, con sus cimas y sus crestas, con sus desfiladeros y su encaje de piedra, y en un instante de deslumbramiento tuve la certeza de haber pillado el pasado.

Respira el momento presente, me dijo mi madre, respira. Yo me había criado en una ciudad que no se parecía en nada a las demás, una ciudad cuya singularidad ya podía percibir. A las visitas –a

menudo esas mismas que nos daban la tabarra en la estación para ir a ver el mar– se les quedaban los ojos como platos al descubrir el gris de la ciudad, el del estuario y el de la Mancha, el de las fachadas de los edificios de Perret, el del cielo y el humo de las chimeneas, aquel gris general, como si el lugar hubiera sido purgado de todo color, cuando en realidad era de un gris mágico que los retenía todos y los difractaba, un gris irresoluto, mitigado, vacilante. Creían que su asombro se debía a la fisonomía de la zona, a esa aridez a la que no estaban acostumbrados, a esa fealdad política que recordaba a la ciudad comunista, a la ciudad anterior al liberalismo, la de una ciudad al final de las vías que no avanzaba en la misma dirección de la historia, y se cebaban luego con la uniformidad de los bloques de viviendas, con su austeridad, con la rugosidad de unos muros contra los que más valía no apoyar la mejilla, deploraban la ausencia de árboles y la presencia de funestos búnkeres junto al mar, hacia la Hève. Las más groseras de aquellas visitas afirmaban que no era la ciudad más alegre del mundo; las más corteses peroraban sobre las grandes rivalidades del hormigón –Perret y Niemeyer, la línea recta y la curva, el gris y el blanco, el formalismo y la sensualidad– y el inconsciente neoyorquino colectivo que hacía del campanario de la iglesia de Saint-Joseph un pariente bajito del Empire State Building, pronunciaban eruditos discursos sobre la ciudad en su conjunto, prima lejana de Chandigarh y de Brasilia, una ciudad representativa de un momento en el tiempo, cuyas capas históricas resultaban invisibles, pues yacían apisonadas en el subsuelo. Pontificaban sobre todo eso con mucho gusto, pero a mí me daba que en el fondo nos compadecían.

Respira el momento presente, me dijo mi madre, respira. Vivíamos en un edificio reconstruido en la plaza del ayuntamiento, yo tenía la habitación forrada de papel de pared psicodélico naranja con grandes flores blancas y el hormigón era la materia prima de mi existencia. En mi barrio el pasado era invisible, me estaba vetado, y

no tenía de él más que una idea bastante vaga. De la ciudad *de antaño* quedaban apenas cuatro huellas que estimulaban mi temperamento de investigadora: un lado de la catedral, la fachada con el peristilo del palacio de justicia y, en el boulevard de Strasbourg, aquel edificio de estilo haussmaniano, con su escalera oscura y su chirriante parqué.

El segundo chaparrón dispersó a la multitud, la gente desapareció en las tiendas o se cobijó bajo los pórticos, la calle se vació y yo me quedé plantada en la plaza, en el mismo centro del pasado. Llovía sobre mis Clarks, que iban a estropearse y acabarían bajo un radiador, rellenas de papel de periódico, me había olvidado de que llevaba el pantalón de mis sueños, un Cimarron de pana burdeos que había conseguido tras dura pugna con mi madre, y en el bajo de mi anorak se iban formando goteras, pero no me moví.

La forense de Ruan, la «tía que lo petaba» y despertaba la admiración de la policía judicial, los reporteros de sucesos de la prensa local y los curiosos que merodean en torno a los precintos policiales, la responsable del levantamiento del cadáver del hombre de la playa, se presentó con una bata blanca abierta, unos vaqueros crudos y un jersey sobre una camisa de hombre a rayas, retaca, menuda pero ancha de espaldas, con una trenza de pelo castaño y un físico juvenil que contrastaba con las figuras pintorescas que suelen gastar los forenses en las series televisivas, con su pelo negro azabache y su argot truculento, no tenía esta mujer nada gótico, ningún entusiasmo por la muerte, era de una especie felizmente más sobria, hasta espartana, a juzgar por la corriente de aire frío que barrió el rellano cuando se dio la vuelta, abriendo un canal de viento que remonté yo la primera, con Zambra detrás, un pasillo estrecho con las paredes forradas de estanterías llenas de archivadores y expedientes numerados con rotulador negro.

Se llamaban por sus nombres de pila, Olivier y Rym, y se trataban con familiaridad, como dos personas que trabajan juntas, como dos compañeros que comparten la intimidad de la investigación policial. Trabajaban a menudo en la misma zona –Rym acudía desde Ruan cuando había que levantar un cadáver en Le Havre– y, con menos frecuencia, aunque se había dado el caso, en la misma sala de autopsia, cuando Zambra era el agente judicial solicitado por el fiscal. Hablaban el mismo idioma, se entendían a la primera, contrastaban sus hipótesis y se movían por añadidura en la misma franja etaria, una treintena solitaria y llena de vigor, los dos eran solteros e independientes, pero se resistían a la idea de sentar cabeza. Los imaginé llamándose por teléfono varias veces al día, Zambra porque necesitaba urgentemente algún detalle sobre un

cuerpo, ella requiriéndole más pormenores sobre la investigación cuando la autopsia le planteaba alguna duda. La idea de que fueran amantes también me pasó por la cabeza.

La jornada tocaba a su fin, Rym se interesó por la salud de Vinz y luego se repantingó en su sillón para pintarle a Zambra el «cuadro» de su turno de guardia, mientras rellenaba el depósito de su vapeador. No había sido especialmente plácido –eufemismo gélido–: había encadenado una consulta tras otra sobre incontables requerimientos judiciales, el examen minucioso de las marcas de violencia sobre la piel de una mujer agredida por su pareja, la revisión médica de un bebé con síntomas de SBS (síndrome del bebé sacudido), la auscultación de una adolescente a la fuga que meaba sangre y tenía vértigos y presentaba cuatro manchas negras en la espalda, dos en los omoplatos y dos en los riñones, equimosis, había solicitado un escáner para diagnosticar posibles fracturas, el hermano de la chica le había hundido una silla en la espalda para sentarse luego sobre ella y fumarse un porro, oyéndola sufrir y suplicarle, y era un chaval que podía pesar cien kilos tranquilamente, mientras que ella era del género pajarito, no se le había ocurrido otro medio para impedirle «salir por ahí a hacer la puta», el examen ginecológico había sido un drama, la chica toda tensa, con los ojos clavados al techo y las lágrimas corriéndole por las mejillas, angustiada por las represalias de su familia una vez demostradas las violaciones de aquel mismo hermano y sin saber adónde ir; de momento la he puesto en observación en el hospital… pero luego ¿qué? En contra del tópico, la medicina de los vivos le interesaba mucho más que la de los muertos. Hojeó una agenda de gran formato, con la barbilla apoyada en la mano, y buscó una fecha para ir a París con Olivier a ver a Patti Smith en concierto, aún no lo tenía muy claro, entre semana lo veía difícil, que las noches cortas se pagaban en cash. Olivier le dijo que él se encargaba de todo, que

irían en coche, que solo tenía que dejarse llevar, pero ella le cortó en seco con un ya veremos.

Acababa de salir de una autopsia agotadora, aunque sin mayor complicación: un joven de veintisiete años que se había suicidado a las dos de la mañana en el patio de la finca de su familia metiéndose en la boca el cañón de una escopeta de caza, el disparo le había reventado la cabeza, había leído el informe del levantamiento y había preguntado por la posición del cuerpo en relación con el arma antes de proceder al examen, conteniendo la inercia de la rutina pero sin dejar de ser sistemática, con la investigación policial presente en cada uno de sus actos, guiando la revisión entera del cuerpo.

Quería que la escucharan y mi presencia no parecía incomodarla, al contrario. Relató la autopsia sin gesticular en absoluto, sin expresar con las manos ningún espacio o sentimiento, ningún vacío, ningún sólido, ciñéndose estrictamente al lenguaje. Eran dos en la sala, ella y una practicante buenísima que la auxiliaba en el examen. Juntas habían sacado el cuerpo de la funda, habían acabado de desvestirlo y habían descrito y guardado su ropa, para tomar a continuación todas sus medidas, fotografiarlo y comenzar el examen externo, comprobando la rigidez y el color, pasando los hisopos por las palmas de las manos para recoger cualquier residuo de pólvora y colocando compresas bajo las uñas para ver si contenían el ADN de otra persona; Rym tomó nota de la cianosis de las uñas y un hematoma en el brazo izquierdo, pasó luego a examinar el rostro ausente –habían encontrado el cerebro cerca del cuerpo, pero el cerebelo seguía en su sitioy notó la cabeza tan flácida entre sus manos que aconsejó su inmediata colocación en el ataúd para ahorrarles aquella estampa a sus seres queridos: el cuerpo no estaba presentable, desde luego que no. A continuación se había dedicado a las chorradas de siempre, haciendo incisiones en el cuerpo en busca de hematomas profundos, allí donde se agarra la

gente cuando pelea –la cara interna de los brazos– y comprobando si lo habían sujetado por las muñecas o por otra parte y, concluidas estas verificaciones según el orden establecido, había comenzado la autopsia propiamente dicha. Abrió el cuerpo de un tajo firme y desplegó el abdomen, separando el espesor azafrán de los tejidos como el forro de un primer manto. Mientras la practicante empezaba a coser como podía lo que quedaba del cráneo, con la mano metida dentro como en una bolsa, Rym seguía rebuscando en los estados anteriores del cuerpo, todo está lleno de indicios, repetía, dejando claro sin embargo que esa técnica rigurosa, atenta, centrada en los interrogantes de la investigación, no era lo que a ella le interesaba: cuando abro un cuerpo, en cierto modo todo ha terminado, dijo.

Como siempre, Rym abrió el abdomen con los fórceps, quebrando los huesos –operación que precisaba fuerza física y destreza a partes iguales–, sacó la sangre de los pulmones, los aireó y fue vaciando el cadáver metódicamente, órgano por órgano, vasos y cavidades; el cuello, más sensible, lo guardó para el final. Pesó luego cada órgano y lo cortó en varios trozos, uno de los cuales se destinaba a otras pruebas, y con todo ello llenó tres sobres precintados para enviarlos a otros departamentos –anatomía patológica, toxicología, genética–, archivando y consignándolo todo y sin dejar de fotografiar, registrar y anotar para dar fe de que la autopsia se había realizado correctamente y poder responder de ella si se cuestionaba diez años más tarde.

Zambra, mascando ostensiblemente la enésima cerilla y algo sorprendido por el largo informe enunciado con tal nivel de detalle, quiso saber qué había sido tan difícil si «todo cuadraba», llevas mucho tiempo haciendo autopsias y es cierto que esta no era ningún paseo, eso saltaba a la vista, pero aun así parecía relativamente sencilla… se estaba atropellando. Rym lo fulminó con la mirada, se levantó y, dándonos la espalda, se acercó a un hervidor de agua que burbujeaba y dijo que un cadáver sin rostro era siempre un calvario, que solo había podido trabajar aislando sus partes, porque era imposible captar el cuerpo en su totalidad: una cabeza sin rostro cambia el examen, incluso para mí.

Imprimió un documento de unas diez páginas que le tendió a Zambra distraídamente, murmurando que lo de la playa era a todas luces un homicidio y que el tipo había muerto entre las dos y las cuatro de la madrugada del día 15. El cuerpo no fue desplazado ni arrastrado por los guijarros: no se ha encontrado ningún resto de caliza ni de sal en sus ropas, se mordía las uñas, eso es todo. Luego su mirada se posó en mí: ¿y a usted qué le pasa? Sobresaltada, me presenté: soy la titular del número de móvil que encontraron en el bolsillo del muerto. Zambra le aclaró que no había reconocido al hombre en las fotos, pero esperaba acordarme de algo más en presencia del cadáver. Ella se puso tensa: Oliv', tendrías que tener un motivo más sólido, esto no es un tenderete de feria, es cosa seria todo esto. Tomé entonces la palabra, le dije que pensaba en un hombre que había tratado a los dieciséis años durante unos meses y que hoy tenía cuarenta y nueve: ¿cómo podía reconocer a alguien cuyo rostro había envejecido hasta resultar irreconocible?

No tendría que haber encendido el móvil al subir al tren en Ruan. Tendría que haberme arrellanado en un rincón para rendir mi cuerpo al traqueteo ferroviario, echar la cabeza hacia atrás y descansar de todo aquello. Una alternativa más laboriosa era la de poner en claro lo sucedido, separar los episodios y reordenar sus elementos: Zambra, el Channel, el tipo de la excavadora, el bar Les Sirènes. Craven. Pero en lugar de eso he sacado el teléfono como un autómata y todo lo que estaba a punto de tomar forma ha vuelto a escurrirse al fondo del agujero. Una andanada de mensajes de texto me ha devuelto a París: una grabación cancelada en Radio France, la confirmación de la cita con Herminée el lunes 21 en Pantin y, lo más sorprendente de todo, la propuesta de una nueva prueba para el doblaje de Carey Mulligan, esta vez en París. Un mensaje de voz de Blaise me informa de que había pasado a buscar la espada nueva y solo entonces recuerdo –con una punzada en el alma– que Maia cumple hoy veinte años.

Me había olvidado del cumpleaños de Maia. Me había olvidado por completo. Se me había ido de la cabeza. Al salir del cañón de Ruan le envío un mensaje de texto a Blaise, llego en dos horas, me responde que me verá en casa, con la espada. El florete, le corrijo. Eso, el florete. Y la careta. La careta también la pillo. ¿Y a qué hora llegas? No me esperes, tengo que pasar por la imprenta a la vuelta de Livry-Gargan. Me da la sensación de que Blaise intenta escaquearse y contraataco de inmediato: iremos juntos, te acompañaré. Nada partidario de los gestos altisonantes o las celebraciones obligatorias, enemigo acérrimo del autoritarismo indelicado de las fiestas sorpresa y las desmesuras de los cumpleaños infantiles –padres desbordados, salas privadas en el McDonald's, payasos estresados, karaokes de voces blancas y un

vertedero de regalos carísimos que el joven cumpleañero desenvuelve en cadena, colorado y brutal, en un estado de tensión extrema–, Blaise trata siempre de eludir estas celebraciones, «ausentándose de París» o pretextando una migraña y guardando cama en nuestro dormitorio.

Aun así, hace tres semanas me acompañó a Prieur, la tienda de esgrima de la rue Gassendi, a escoger un florete para Maia, y hasta se tomó el tiempo de hablar de metalurgia y armería con el joven dependiente, si tenía que armar a su hija quería saberlo todo sobre esos floretes fabricados al sur de SaintÉtienne, en unos talleres de larga tradición que combinaban el yunque y el martillo con la investigación tecnológica más puntera, sobre esas hojas de renombre internacional forjadas en maraging –una aleación de acero y níquel–, a un tiempo duras y dúctiles, capaces de doblarse como ramas de sauce. Se pasó un buen rato estudiando las ranuras del metal, midiendo con los dedos la sección transversal de la espiga y tratando de entender dónde se colocaba el cable eléctrico, antes de encargar un florete de guarda roja lateralizado a la izquierda, al que yo añadí una careta para proteger la cara y el cuello de Maia.

Me había olvidado por completo del cumpleaños de Maia. La pulsera de identificación de plástico rosa pálido que ciñó su muñeca hace veinte años está guardada en alguna parte, en una cajita de hojalata, entre joyas rotas, botones y monedas extranjeras; su nombre, su apellido y su fecha de nacimiento siguen siendo legibles, pero esa carita aturdida, morada, arrugada, esa carita que se volvió hacia mí al instante de nacer, mientras yo me repetía acuérdate, justamente, acuérdate de este momento, esa carita se desdibuja, y si dentro de un rato Maia me preguntara de improviso, sin darme tiempo a quitarme el abrigo o dejar mis cosas, sin esperar siquiera a que la abrazara y le diera un beso –feliz cumpleaños, Maia–, sino de pie en la cocina, bebiéndose un litro de leche con las nalgas apoyadas en el fregadero: mamá, ¿cómo era yo cuando nací?, la

escena siguiente sería lamentable, yo me mostraría evasiva, no dejaría de balbucear y andarme con rodeos, y acabaría yendo a buscar la única foto suya que tomamos después del parto, para que viera el mono amarillo canario tejido en punto bobo, el gorrito de lana doblado y esa pulsera que impedía confundirla con cualquier otro bebé de similar talla y semblante: me angustiaba la idea, tenía miedo de no reconocerla en cuanto la alinearan con los demás recién nacidos, me repetían una y otra vez que mi instinto maternal me guiaría de forma natural hacia mi hija, pero no me lo creía. Y sé perfectamente que una sola foto no le bastaría, que trataría de ir más al fondo, y después de escucharme con esa atención de platino suya, que nada podía romper, sospecharía alguna clase de pereza mnémica por mi parte o, peor aún, un olvido. Mamá, ¿cómo era yo de recién nacida? Aquella noche, pese a haber llegado hasta la última frontera de mi cuerpo, a ese linde biológico que solo se alcanza en las experiencias límite, no dormí: un rayo de luna bañaba la habitación, el armazón de la cama reverberaba con una luz plateada y mis sábanas eran de una blancura estroboscópica. Por fin había visto a mi pequeña desconocida.

A finales de los años ochenta, cuando comenzaron mis trayectos de ida y vuelta semanales, este tren era un Corail con asientos de escay color caramelo y cortinas plisadas de yute naranja, era el «tren de las seis de la tarde», el del domingo por la tarde, el de los estudiantes y los soldados, y había un buen jaleo en los compartimentos, los pasajeros fumaban y bebían cervezas, algunos estudiantes repasaban sus asignaturas, otros concebían estrategias para sentarse al lado de su objeto de deseo, y a medida que nos acercábamos a París se iba desvaneciendo la ciudad que dejaba atrás y me iba olvidando del mar, de los barcos, de la vida en familia, de la bruma del fin de semana. Lo único que no me abandonaba nunca era Craven.

El tren me transformaba, por el camino una parte de mí se

convertía en otra chica: en Bréauté Breuzeville fumaba con el cigarro bien hundido entre las falanges y seguramente tenía ya la voz ronca y el verbo ágil de las mujeres que se acuestan tarde; en Yvetot me ponía kohl en torno a los ojos y unos pendientes de aro en los lóbulos de las orejas; en Ruan sacaba mis libros –*El 18 de brumario de Luis Bonaparte* de Marx, *Calle de las tiendas oscuras* de Modiano, *Papeles pegados* de Georges Perros, que transcribía en un cuaderno– y los kilómetros de vía iban obrando la transición, bosquejando mi personaje, y más tarde, en la estación de Saint-Lazare, en aquel vestíbulo inmenso como la noche y poblado de siluetas borrosas, sombrías, me soltaba el pelo y me cambiaba de lado el bolso que llevaba en bandolera. El sábado siguiente era el mismo Corail en sentido inverso, me hacía un ovillo en un asiento, con el jersey que apestaba a tabaco y a sudor nocturno, tenía dos horas para ponerme presentable, para limpiarme los ojos, refrescarme el aliento y volver a ser la misma persona que el domingo anterior. Al primer vistazo –ese vistazo que las dos temíamos por igual– mi madre me encontraba cambiada. Mi padre relativizaba: cada vez que viene la notas cambiada, pero es que se está haciendo mayor, es normal. Mi madre negaba con la cabeza: no, no se está haciendo mayor, se está convirtiendo en otra persona, que es distinto. Con el paso de los meses mis estancias en Le Havre se hicieron más cortas y menos frecuentes, y los paréntesis cada vez más largos entre ellas suscitaron en mi madre el temor a una metamorfosis lenta y silenciosa, una metamorfosis que por fuerza habría de colocarla tarde o temprano frente a la extraña que era su hija.

Me observaba, me escuchaba, lo registraba todo y desgranaba cada detalle, pero no sabía decir exactamente en qué consistía el cambio, porque a mis veinte años ya había dejado de crecer, mi aspecto se había estabilizado y aún me quedaban unos años en esa fase de la vida que llamamos *juventud*, el olor de mi ropa era el mismo y también lo eran mis platos preferidos –el asado de cerdo con compota de manzana, por ejemplo– y si era timorata, expansiva, desordenada, si era perentoria, reservada o ansiaba el contacto físico con ella y posar mi frente en su cuello, nada de eso había

cambiado. Ella se decía que era una cuestión de estilo, que había cambiado de *estilo*, palabra precisa pero indefinible, que compendiaba lo que a ella seguramente le resultaba más doloroso, pues si era cierto que me había distanciado de sus gustos y sus ritmos, que trataba de hablar de política, me cosía dobladillos en los bajos de mis vaqueros o adornaba mi lenguaje con un argot que a ella le parecía sobreactuado, eran sobre todo mis movimientos en el espacio los que habían cambiado, era la luminosidad de mi piel, la expresión nueva que asomaba en mi mirada, era todo lo que solía hacer y ya no hacía, todo eso que no había hecho nunca y ahora me ponía a hacer, un cambio tanto más irreversible cuanto que era apenas visible, una especie de «formación» continua que revelaba un desinterés, un distanciamiento y, por encima de todo –eso es lo que hacía más daño–, un sordo rechazo a nuestra vida en Le Havre.

Nos adentramos ya en el macizo parisino, en el negro pedregal, en la gran cañería, las fachadas de los edificios se elevan a ambos lados de las vías. Tengo aún tiempo de improvisar algo para Maia, que ahora que lo pienso, se está desdoblando, se nos está desprendiendo, más cariñosa que nunca porque se nos va, más tiránica porque se sabe incapaz de pasar una semana con Blaise y conmigo. Vivimos juntos, pero ella ya no vive con nosotros: pasa por ahí, que es muy distinto. Un alto rápido en la nevera, una camiseta limpia, un poco de pasta cuando anda sin blanca, una charla, una protesta y de pronto se acurruca a mi vera, se empeña en maquillarme, me pide un flan de azahar y al caer la noche dice me voy, enfilando ya por el pasillo, salgo, ¿adónde?, no se sabe, nunca se sabe. Estudia Geografía en Nanterre y el año que viene tiene pensado marcharse al Yucatán a estudiar el crecimiento de los manglares de la laguna de Xel-Há, las raíces de los mangles para ser exactos, pero lo que tiene en mente, lo que ocupa la mayor parte de su atención de un tiempo a esta parte es el club, la esgrima, la convivencia con un equipo de atletas, el entrenamiento y la

competición, la fiesta. Cuando aparece yo trato de llamarla, como una halconera en mitad de un prado, y espero a que acabe descendiendo en un largo vuelo elíptico para posarse en mi antebrazo.

Saint-Lazare. El día se desvanece en un slow fading invernal. Los pasajeros se han levantado, pero yo no logro ponerme en movimiento, algo me retiene en este tren que dentro de unas horas partirá de nuevo hacia Le Havre. Por espacio de unos segundos ya no sé si llego o me voy, en qué sentido viajo, cómo orientarme en estas vías tendidas entre estas dos estaciones, entre estas dos ciudades. Recojo mis cosas y me echo el bolso al hombro antes de lanzarme entre la multitud dispersa que se agolpa en torno a los torniquetes, aprieto el paso en las escaleras mecánicas, tengo aún mucho día por delante, llamo a un taxi en la rue du Havre.

El jolgorio se oía desde las escaleras, el jaleo, los cantos y el ruido ganaban volumen a medida que subía y al abrir la puerta me encontré con las chicas del equipo de esgrima apretujadas en el recibidor, con grandes bolsas deportivas en bandolera y los brazos cargados de packs de cervezas, golosinas de fresa Tagada y galletas Oreo, algunas aún en chándal pero con los labios pintados de colores llamativos, chicas de muslos rollizos y duros abdominales que bebían a morro, se llamaban «pava» y sabían cantar a coro. Maia las recibía con gritos de júbilo desde la cocina, mientras se afanaba en vaciar las bolsas de patatas fritas en ensaladeras, pero cuando me vio entre el tumulto lo dejó todo para acercarse a mí, afectuosa y suspicaz, exclusiva: ¿dónde andabas? Le puse una mano en la mejilla y, con un beso, le susurré: feliz cumpleaños, golondrina mía. En aquel momento una de las esgrimistas conectó su móvil al altavoz del salón y, como por ensalmo, todas se echaron a bailar, ágiles y tensas, atléticas, con los codos alzados y los índices apuntando al suelo, un rap cuya letra se sabían de memoria y coreaban al unísono, con la boca abierta, la cabeza echada hacia atrás y finos mechones de cabellos pegados a sus nucas sudorosas, con los ojos cerrados, desprendían algo tan crudo y tan potente que se apoderaron literalmente del espacio entero y yo no podía dejar de mirarlas, arrollada también, atónita ante ese alborozo femenino, ante ese círculo de fuego que había prendido en mi casa; algunas llevaban sujetadores deportivos de algodón y perendengues en las muñecas, se habían puesto calcetines blancos que les llegaban al astrágalo y Maia brincaba entre ellas, con los pies alados, los brazos extendidos, el pecho agitado por rápidas sacudidas y el rostro deformado por las palabras que salían de sus labios, palabras en un idioma que no identificaba. Al verme ahí perpleja, con el ceño

fruncido, una muchacha alta con una camiseta fucsia y una diadema de finas trenzas negras se echó a reír: es «Tchin 2X», de Gazo, ¡más vale que se tape los oídos, señora! Había en todo ello un desfogarse, por las victorias del equipo en Livry-Gargan tal vez, o por los veinte años de Maia, o puede que tan solo por el hecho de gritar todas juntas, de cantar a voz en grito, a pleno pulmón, el suelo y las paredes temblaban, los vecinos llamaban a la puerta, furiosos, pero ya podía yo lanzarme a bailar también y deambular en mitad del barullo recogiendo los desperdicios en grandes sacos de basura negros y aconsejando a las chicas que bajaran un poco el volumen, que no conseguía integrarme en la fiesta, los rostros de Craven se estratificaban sin descanso en mi fuero interno mientras buscaba a Blaise entre las esgrimistas: está de camino, me dijo Maia cuando la detuve para preguntarle dónde estaba su padre.

Después de amontonar sus chaquetas de plumón en el pasillo, vaciar la nevera para meter sus cervezas, invadir los sofás, abrir las ventanas y desplazar los muebles para crear una pista de baile, las chicas del club formaban ahora un bloque compacto impenetrable, de esos que expulsan a los cuerpos extraños hacia los márgenes, de forma que acabé proyectada contra la biblioteca y ahí me quedé, incapaz de apartar los ojos de Maia, admirando la forma que tenía de moverse, su ojo de pájaro redondo y negro, visible de forma intermitente entre sus mechas rubias, sus sienes azuladas, desconcertada al verla ahí en medio de sus compañeras de equipo, en medio de aquellas desconocidas entre las que ella se transformaba a su vez en una desconocida.

*Happy birthday, Maia, happy birthday, Legend*! Entonamos a coro la canción de cumpleaños y Maia blandió su nuevo florete y su careta sobre el corrillo después de soplar unas velas encendidas en una barra de pan, y sentí entonces la presencia de Blaise detrás de mí, ¿vamos?, me susurró, así que nos largamos, pillé el bolso y el abrigo por el camino, cerramos la puerta por fuera y Blaise bajó corriendo por las escaleras, como si nos persiguieran, y al salir del edificio deslizó su mano en la mía y nos echamos a caminar por la avenida. Al cabo de unos pasos él aventuró un tímido «¿y?». Yo guardé silencio, ofuscada por aquella pregunta en forma de estuario,

aquella pregunta inmensa, que exigía una historia que era aún muy pronto para contarle, y no supe darle otra respuesta que esta: ya te contaré.

Nos fuimos a la imprenta. Todo lo que recuerdo de aquella excursión nocturna es la sensación de velocidad y el fresco de la noche de noviembre en la cara mientras subíamos por el canal con las bicicletas eléctricas, uno junto al otro por el carril bici, y más adelante, pasado Stalingrad, bordeando el estanque de la Villette hasta llegar a la rue de Crimée, detrás de la cual se encontraba el pequeño taller de Blaise. Era un lugar al que yo no iba nunca, salvo en las noches de cierre de edición, cuando me reclutaba para releer un catálogo, un folleto, a veces el libreto de una función de teatro –como el que había hecho para el Théâtre de l'Atelier la noche en que lo conocí–, o cuando salíamos a cenar por aquellos andurriales y Blaise siempre encontraba alguna excusa para pasar por allí antes de volver a casa, no tanto para acabar un trabajo o para tenerlo todo controlado, sino porque estaba enganchado al lugar y quería aspirar una vez más su olor a tinta y a plomo.

Allí estaba la nueva imprenta, sobre un palé en mitad del taller que Blaise había barrido y ordenado, apilando en un rincón las cajas y los embalajes para hacerle sitio. Una platina OFMI Heidelberg de 1962, entregada justo a tiempo para las fiestas de fin de año, la temporada de tarjetas navideñas y pequeñas tiradas de lujo en las que Blaise destacaba, desdeñando la uniformización de los papeles rugosos de secado rápido y la cuatricomía clásica, pasándolo en grande con la letterpress vintage, los decoupages raros, la impresión en pantone de tono directo y el acabado del papel, apreciando las virtudes del gofrado, el timbrado, el termorrelieve o la estampación en caliente.

Blaise se quitó el abrigo, se separó de mí con el aliento entrecortado por la emoción, y comenzó a desembalar aquella especie de bestia de hierro, una bestia antediluviana, altiva y

cercada, encogida. Dio una vuelta en torno a ella, desenvolviéndola con cuidado, desmadejando el celofán para revelar la máquina como la maravilla que se suponía que era, un poco como se desvelan las esculturas: la Heidelberg era una imprenta tipográfica rara, un aparato dotado de una fuerza de impacto excepcional, el modelo ideal para poner en práctica las técnicas de impresión en relieve que eran su sello distintivo, procedimientos que podían apreciarse a la vista y al tacto. Pensaba ahora en voz alta, estaba seguro de poder mejorar el gofrado curvo, de crear productos de papelería oficial de seguridad –documentos judiciales, certificados de autenticidad, diplomas, contratos– que requerían el estampado en una imprenta de varias toneladas de peso, a fin de introducir la huella, en toda la complejidad de sus detalles, en el fondo del molde.

El taller estaba en silencio, lleno de ecos, como una capilla en desuso, y una fina capa de polvo metálico brillaba bajo las lámparas. Blaise se mordió los labios y posó una mano sobre la máquina, un gesto extraño, como si quisiera sellar un pacto con ella, le pregunté medio en broma si podría fabricar por fin billetes falsos, papeles falsificados que pudiéramos vender a buen precio para sanear un poco nuestras finanzas, y no me sorprendió oírle decir que lo había pensado, por supuesto, pero que en el caso de los billetes falsos el problema era el propio papel, que era infalsificable, pues la marca de agua estaba integrada en la pasta y era muy difícil de reproducir. Blaise acariciaba la máquina y vi que se moría de ganas de probarla, allí mismo, impaciente por poner a prueba su mecánica y verificar su fuerza, pero su gesto se prolongó de un modo inesperado: como si estuviera conectándose a una banda mental paralela pero compatible con su Heidelberg, me dijo que la historia del hombre del dique norte, tu historia, aclaró, encendiendo su purito Café Crème con una cerilla que apagó con un chasquido de los dedos –una manía suya que seguiría en pie cuando su rostro fuera irreconocible, pensé–, que mi historia, en fin, le recordaba a otro caso, a un célebre enigma que seguía hoy por resolver, un caso complejo, el de otro hombre hallado muerto en una playa, en Somerton Park, Australia, un hombre descubierto al amanecer y cuya identificación formal seguía alimentando especulaciones publicadas a diestro y

siniestro en internet y explicadas con cierto pormenor en artículos, libros y películas, un hombre, dijo por último, espaciando la frase, que llevaba en el fondo de un bolsillo del pantalón un papelito impreso. Se había recostado contra su imprenta y hablaba mirando hacia otra parte, aunque se dirigía solo a mí: en el papelito había dos palabras, *tamam shud*, dos palabras que no tardaron en identificar: figuraban en la última página de los *Rubaiyat*, una colección de poemas de Omar Jayam, y en persa venían a decir «se acabó», y como eso sucedió a principios de la Guerra Fría, en 1948, la hipótesis de que se trataba de un espía parecía la más verosímil. Dio un paso hacia mí y nuestras frentes se tocaron cuando concluyó: menos mal que aún queda un poco de misterio en este mundo.

Nos fuimos enseguida, yo no había comido nada en todo el día, ni un mendrugo de pan, y de pronto me entró hambre, tiré a Blaise de la manga arrancándolo a su platina, segura de que encontraríamos algún sitio abierto en el canal del Ourcq, y antes de salir, mientras buscaba por enésima vez mi teléfono en el bolso, acabé por vaciarlo en el suelo del taller: un abono de transporte, viejos billetes de metro, una bolsita de té rota, unos céntimos, varias copias de pagos realizados con la tarjeta, tres billetes de veinte euros, un cuadernillo de sellos medio usado, el guion anotado de *Lady Forger*, una caja de Doliprane 1000, un cuaderno rojo pautado de tapa blanda lleno de notas dispersas, un tique de la tintorería que databa de 2017, bellotas, bolis, un lápiz de kohl, una postal de Maia con un «Muchos besos desde Marsella» por todo texto, el papel cristal de la golosina que venía con la cuenta del restaurante donde había comido la víspera con Herminée, el librito del funeral de mi padre, mondas de mandarina, un iluminador en barra, un paquete de Lucky, un pequeño estuche de cuero en el que guardo un fajo de instantáneas de fotomatón de Blaise y Maia –esas caritas inmortalizadas a lo largo del tiempo–, un plano del metro de Londres, el prospecto de la imprenta de Blaise, llaves varias, unas cuantas tarjetas de visita

sueltas, *Otoño alemán*, mi traqueteado pasaporte, la botella con las pistas recogidas en la playa, el billete de tranvía, la Visa, mi tarjeta de la seguridad social y aquel cartoncito plegado en dos, manchado de vino y de café, con mi nombre escrito a pluma, con sus trazos finos y gruesos, sus astas y sus ápices, sus gracias y sus serifas: ni se te ocurra tirarlo, me dijo Blaise después de admirar la caligrafía.

Antes de salir del despacho de Rym, Zambra se empeñó en mostrarme una vez más las fotos que había visto aquella mañana en la comisaría de Le Havre, unas imágenes que me habían perseguido todo el día y no había logrado espantar ni elucidar. Al volver a verlas, alineadas esta vez sobre una mesita de pino pegada a la pared, me sumí en una confusión inesperada: me eran ya tan familiares que no lograba distinguirlas del todo de aquellas otras imágenes medio borradas y medio resucitadas que conservaba de Craven durante nuestro romance de verano, y más tarde, en el ascensor que nos conducía al sótano del instituto forense, me miré en el espejo, acercando y alejando la cara, tratando de superponer al reflejo la imagen de mí que él había conocido y «envejecer» esa otra, intacta, que guardaba yo de él. Cruzamos una sucesión interminable de pasillos y puertas dobles y caminamos un buen rato sobre un linóleo que amortiguaba nuestros pasos, los míos se acompasaban a los de Zambra, que parecía conocer bien el camino a la sala donde se conservaban los cuerpos, y cuanto más nos acercábamos más dudas me generaba aquella empresa absurda: qué se me había perdido en aquel lugar, cómo se me había ocurrido pedirle a Zambra venir aquí. La puerta estaba entreabierta y la morgue estaba iluminada con una luz fría, vi un cajón abierto, vacío, habían sacado un cadáver para su presentación y lo habían colocado en una camilla un poco más allá, seguramente era el nuestro. Ahí está, murmuró Zambra dilatando el paso, atento y algo conmovido, o eso me pareció.

El cuerpo del hombre del dique norte, llegado a las instalaciones del Instituto de Medicina Forense de Ruan la noche del 16 de

noviembre y registrado con un número de código para preservar su anonimato, había sido escaneado por entero y colocado luego en un cajón refrigerado a 4 ºC, temperatura que permitía la autopsia posterior, pues de bajar a 0 ºC se habría endurecido demasiado para hundir en él la cuchilla. Estaba preparado.

Era el hombre de las fotos, la misma piel, los mismos rasgos, la misma forma de la cabeza. Pero la sábana blanca, que dejaba al descubierto la parte superior del torso, modificaba el conjunto, y me turbó la desnudez de los hombros y la fragilidad del cuello arrugado. Por más que traté de liberar mi mirada, no podía estar segura: tal vez fuera Craven, sí, se parecía al hombre que había conocido, pero también podía ser otro, cualquier otro. El común de los mortales.

Dirigí mi pensamiento a la sangría del brazo, a ese lugar donde la piel es fina, venosa, casi transparente, a ese pliegue secreto, pues recordaba las tres pequeñas marcas dispuestas en triángulo en la fosa del codo, esas manchas morenas que había tocado con la punta de los dedos durante nuestra primera noche en la Ponant: los tres lunares, la seña distintiva de Craven. Transcurrió cierto tiempo en el que Zambra y yo compartimos una intimidad que habría sido impensable aquella mañana, cuando tomé asiento en su despacho frente a los muelles.

Podría haber pedido que le sacaran el brazo y lo giraran bajo la lámpara para saber por fin a ciencia cierta, podría haber llamado a Rym para que lo hiciera, pero me quedé muda y no moví un músculo. Pronto vendrían a llevarse el cuerpo y devolverlo a la oscuridad absoluta y el cajón se deslizaría suavemente sobre sus ruedas, y por un instante volví a ver a Craven con su camisa clara en el andén de la estación de Le Havre, aquel día de septiembre en que se fue de viaje, y luego, tras la puerta acristalada que cerró despacio tras él, su rostro ya borroso, esfumándose a través del ventanuco cubierto de polvo.

1. «Hay una urraca en el peral, oigo a la urraca que canta, hay una urraca en el peral, oigo a la urraca cantar.» *(N. del T.)*

Título de la edición original:
*Jour de ressac*
© Éditions Gallimard
París, 2024
Ilustración: © Sim-Warren/Stills. Concepto: Duró

Primera edición: octubre 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
© De la traducción, Álex Gibert, 2026
© FELTRINELLI ANAGRAMA EDITORES, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433951748

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es